

KENT MILLER

BAUTISMO DE FUEGO



KENT MILLER

BAUTISMO DE FUEGO

1. EDICCION
AGOSTO-1951

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2 - T. 284463 BARCELONA (6)

OBRAS DEL MISMO AUTOR, PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

1. — La libélula de cristal. 19. — El gas R. 650. 21. — La onda mortal. 33. — El amuleto de Kali. 42. — Llamada al amanecer. 45. — Los diablos del Wakefield. 51. — ¡Sabotaje!

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2 - Barcelona

BAUTISMO DE FUEGO



POR
KENT MILLER

CAPÍTULO PRIMERO

Desde la cubierta del
«T-405»,
Vic Sandish contemplaba, pensativo, la estela espumeante que la nave dejaba tras de sí en su marcha río Hudson arriba. Acababan de cruzar el paso entre Manhattan y la isla Liberty, y a su derecha desfilaban las imponentes moles de los rascacielos ligeramente coloreados por los últimos resplandores del sol poniente.

Sobre el pequeño puente de estribor, el capitán Morris gritaba algunas órdenes a los hombres del remolcador. Sólo faltaban escasos minutos para alcanzar el muelle veintitrés, donde debía atracar el «Nordheim» en aquélla su quinta visita al puerto de Nueva York.

A la otra extremidad del cable, el barco noruego erguía su fina silueta de galgo marino. El «Nordheim» era un buque de trece mil toneladas, destinado al transporte de mercancías procedentes de los países escandinavos. En su trayecto desde el puerto de Bergen sólo realizaba la escala de Godthaab, en Groenlandia.

A pesar de que Vic Sandish aparentaba distraerse en el hirviente remolino que la hélice del remolcador producía en las oscuras aguas del río, su atención estaba centrada en un grupo de tres personas que, a muy poca distancia de la popa, conversaban en voz baja. Tratábase del contramaestre, del segundo piloto y del primer oficial del «Nordheim». Se encontraban a bordo del
«T-4115»
con el fin de desembarcar con la suficiente antelación que les permitiera solventar los trámites necesarios para proceder sin pérdida de tiempo a la descarga de las mercancías.

El primer oficial, un individuo alto y de rostro aniñado que siempre parecía sonreír, era la única persona del barco noruego con quien Vic Sandish había estado hablando. Le había acompañado en

su visita de inspección al «Nordheim», y le había mostrado toda la documentación que justificaba el transporte hasta Nueva York y la autorización para proceder directamente a la descarga en el muelle veintitrés.

El remolcador silbó por tres veces consecutivas, e inició un viraje para enfilar la entrada al muelle. Por detrás de los tinglados distinguíase la boca angosta y oscura de Houston Street, en uno de cuyos edificios se hallaban reunidas en aquellos momentos las tres únicas personas que conocían el verdadero papel que Sandish desempeñaba a bordo del
«T-405».

Abandonó el joven su puesto en la borda y se acercó al capitán, que se había sentado sobre un rollo de cable y escribía unas notas en su cuaderno.

—¿Van a soltar ya los cables, capitán? —le preguntó.

—Ahora mismo están transmitiendo las señales al «Nordheim» para que suelte el remolque. ¿Quiere que lo dejemos ahí o prefiere volver a la base con nosotros?

—No, no —replicó, rápido—. Me quedaré aquí. Tengo que confrontar algunos datos relativos a la tripulación.

El capitán Morris lo miró por unos instantes, como si no comprendiera; pero inmediatamente asintió.

—Ya entiendo —dijo.

Y volvió a su interrumpida labor.

Unos instantes después, la canoa del servicio de inspección llegaba al costado del remolcador para recoger a los oficiales noruegos y a Vic Sandish. El muelle se hallaba a poca distancia, y no tardaron en verse pisando tierra firme.

Sandish saludó a los marinos, que fueron acompañados a las oficinas del servicio de control del Departamento de Inmigración, y marchó hasta el inmueble número 47 de Houston Street, en uno de cuyos departamentos del piso octavo le aguardaban tres personajes.

Al entrar allí, los tres, que mataban la espera fumando sendos cigarrillos alrededor de una mesa sobre la que se veían unos vasos y una botella, se levantaron, acogiéndolo con una sonrisa de simpatía.

—¿Terminó ya el trabajo, Vic? —preguntó el más joven de los tres.

—En estos momentos el «Nordheim» está procediendo a atracar

en el muelle veintitrés —explicó, al tiempo que se dejaba caer en una de las sillas desocupadas—. Tres de sus marinos, creo que se trata del contramaestre, el segundo piloto y uno de los oficiales, se encuentran ahora en las oficinas del control. Parece ser que tienen prisa, y esta misma noche va a procederse a descargar las mercancías.

—¿Te fijaste bien en ellos, Vic? —preguntó el mismo de antes.

—No se me olvidará ningún detalle de sus fisonomías. Parece ser que van a solicitar un permiso para poder permanecer en la ciudad hasta el momento de la partida.

—¿No habrán sospechado nada, Sandish? —interrogó, ahora, el de más edad, un caballero de unos sesenta años, aunque por su aspecto denotaba hallarse en posesión de una energía y tenacidad poco comunes.

—Tengo la seguridad de que no ha podido ir mejor. El mismo capitán Morris ha aceptado sin titubear mi presencia como inspector del servicio de Aduanas. A los noruegos no hace falta tenerlos en cuenta.

—Tal vez sería prudente que alguien te acompañara en esta misión, Sandish. Un fracaso nos obligaría a comenzar de nuevo.

—No habrá ningún fracaso, inspector Lubber —aseguró Sandish —. Tarde o temprano sabremos quién introduce esos agentes en nuestro suelo. Y entonces…

El inspector Lubber consideró que sería inútil esgrimir nuevos argumentos, toda vez que, desde el principio, el propio Vic Sandish había manifestado su propósito de encargarse del caso.

Despidióse de los tres personajes, y regresó a las oficinas del servicio de control. Desde alguna distancia vio a los tres marinos hablando con uno de los inspectores del servicio; pero aparentó no fijarse en ellos.

Dirigióse hacia una mesa donde trabajaba una mujer de unos cuarenta años, a la que preguntó por el inspector Forster.

La mujer apretó la palanquilla del intercomunicador, y anuncio a Sandish. Poco después, Vic Sandish entraba en el despacho del inspector Forster, del Departamento de Inmigración y Seguridad.

—¿Cómo le fue, inspector Sandish? —preguntó el hombre bajito y grueso que trabajaba detrás de su mesa de despacho.

—Todo se ha desarrollado normalmente, inspector Forster —

repuso el joven—. Comprendo que para usted esta situación resulte algo confusa; pero mis superiores le informarán en la medida precisa tan pronto puedan hacerlo. Entre tanto, le ruego me siga concediendo las facilidades necesarias.

El hombrecillo se levantó de su asiento, y se acercó a Sandish con cara risueña.

—No soy curioso, inspector Sandish; aunque debo confesarle que me siento intrigado por su intervención. No obstante, siendo el
F. B. I.,
quien le respalda, comprendo que no debo mostrarme indiscreto.

—Gracias, inspector —dijo Sandish—. Tal vez le molestaré más adelante. De momento, sólo le ruego que extreme la vigilancia en el muelle para evitar que ninguno de los hombres de la tripulación del «Nordheim» salte a tierra, observando al mismo tiempo las andanzas de los obreros que intervengan en los trabajos de descarga del barco.

—No será difícil —respondió Forster—. ¿Eso es todo, Sandish?

—Eso es todo… por ahora, inspector.

Despidiéronse los dos hombres, y Sandish, salió de las oficinas encaminándose hacia una bocacalle próxima. Allí había un automóvil detenido. Un individuo, al verlo acercarse, salió del vehículo y se alejó hacia el centro de Manhattan. Sandish sabía que allí estaba el coche que Lubber ponía a su disposición. Subió a él, y lo puso en marcha.

Unas yardas más allá de los cobertizos lo detuvo de nuevo. Sin apearse aguardó a que los tres marinos del «Nordheim» abandonaran los locales del Departamento de Inmigración.

Media hora más tarde les vio salir. Indudablemente, tenían ya sus permisos en regla, y se disponían a disfrutar de aquellas horas que mediaban hasta la partida del buque, recorriendo la ciudad.

Vic Sandish los vio adentrarse por Houston Street y mezclarse con la multitud que por ella transitaba. Puso el coche en marcha, y desde alguna distancia observó sus movimientos.

Al desembocar en la gran arteria de Broadway los vio vacilar, como si no supieran a dónde dirigirse. Sin embargo, el contramaestre, decidió torcer a mano izquierda, en busca de la parada más próxima del autobús de Brooklyn. Subieron a éste, y Sandish tuvo que acercarse más para no perderlos de vista.

No obstante, antes de cruzar el East River, se apearon. Fue entre Pine y Wall Street. Desde allí continuaron a pie hasta una travesía de la calle Fletcher.

No bien hubo doblado la esquina, cuando Sandish los vio entrar en una especie de taberna. «The Golden Crown» era el título que campeaba sobre la puerta del establecimiento, y Sandish recordó haberlo oído mencionar como lugar de reunión de navegantes y aventureros.

Desde el observatorio de su coche, estacionado en la acera de enfrente, vio a los tres hombres hablar con el dueño. Éste les indicó una escalera interior, y por ella no tardaron en desaparecer.

Sin pensarlo dos veces, Sandish entró en el local, buscó una mesa aparte de la concurrencia, y pidió una cerveza. Desde allí podría vigilar los movimientos de los extranjeros.

Sin embargo, apenas habrían transcurrido diez minutos, cuando la entrada de un nuevo personaje acaparó su atención. Tratábase de Simón Morris, el capitán del «T-405», el remolcador que guiara al «Nordheim» hasta el muelle veintitrés. Posiblemente se trataría de una simple coincidencia su llegada a «The Golden Crown»; pero Sandish tenía por principio el que las coincidencias resultan sospechosas hasta tanto las circunstancias no demuestran lo contrario.

Desdoblando un periódico que llevaba en el bolsillo procuró sustraerse a las frecuentes miradas que Morris dirigía a su alrededor. Hasta que advirtió que los tres marinos reaparecían de nuevo para dirigirse a la salida. Y en aquel momento, Sandish tuvo la primera sorpresa de la tarde.

De los tres hombres que vestían el uniforme de la dotación del «Nordheim» sólo dos podían ser identificados como tales: el contramaestre y el primer oficial. El segundo piloto no era el mismo que había desembarcado en el muelle veintitrés. A primera vista, su aspecto era parecido; pero, para un observador perspicaz como era Vic Sandish, no resultaba difícil comprobar que acababa de verificarse una suplantación.

Y la segunda sorpresa llegó unos segundos más tarde. Los tres individuos pasaron tan cerca de Morris, que incluso el contramaestre llegó a rozarle; pero ni éste ni aquéllos demostraron

reconocerse, cuando el propio Sandish los había visto conversar cordialmente en el puente del
«T-405».

Acostumbrado a las decisiones rápidas, Sandish consideró que era preferible continuar allí a seguir tras los marinos. Un hombre había quedado en el bar, con propósitos que hasta el momento no podía siquiera sospechar. Y allí mismo, aguardándolo quizás, estaba el capitán del remolcador que utilizara el «Nordheim» aquella misma tarde.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Por la escalerilla de acceso al bar acababa de asomar un individuo vestido con el uniforme de oficial de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas. A pesar del cambio de uniforme, Sandish lo reconoció al instante. Ahora ya no le quedaba la menor duda de que sus sospechaos tenían un sólido fundamento.

Vio cómo el segundo piloto del «Nordheim» se acercaba al bar y hablaba con el encargado del establecimiento. Era evidente que no estaba utilizando otro idioma que el inglés, ya que no juzgaba al tabernero como suficientemente dotado para comprender el lenguaje nativo del noruego.

Antes de separarse del mostrador, el del uniforme entregó al otro unos billetes, y recogió el cambio. Entonces se encaminó a la puerta para, salir.

Sandish no podía ya esperar más. Miró hacia donde estaba Morris, y lo vio indiferente a cuanto a su alrededor sucedía. Aun exponiéndose a ser descubierto, no tenía otro camino que seguir al misterioso aviador, so pena de perder la trama que comenzaba a sujetar con mano firme.

Dejó unas monedas sobre el velador, y se puso en pie. Desvióse por la extremidad opuesta del local; pero Morris lo descubrió antes de ganar la puerta.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa, inspector Sandish!

Vic quedósele mirando, sin demostrar el menor deseo de continuar allí; pero Morris se levantó de la mesa y fue hacia él.

—¿Necesita algo de mí, capitán Morris? —preguntó, sin demasiado condescendencia.

—Con lo grande que es Manhattan, y hemos ido a encontrarnos en este tabernucho —comentó, satisfecho—. ¿Quiere tomar algo

conmigo, inspector?

—No me es posible. Tengo un asunto urgente, y no puedo esperar más. Buenas noches, capitán Morris.

Y Vic Sandish salió del establecimiento, sin preocuparse de la reacción del marino ante su desplante.

Ya en la calle miró en todas direcciones. Al fin descubrió al del uniforme en el momento que iba a doblar la esquina con la calle Fletcher. Aceleró el paso, y no tardó en situarse cerca de aquel sujeto. Caminaba despreocupadamente y en dirección de los muelles.

En una sórdida callejuela donde apenas si llegaba la débil claridad de alguno que otro farol aplicado a los muros de las escasas construcciones, Sandish vio desaparecer al misterioso personaje en las sombras de un pasadizo que se abría entre dos cobertizos destinados a depósito de mercancías.

Sin una sola vacilación, Sandish lo siguió. El pasadizo estaba oscuro como boca de lobo. Arrimado al muro, iba siguiendo al desconocido por el ruido de sus pisadas. Al detenerse éstas, Sandish hizo lo mismo. Oyóse un rumor metálico, y luego unas voces que cuchicheaban.

Al cabo de unos minutos, vio el muchacho un haz de luz taladrar la oscuridad. Unas sombras agitáronse en el hueco luminoso de la oculta entrada, y todo volvió a quedar como antes.

Tanteando la pared, Sandish acercóse al lugar de donde brotara aquel resplandor. Tratábase de una puerta de acceso a una especie de sótano de unos almacenes.

Reflexionó unos momentos, intentando orientarse. Estaba seguro de que más allá se encontraban los muelles, y que aquel local serviría para almacenar las mercancías procedentes de la descarga de los barcos.

Tanteó suavemente la puerta; pero estaba cerrada por dentro. Desde allí el muro del edificio se prolongaba en un largo trecho, sin mostrar la menor abertura de acceso o ventilación. De haberlas, era indudable que se encontraría en el techo o en algún patio interior.

Examinó las paredes, hasta descubrir una cañería de desagüe que bajaba de uno de los tejados. Antes de arriesgarse a trepar por ella, cercioróse de su solidez.

Con singular agilidad, Sandish encaramóse por el canalón hasta

verse en el tejado. Con satisfacción comprobó la existencia de varias aberturas para el paso de la luz. Se abrían en forma de escotilla, y a los primeros intentos vio que se levantaban fácilmente.

Debajo de él había una amplia nave en la que se apilaban enormes fardos de las más diversas mercancías. Hacia el final divisábase la puerta de entrada, y en ella podían verse las siluetas de dos vigilantes armados.

Una rápida ojeada bastó a Sandish para descubrir que a su izquierda los fardos alcanzaban el techo, y que por aquel lado había una escotilla como la que le servía de observatorio.

Fue hasta ella, y la abrió. No habría más de cinco pies desde la abertura al fardo más próximo. Tras echar una rápida mirada a los guardianes, Sandish descolgóse hasta que sus pies descansaron en la mercancía. Seguidamente encogióse para evitar ser descubierto.

Unos segundos más tarde pisaba el pavimento del edificio. Aquel lado aparecía desierto, y no era probable que advirtieran su presencia. Fue deslizándose hasta alcanzar una escalerilla que descendía en caracol a los sótanos. Aguzó el oído; pero un impresionante silencio lo envolvía.

Con las necesarias precauciones descendió por la escalera hasta ganar los sótanos. Ahora podía escuchar el apagado rumor de unas voces que le llegaban a través de una de las puertas, a su derecha.

Siguió avanzando. La puerta daba a un nuevo almacén que comunicaba con el de arriba por medio de un montacargas. En el centro había media docena de sujetos examinando los fardos allí amontonados. Al frente se encontraba el individuo del uniforme de aviación, con una linterna en la mano. Era indudable que trataba de encontrar algo que les interesaba.

No tardaron en dar con ello. Tres de los hombres sacaron uno de los fardos, y lo llevaron a un rincón. Allí procedieron a abrirlo, sacando de su interior hasta cuatro cajas alargadas y que por la forma en que eran manejadas debían contener alguna mercancía de considerable peso o valor.

Volvieron a liar el fardo, dejándolo en el mismo lugar de donde lo sacaran. Entonces los ocupantes del sótano se alejaron, entrando en una pequeña habitación inmediata al almacén.

Con suma precaución, Sandish dio la luz de su linterna de bolsillo y examinó los fardos. Un nombre destacó a primera vista:

«Norway». Con ello obtenía la confirmación de sus sospechas de que las mercancías allí almacenadas eran las mismas que estaban siendo desembarcadas del «Nordheim».

Deslizóse hasta la puerta, valiéndose de la protección de los fardos por allí diseminados. Una voz con acento extranjero se dirigía en aquellos momentos a los demás.

—Esta cantidad es sólo un anticipo de lo que se os dará más adelante —decía—. Tenemos los planos y todo el material suficiente. El jefe llegará la próxima semana, y os dará las últimas instrucciones. Habrá que estar el sábado, a las once de la noche, en la bodega de «The Golden Crown». No debéis preocuparos por Roy, ya que mañana mismo saldrá en el «Nordheim» ocupando el puesto que yo he dejado. Roy ha cometido algunas torpezas, y el jefe ha considerado conveniente que descanse una temporada en el extranjero. ¿Hay alguna duda?

Nadie contestó a sus palabras.

—Ahora será mejor que cada cual salga de aquí. Hacedlo de uno en uno, y sin despertar las sospechas de los vigilantes.

Sandish retrocedió hasta quedar oculto por las mercancías. Oyó como los reunidos se alejaban, y sólo entonces arriesgóse a salir.

Aun cuando no comprendía gran cosa de las intenciones de aquella gente, no le cabía la menor duda de que se encontraba sobre la pista de una de las más peligrosas bandas de espías que actuaban en territorio americano. Una inmensa satisfacción llenaba su espíritu al presentir que la misión encomendada por sus jefes se desenvolvía con inesperada rapidez y firmeza. Sin embargo…

Antes que nada, Vic Sandish era hombre precavido. Sacó su block de notas y anotó en una de las hojas:

> «Debo vigilar a Simón Morris, capitán del “T-405”. El “Nordheim” es igualmente sospechoso. El segundo piloto ha sido substituido por un tal Roy que va a salir de Nueva York en el buque noruego. Aquel viste uniforme de capitán de las Fuerzas Aéreas, y se reúne con sus secuaces en los sótanos de un almacén inmediato a los muelles cinco o seis. Van a reunirse con el jefe de la organización el sábado de la próxima semana en la bodega de “La Corona de Oro”, a las once de la noche».

Arrancó la hoja, doblándola hasta convertirla en un rectángulo de reducidas dimensiones. Entonces, con la punta de una navaja, separó una de las tapas del tacón de su zapato derecho, dejando un hueco en el que introdujo el papel. Volvió a colocar la tapa en su sitio, y se dispuso a salir de allí.

Ahora ya no resultaba un misterio el cambio de papeles entre el segundo piloto del «Nordheim» y el desconocido de «The Golden Crown». Resultaba evidente que para poder introducir a un destacado elemento del espionaje enemigo en el territorio de los Estados Unidos había sido preciso sacrificar a uno de los elementos menos eficaces de la banda. Terminado su permiso, se presentarían con los documentos correspondientes en las oficinas del Departamento de Inmigración, sin que nadie se diera cuenta del cambio efectuado.

Siguiendo el mismo camino que a la ida, regresó Sandish al pasadizo exterior del almacén. Todo había salido bien, y tenía sobrados motivos para sentirse satisfecho. Tal vez ello le hizo olvidarse de las extremadas precauciones observadas a la ida.

Estaba llegando al final del pasadizo, cuando unas sombras brotaron de la oscuridad, abalanzándose sobre él.

Sandish, a pesar de la sorpresa, consiguió desembarazarse del primero mediante un hábil directo; pero antes de poder hacer frente a los demás, un duro instrumento golpeó su cabeza, haciéndole caer al suelo, privado de sentido.

Todavía, en el silencio del lugar, resonaron algunos golpes más con que la furia de sus atacantes cebábase en el caído. Luego, sólo se escuchó la respiración jadeante del que habíale golpeado.

—Eso será suficiente —habló la voz con acento extranjero.

—Será mejor asegurarse —indicó otra persona—. Sabe demasiado, y su vida significaría la muerte para todos nosotros.

Una risa apagada brotó allí cerca.

—Ése ya está listo. ¿A qué esperamos?

—No podemos dejarlo aquí. Está eso demasiado cerca.

—Tú, Morris, eres un timorato…

—¡Ten cuidado y no menciones a nadie! —cortó una voz imperiosa.

Las sombras se movieron alrededor del cuerpo de Sandish.

—¿Y si le echáramos al río? Las aguas lo llevarán a mucha

distancia de aquí.

—Eso ya es más razonable —habló el extranjero.

Unos minutos más tarde, un automóvil llevábase de allí el cuerpo de Vic Sandish, uno de los más audaces inspectores del «Federal Bureau of Investigation».

CAPÍTULO II

Hallábase el inspector Lubber trabajando en su despacho de Madison Street, cuando la puerta se abrió y un joven de unos veinticuatro a veintiséis años entró en la estancia. Tratábase de un muchacho de proporcionada estatura, de aspecto fuerte y musculoso, anchas espaldas y rostro simpático, a pesar de que una sombra de tristeza lo empañaba en aquellos instantes. Dirigió una mirada a su alrededor, como si le extrañara encontrarse allí, y avanzó hacia el hombre que desde detrás de su mesa le observaba con profunda atención.

—Me llamo William Sandish, inspector Lubber —dijo, deteniéndose a poca distancia de la mesa—. Supongo no ignorará…

Lubber se puso en pie y le tendió la diestra, que el joven estrechó con moderada cordialidad.

—Siento lo ocurrido con tu hermano —lamentóse sinceramente —. Ha sido para nosotros una gran perdida que difícilmente podremos substituir. En cuanto a ti…

—Gracias, inspector… —murmuró William Sandish—. Para mí era un hermano y un excelente amigo. Comprenderá los sentimientos que me impulsaron a escribirle.

—Siéntate, ¿quieres? —invitóle Lubber, señalándole uno de los butacones.

Obedeció el muchacho. El inspector apoyóse de espaldas a la mesa y por unos instantes lo contempló en silencio.

—El cuerpo del pobre Víctor apareció flotando en las inmediaciones de Coney Island, hace justamente la misma noche en que vino a darnos cuenta y arrojado luego a las aguas del río. Según el dictamen de los forenses la muerte ocurriría, probablemente, unas cuarenta y ocho horas antes. Posiblemente la misma noche en que vino a darnos cuenta de sus observaciones sobre el buque «Nordheim».

—¿El «Nordheim»?

—Era un buque noruego que entró el lunes último, pasando a descargar en el muelle veintitrés. Sólo bajaron a tierra tres de sus oficiales; pero aquella misma noche regresaban a bordo. Poco después del amanecer, el barco continuaba su viaje a los puertos del sur del continente.

Bill Sandish inclinó la cabeza y quedó unos segundos en actitud de reflexionar.

—¿Qué clase de servicio estaba prestando mi hermano? —preguntó, sin mirar a su interlocutor—. Claro está —añadió—, siempre que no haya inconveniente en que me sea revelado.

—Esperaba esa pregunta, Bill —repuso el inspector—. Tú debes saber de qué se trataba; más aun después del ofrecimiento que me has hecho. Aunque, desgraciadamente, todo aparezca, por el momento, envuelto en un tupido velo que nos impide saber lo más preciso —hizo una ligera pausa, y continuó—: Tu hermano Víctor había sido encargado de averiguar por qué medios son introducidos determinados agentes de espionaje en nuestro suelo y cuáles son los propósitos que les inducen a ello.

—Ya entiendo.

—No, Bill. No es tan fácil de entender. Posiblemente tu hermano había conseguido averiguar algo. Si ello fue así, ha sido un secreto que ha llevado a su tumba. Volvemos a estar en el mismo lugar que al comienzo, y sin demasiadas esperanzas de adelantar sensiblemente en un futuro próximo.

Hubo una nueva pausa que el propio inspector interrumpió.

—¿Qué tal por Quantico, Bill?

—Bien. Todo iba bien hasta que… recibí la terrible noticia. Usted comprenderá lo que ha significado para mí.

—¿Y tus estudios?

—Los profesores están satisfechos de mí. Intentaron hacerme desistir de mi propósito al saber que iba a escribirle para esto.

—Sin embargo, yo creo que has hecho bien.

Bill Sandish lo miró, esperanzado.

—Entonces…

—Aun cuando te falte uno de los cursos más necesarios, yo mismo he abogado en tu favor ante nuestros superiores. Les hablé de tu ofrecimiento y de los deseos que te impulsaban a elevarlo. Al

principio se mostraron indecisos; pero logré decidirlos con una razón convincente.

—¿Cuál?…

—La de que nadie te conoce aún, y podrás actuar sin demasiados estorbos. No sucedía lo mismo con tu hermano ni con cualquier otro que por el momento pudiéramos designar.

Bill Sandish se puso en pie y cogió la mano de su superior.

—Gracias, inspector —le dijo, emocionado—. No puede suponer cuánto le agradezco su valiosa intercesión.

—Tenía confianza en ti y creo…

—No le defraudaré —aseguróle, con sincera convicción—. Se lo prometo.

—Bien —sonrió Lubber, mirándolo fijamente—. Has conseguido más rápidamente que otros llegar a dónde te proponías. Desde este momento puedes considerarte como elemento integrante de nuestra organización. El
F. B. I.,
espera de tu celo y competencia la ayuda precisa para esclarecer uno de los más desconcertantes enigmas que sobre nuestra nación se ha desplegado; yo espero de tu lealtad y de tu espíritu abnegado una actuación que consolide la fe que he puesto en ti, y la confianza que he hecho valer ante el Consejo de nuestros jefes. Además, Bill, piensa que hay alguien más que espera de ti. Tu hermano ha caído, miserablemente asesinado por unos forajidos a sueldo del enemigo. Su sangre clama justicia, y es a ti a quién corresponde hacerla.

—Gracias —repitió, conmovido.

Lubber volvió a su puesto de trabajo, y de uno de los cajones extrajo unos papeles que entregó al muchacho.

—Eso te pondrá en antecedentes del caso —le dijo—. Desgraciadamente, no sabemos gran cosa. Los espías entran utilizando los buques mercantes; pero no sabemos cuáles ni con qué medios. Tu hermano Víctor se encontraba vigilando al «Nordheim» cuando le sorprendió la muerte; pero antes había vigilado al «Livorno», al «Upsala», al «Mount Printley» y otros que ya no recuerdo. Era infatigable, y creo que hubiera terminado por averiguar algo. Ahora… tú debes empezar de nuevo.

Bill echo una ojeada a los papeles, terminando por guardarlos en su bolsillo.

—Los estudiaré más despacio. Vendré a verle para ultimar los detalles: ¿Le parece bien… mañana?

—Debieras tomarte un descanso.

—No es preciso. Tengo verdaderos deseos de empezar cuanto antes.

Lubber abrió los brazos con expresivo ademán.

—Como quieras, Bill. Sólo te pido que no obres precipitadamente. Reflexiona todo cuanto vayas a hacer, y procura obrar con suma cautela. Cuanto más desligado te encuentres de nosotros, más probabilidades tendrás de que nadie conozca tu misión.

Bill Sandish tendió la mano al inspector.

—Debo irme ya, inspector —manifestó—. Mañana volveré para darle cuenta de mis propósitos.

—Bien, Bill. Sólo puedo desearte que tengas mucha suerte.

—Gracias, inspector. Buenos días.

—Adiós, Bill.

Salió el joven a la calle, y, subiendo a su coche, tomó la dirección de Columbia Street, donde su hermano Víctor tenía su domicilio. En la jefatura de la policía local habíanle entregado la llave del mismo. Deseaba encontrarse en él, rememorando los días en que su vida se desenvolvía plácida y libre de las inquietudes actuales.

Dejó el coche a la puerta, y subió al piso. Todo aparecía en completo orden. En el dormitorio de Vic, las ropas se hallaban en su sitio respectivo. Era indudable que la policía, al hacer el consiguiente registro para esclarecer cualquier suceso relacionado con su muerte, habíase limitado a echar una ojeada a los papeles de su gabinete de trabajo.

Sentóse en uno de los butacones del dormitorio, y quedóse en actitud de reflexionar. Todo se le mostraba terriblemente real. Le parecía que de un momento a otro su hermano iba a surgir por el hueco de la puerta y saludarle con el brazo levantado y la amplia sonrisa de ingenua condescendencia que siempre tenía para él.

Movió la cabeza, con gesto pesaroso. Por debajo de la cama asomaban los zapatos que Vic dejara allí la misma víspera de su muerte. Ellos le recordaron la afición de su hermano por ocultar papeles y pequeños objetos en los huecos practicados en los

tabones.

Levantóse para examinarlos. Con la punta de una navajita tanteó las diferentes zonas del tacón, hasta que una de ellas cedió. Sacóla, con cuidado y examinó su contenido. No había nada.

Volvió a dejarlos donde los encontrara. Pero en su mente algo daba vueltas, haciéndole considerar la posibilidad de que Vic hubiera dejado alguna indicación escrita de las observaciones verificadas.

En uno de los departamentos de las oficinas de la policía, metropolitana había contemplado las ropas que su hermano llevaba puestas al ser hallado flotando en las inmediaciones de Coney Island. Entonces no había pensado en la probabilidad de que Vic hubiera dejado alguna nota oculta relacionada con sus pesquisas.

Salió a la calle y tomó la dirección de las oficinas donde se guardaban las ropas pertenecientes a su hermano. El propio inspector de servicio, tan pronto se enteró de sus deseos, apresuróse rápidamente a complacerlo.

—Le advierto —le dijo— que una de las primeras operaciones fue la de examinar cuánto había en los bolsillos. Dudo, pues, que pueda encontrar nada interesante.

—Es posible —admitió—; sin embargo, creo que aún falta algo por ver. Mi hermano no tenía secretos para mí, y no sería extraño que hubiera tratado de legarnos algo de suma importancia.

El inspector sonrió con aire incrédulo; mas no dijo nada y acompañó a Bill Sandish hasta donde se guardaban los efectos que pertenecieron a su hermano.

—Véalos por sí mismo.

Bill tomó los zapatos que Vic llevaba puestos y los estuvo examinando algunos segundos. Seguidamente, valiéndose de la navaja, comenzó a tantear las hojas de que se componían los tacones. El agua las había hinchado, y la tarea no resultaba tan fácil como supusiera.

Al fin consiguió encontrar lo que buscaba. Separó la tapa falsa, dejando al descubierto el escondite a que tan aficionado siempre había sido Vic.

—Creo que hay algo ahí dentro —dijo, mientras examinaba el hueco—. Parece un papel doblado… ¿Tiene, por casualidad, unas pinzas?

—Puedo proporcionárselas.

Salió del cuarto, y al poco rato regresaba con lo que Bill Sandish le había pedido.

Con sumo cuidado extrajo el papel contenido en el interior del zapato. Estaba bastante húmedo a causa del tiempo que estuvo en el agua, hasta el punto de parecer una gruesa lámina de pasta blanca.

—Jamás se me hubiera ocurrido mirar ahí dentro —comentó el inspector.

—Le dije que mi hermano no tenía secretos para mí. Éste era uno de los que constituían su predilección.

Fueron hasta la mesa del despacho del policía y allí procedieron pacientemente a desdoblar aquella masa pastosa. Cada uno de los dobleces exigió un trabajo ímprobo, a fin de evitar que se malograran los posibles datos allí contenidos.

Cuando al cabo de unos minutos la hoja quedó atendida en su forma primitiva, un gesto de desencanto apareció en los rostros de los dos hombres.

Una mancha azulada extendíase sobre el papel, haciendo completamente ilegibles las palabras escritas en él.

—Me estaba temiendo que iba a suceder esto —dijo el inspector, dejándose caer en el sillón.

—De todos modos, no desespero de sacar algo.

Y Bill Sandish apoyóse de codos sobre la mesa y trató de descifrar algunos de los trazos que destacábanse del resto de la mancha.

—Deme un papel —pidióle a su acompañante—. Aunque sea insuficiente, intentaré obtener algo de esos garabatos.

Obedeció el inspector, proporcionándole lo que pedía. Por espacio de media hora estuvo descifrando aquellos signos. Al terminar, mostrólo al policía.

En voz alta, leyó:

«Deb… Simón… 405…, segundo… tal Roy… buque… Fuerzas Aéreas y… sótanos… muelles cinco… jefe… sábado… “La Corona”… noche».

—Bien poca cosa es para seguir una pista —murmuró Bill, desalentado—. No cabe duda que mi hermano escribió este papel ante la posibilidad de ser víctima de aquéllos a quienes seguía.

—Algunas de estas palabras pudieran ser de utilidad, si se

averigua la relación que guardan entre sí. Pero tal como están dispuestas, la tarea resulta tan sencilla como buscar a un John Smith en todo el territorio de la Unión.

Bill tomó la hoja con los datos conseguidos, y la guardó en su cartera.

—Sería conveniente conservar ese papel en sitio seguro —indicó, señalando la hoja contenida en el zapato que llevara su hermano—. Quizá cuando se haya secado, consigamos obtener algún otro dato que ahora aparece ilegible.

Despidióse del inspector, y salió de nuevo a la calle. En un restaurante próximo, almorzó. Pasó luego la tarde realizando algunas gestiones, y a última hora fue a ver al inspector Lubber.

—No esperaba verte tan pronto, Bill —le saludó amistosamente—. ¿Tienes algo nuevo que comunicarme?

El muchacho le dio cuenta de su reciente descubrimiento, mostrándole la copia de la nota que poco antes descifrara.

—No es gran cosa —murmuró Lubber, moviendo la cabeza decepcionado—. Tal vez más adelante pueda serte de alguna utilidad.

—¿Sabe de algún aviador que despertara las sospechas de Víctor? ¿Tal vez alguien llamado Simón o Roy?…

—No tengo la menor idea.

—Aquí también habla del muelle cinco y de un lugar llamado «La Corona». ¿No le habló nunca mi hermano de ello?

Lubber denegó nuevamente, sin despegar los labios.

Bill Sandish dejó caer los brazos, con desaliento.

—Eso quiere decir que habrá que buscar el cabo que mi hermano dejó suelto. No niego que sea difícil; pero si para él fue posible, también puede serlo para mí.

De nuevo en la calle, decidió retirarse al domicilio que ocupara Víctor. Había anochecido, y gruesas gotas de lluvia comenzaban a caer de lo alto.

Dejó el coche en un garaje cercano, y subió al piso. La luz de los relámpagos iluminaba casi sin interrupción el cielo de Nueva York. Los cristales de las ventanas retemblaban, estremecidos por el fragor de los truenos.

La escalera estaba a oscuras, debido, sin duda alguna, a una avería en la conducción eléctrica del sector. Encendió su lamparita

de bolsillo, y abrió la puerta.

Un leve resplandor que se divisaba al fondo, por la parte donde se encontraba el gabinete de trabajo utilizado por Víctor, le sorprendió. No comprendía cómo aquello era posible estando sin corriente toda la casa.

Apagó la lamparilla y avanzó cautelosamente por el pasillo, evitando producir el menor ruido. Al llevar a la puerta del despacho, se detuvo. Un haz de brillante luz movíase en el centro del cuarto. Alguien estaba allí revolviendo la mesa de trabajo de Vic, rebuscando con el propósito de robar o buscar algún papel de importancia.

Sacó la pistola y preparó la linterna. Una vez dispuesto, apretó el botón del conmutador, y la luz plateada de la «Sparckly» taladró las tinieblas, yendo a proyectarse sobre un rostro distendido por la sorpresa de su inesperada irrupción.

—¡No se mueva! —le conminó, en un tono de voz que no dejaba lugar a dudas acerca de sus intenciones—. ¡Aunque no pueda verla, hay un arma apuntando su pecho!

Era una mujer. No debía contar más allá de veinte años, a juzgar por su rostro de facciones finas y delicadas, y su cuerpo menudo y esbelto. Envolvíase en un impermeable azul cine resaltaba aún más la palidez de su asustado semblante.

—¿Quién es usted? —interrogó, alterada la voz por un fuerte temblor.

—Creo que es a mí a quién corresponde el derecho a hacer esa pregunta. La encuentro a usted en una casa extraña, revolviendo unos cajones donde no sé que haya algo de su propiedad.

—¿Es un policía? —inquirió, fijos los ojos en el semblante del muchacho.

—Si le dijera que no, ¿cuál sería su explicación?

Ella desvió los ojos por un momento, para volver a alzarlos hacia Bill.

—No tengo nada que decir —afirmó, resuelta—. Deje que me vaya.

Bill se echó a reír ante la ingenuidad de su petición.

—¿Cree que voy a ser tan galante que le permita escapar por el solo hecho de ser una mujer… aunque sea bonita y atractiva?

Vio cómo ella tragaba saliva y miraba a su alrededor, como

buscando la oportunidad de escapar.

—Puede mirar los cajones, registrar mi bolso, si lo desea. Comprobará que no me llevo nada.

Bill Sandish avanzó hasta quedar a su lado.

—Vamos, pequeña —sonrió, tuteándola—. Siéntate ahí y procura contestar a lo que te pregunte.

En aquel momento, reparada la avería, encendióse la luz. Bill apercibióse de que la ventana estaba abierta y que por allí habíase introducido en la casa su encantadora visitante.

—Conque fue por la ventana, utilizando la escalera de escape, ¿no es así?

Ella dejóse caer en uno de los sillones, lanzando un suspiro de resignación.

—Sí —murmuró, recostándose y echando la cabeza hacia atrás —. Me encontraba algo apurada… encontré la ventana abierta, y pensé que no sería difícil hacerme con algún dinero.

—¡Qué mal sabes mentir! —habló Sandish, moviendo la cabeza con gesto de incredulidad—. Además, tu aspecto no delata una gran necesidad.

—No juzgue a una persona por su aspecto —replicó ella, indiferente—. Usted mismo parece satisfecho y alegre por lo que acaba de hacer, y, sin embargo, sé que le aflige una gran pena…

Se calló al darse cuenta de que estaba hablando más de la cuenta. Bill guardó la linterna en su bolsillo, y sentóse al borde de la mesa.

—Veo que sabes de mí más de lo que esperaba —habló, poniéndose serio—, y que no se debe a una simple casualidad el que hayas venido aquí.

—No irá a creer…

—Ahora ya puedo creer cualquier cosa de ti —añadió, mirándola con gesto sombrío—. Sabes muy bien quién soy; que mi hermano murió a manos de unos bandidos, y que éste era su domicilio. Todo me induce a sospechar que sabes muchas cosas acerca de él, ya que tan interesada pareces en registrar los cajones de su despacho.

Ella se puso en pie; pero de un empujón obligóla Bill a sentarse de nuevo.

—¿Cómo se atreve a decir semejante cosa?

—Vas a confesar inmediatamente quién te envió aquí y qué era lo que tanto interés tenías en encontrar.

—Nada de lo que supone.

—Piensa que puedo obligarte.

—Sería inútil.

—Bien —replicó, con ademán decidido—. Tú lo has querido. Te voy a llevar a la policía. Ellos saben lo que hay que hacer para hacerte cantar.

La desconocida se puso en pie y se cogió de su brazo.

—¡No hará eso! Se lo ruego… —suplicó, con acento conmovedor —. No sabe lo que supondría para mí.

—En tal caso, dime qué hacías buscando en esa mesa.

Ella abatió de nuevo la cabeza. Parecía avergonzada de tener que confesar los motivos de encontrarse allí.

—Si quiere… acompañarme hasta mi casa… sabrá todo cuanto le interesa.

Sandish tornó de encima la mesa el sombrero que dejara al entrar, e indicó la puerta a la joven.

—Está bien. Iré contigo; pero guárdate de cualquier añagaza. No saldrías muy bien librada.

Le indicó la puerta, y hacia ella se dirigió la joven. Ya en el umbral, se detuvo, de pronto.

—Olvidaba mi bolso —dijo, señalándolo—. ¿Me hace el favor?

Bill se dio cuenta de que lo había dejado sobre una silla.

—¿Por qué no me dices tu nombre? Simplificaríamos las cosas.

—Llámeme Sally.

—¿Sally? ¿Y qué más?

—Es suficiente. No adelantaría nada con ello.

Bill volvióse para coger el bolso. Apenas llegó a la mesa cuando un rayo cayó en aquellas inmediaciones, y la luz se apagó de nuevo. Volvióse rápidamente, y sacó de su bolsillo la linterna que antes guardara. El haz luminoso fue a dar sobre el lugar donde debía estar Sally; pero en el hueco oscuro de la puerta no se veía a nadie. Con movimiento rápido paseó el foco por la habitación. Era evidente que Sally había salido, ocultándose en algún lugar de la casa. Posiblemente estaría tratando de salir a la escalera.

Salió al corredor y miró a derecha e izquierda, intrigado ante tan súbita desaparición. La puerta de la habitación de Vic estaba

abierta. Tal vez en ella…

En cuatro zancadas se plantó en el umbral. Y en aquel mismo instante oyó como la puerta del gabinete cerrábase de golpe. Retrocedió de nuevo y trató de abrirla.

Estaba cerrada por dentro. Ahora comprendía la jugarreta de la muchacha. Habríase ocultado tras uno de los butacones y esperado a que saliera del despacho. Inmediatamente cerró la puerta con el pestillo.

—¿Qué diablos estás haciendo? —inquirió, golpeando con fuerza.

Nadie respondió. Sin duda alguna estaría saltando por la ventana y utilizando la escalera de escape que la llevara hasta allí.

Echó a correr hacia la salida y bajó las escaleras rápidamente. Tuvo que dar un rodeo a la manzana hasta alcanzar la parte trasera de la vivienda.



...Echó a correr hacia el otro lado de los cobertizos.

No se veía a la joven por parte alguna; sin embargo, divisó una sombra que se deslizaba pegada al muro al final de la valla lindante con un solar inmediato.

Echó a correr hacia allá, envuelto en el aguacero que arreciaba con desusada violencia.

Al final de la calle vio a la desconocida corriendo por el centro de la calle. Parecía empeñada en alcanzar el autobús que en aquel momento se hallaba detenido en la parada próxima.

Efectivamente, no bien llegó a él, entró precipitadamente. Bill Sandish cruzó la calle para evitar que ella lo descubriera. Había ahí un taxi detenido, y se metió en él.

—¡Siga al autobús! —ordenó al conductor—. Y procure mantenerse a cierta distancia.

El autobús partía en aquellos momentos, y el taxi hizo lo propio.

En el cruce de la Tercera Avenida con la calle Treinta y Seis vio a Sally apearse. Sin mirar siquiera si era seguida, desvióse por la última de las dos arterias, mezclándose con los escasos transeúntes que a causa del temporal arriesgábanse a circular. Por dos veces la vio Sandish mirar hacia atrás. Tranquilizada, posiblemente, al no verlo por parte alguna, aminoró la marcha.

Unos minutos más tarde, Sally entró en un edificio. Tratábase de una pensión para señoritas. Al menos parecía indicarlo el rótulo de la puerta.

Todavía permaneció Bill aguardando por si la joven reaparecía; mas no tardó en convencerse de que Sally se alojaba allí.

Ordenó al conductor regresar a su domicilio. Entró en él por la misma escalera utilizada por Sally para escapar.

Dedicóse a ordenar los papeles que la desconocida sacara de los cajones. Se hallaba de lleno en esta tarea, cuando su pie tropezó con un objeto que había en el suelo. Lo recogió, observando que se trataba de un artístico encendedor; pero al examinarlo con más detenimiento, descubrió que allí había algo más que un simple mecanismo de aquella especie.

CAPÍTULO III

Tratábase de una cajita de forma rectangular, dos de cuyas caras aparecían cubiertas de adornos en forma de pequeñas lentes convexas incrustadas en el metal. Sólo una de ellas, la del centro, permitía ver a su través un pequeño orificio obturado por un diafragma igual a los de las máquinas fotográficas de uso corriente.

Poco a poco, Bill Sandish fue descubriendo otros accesorios. El diminuto disparador, perfectamente disimulado en la parte inferior del aparato; la palanca accionada por la cubierta superior, y que al abrir el encendedor hacía girar una pequeña ruedecilla destinada a enrollar algún microscópico film colocado en el interior de aquel recipiente. Sólo la parte superior estaba destinada al uso representado por el objeto: una mecha asomando en un depósito de fondo apenas apreciable, y un cilindro estriado acoplado al mecanismo de frotamiento.

En la parte interior había un grabado representando un lagarto cuyos ojos estaban substituidos por dos diminutas esmeraldas.

Bill no recordaba que su hermano Víctor le hablara jamás de aquel curioso instrumento. Ignoraba si era aquello lo que Sally había ido a buscar al despacito de Vic o bien, como muy lógicamente pudiera ser, perteneciera a la joven y lo hubiera perdido con la precipitación de la huida, cayéndosele del bolso.

De todos modos, era preciso examinarlo cuanto antes y proceder al revelado del film, en el caso de que lo contuviera.

Fue en busca de su coche, y marchó al laboratorio fotográfico que el Departamento de Investigación poseía en el mismo Manhattan.

Antes de que hubiera transcurrido una hora, el diminuto film había sido revelado y obtenido las ampliaciones de cuánto en él aparecía impresionado. Cinco pruebas en tamaño de una postal corriente alineábanse ahora sobre la mesa ante la cual Bill Sandish

estaba sentado. La desconocida a quién sorprendiera en el piso de Vic, aparecía en dos de las fotografías: en la primera vestía un traje claro y su semblante tenía una profunda expresión de tristeza. En cambio, en la otra sonreía dichosa; pero no estaba sola; un joven se hallaba a su lado, contemplándola con admiración. Las otras tres mostraban la imagen del mismo joven, ahora solo y observando el cigarrillo que sostenían sus dedos; la efigie de un hombre de rostro enjuto y mirada innoble, y la última en la que veíanse tres personas, en un mismo grupo, de aspecto extranjero y que sonreían despreocupadamente, ajenas a lo que sucedía a su alrededor.

Guardó Bill las pruebas, y regresó a su domicilio. En el despacho de su hermano pasó casi dos horas, examinando uno a uno los papeles que había. Nada le llamó la atención, sino una hoja de notas en la que aparecían varias fechas y, al lado, anotaciones de nombres, sin duda alguna correspondientes a buques entrados en el puerto. Algunas de ellas estaban subrayadas en lápiz de color rojo.

> «23 de junio: "Nordheim", remolcado por "T-405", «4 de julio: "Colombo", remolcado por "T-375", «17 de julio: "Partenón", remolcado por "T-405", «27 de agosto: "Nordheim", remolcado por
> «T-405»,
> «12 de noviembre: "Nordheim", remolcado por "T-405", «18 de febrero: "Nordheim", remolcado por "T-405", «29 de marzo: "Nordheim", remolcado por…».

La última indicación estaba en blanco. La fecha correspondía a uno de los días que precedieron a la muerte de Vic, aunque muy bien pudiera ser el mismo. La atención de Vic había estado centrada en la indicación del remolcador
«T-405».
Le pareció a Bill recordar que dicho número era el que aparecía en el escrito incompleto hallado en el zapato de su hermano. Comprobó, en efecto, que era el mismo.

¿A qué se debía la circunstancia de que el
«T-405»
estuviera siempre al servicio de un buque noruego como era el «Nordheim»? Era evidente que Vic había obtenido aquellos datos

del registro de control en el puerto, y que en aquel sentido había orientado sus pesquisas.

Volvió a examinar las fotografías. Nada le decían, ya que la presencia de Sally parecía demostrar que el curioso encendedor perteneciera a la joven y que lo perdería con las prisas de su huida.

De nuevo extrajo el papel, copia de lo escrito por Vic. Había dos nombres que, de momento, no le decían nada. Simón y Roy eran comunes a millares de ciudadanos en Nueva York. Había, también, dos indicaciones precisas de lugares: muelle cinco y «La Corona»… En cuanto a la primera, quedaba descartada por su misma ambigüedad. Sin embargo, la otra…

Telefoneó a las oficinas del

F. B. I.,

y solicitó una relación de los *cabarets*, garitos de juego, establecimientos y tabernas cuyo enunciado comenzara con las palabras «La Corona».

Media hora después tenía lo que interesaba. En total, una lista de doce enunciados que comenzaban con aquella palabra. Siete fueron descartados, por pertenecer a comercios que en nada podían relacionase con el asunto de los espías. De los cinco restantes, tres correspondían a establecimientos del Westchester, Harlem y Baychester, demasiado alejados de los centros sospechosos. Sólo quedaban dos presuntos focos que no podían escapar a una investigación. El uno era «La Corona de Oro», enclavada en el barrio portuario del sur de Manhattan; el otro, «La Corona de Baco», una taberna de Waterbury Avenue, en Brooklyn.

Tras alguna vacilación, decidió comenzar por la primera. Era la que se encontraba más cerca, y también la más próxima al muelle cinco, citado en el incompleto mensaje de Vic.

Continuaba lloviendo cuando localizó el lugar buscado. El luminoso de la fachada parpadeaba a intervalos regulares, y sus luces azuladas rielaban en el asfalto esmaltado por la lluvia. El local aparecía bastante concurrido, y una atmósfera densa y pegajosa respirábase en él.

Entró, y buscó un lugar donde sentarse. Escogió una mesa desocupada, un poco apartada del bullicio, y desde la que podía observar a los que allí se encontraban sin despertar sospechas.

A los cinco minutos se convenció de que todo allí se desenvolvía

de un modo pacífico y normal. Los concurrentes bebían, charlaban animadamente o, simplemente, se guarecían de la lluvia del exterior.

Bill Sandish, decepcionado, aguardó a que en su reloj dieran las diez. Pagó la consumición, y se dispuso a abandonar el local. Quería echar una ojeada al otro establecimiento de Brooklyn antes de retirarse a descansar.

En la misma puerta tuvo que apartarse para dejar paso a un individuo que llegaba apresuradamente. Vestía uniforme de marino, y, al contemplar sus facciones, Bill tuvo el presentimiento de que no era aquélla la primera vez que lo veía.

Desde el umbral quedóse mirando al recién llegado. Y fue entonces cuando recordó la efigie del hombre de facciones duras y turbia mirada que surgió del film revelado aquella misma noche en los laboratorios del
F. B. I.

La misma alegría del descubrimiento le aturdió. Acercóse al mostrador, donde el mozo que habíale servido quedóse mirándolo, extrañado de verlo aún por allí.

—Sírveme algo fuerte… —le dijo, sonriéndole a modo de excusa —. Sigue lloviendo, y fuera hace frío.

El empleado atendióle en lo que le pedía. Entretanto, Bill observaba al desconocido que se había detenido cerca de él, y miraba por todo el local como si buscara a alguien. El resultado debió ser negativo, ya que marchó hacia una puertecilla que había a la derecha del mostrador, y en la cual se apoyaba, con aire indolente uno de los empleados.

—¿Tienes cambio de un dólar, Joe? —fue la pregunta que aquel hombre le dirigió.

—Ahí dentro lo cambiará Clem —fue la respuesta.

Como Bill Sandish se encontraba a poca distancia, y todos sus sentidos se hallaban concentrados en aquella conversación, ni una sola de las palabras se perdió, a pesar de haberse pronunciado en un tono de voz moderado.

«¿Cambio para un dólar?», se dijo para sí. Aquello no dejaba de ser ciertamente absurdo. Sin embargo, nadie se había opuesto a que aquel hombre entrara en la parte oculta del establecimiento. Bill estaba seguro que, de haber intentado llegar hasta allí, alguien se lo

hubiera impedido. No podía aún hacer conjeturas; pero tenía la impresión de que su hermano Vic había estado bajo aquella techumbre de artesonados y de complicadas lámparas que prestaban al local un aspecto ochocentista.

Estaba pensando en la oportunidad de arriesgarse, cuando un nuevo personaje se acercó al que guardaba la entrada.

—¿Cambio de un dólar, Joe? —preguntó, asimismo.

—Clem lo cambiará ahí dentro —repitió el cancerbero, indicándole el interior con un significativo gesto de su cabeza.

También desapareció el nuevo visitante tras el cortinaje de verde terciopelo.

Ahora ya no dudó Bill Sandish. Lo del cambio del dólar debía ser, una especie de consigna para entrar allí. Y si tal se utilizaba, no podía ser debido más que al hecho de que muchos de los concurrentes al departamento reservado de «La Corona de Oro» no eran conocidos de los empleados que guardaban sus accesos.

En un instante decidió intentar fortuna. Pidió una nueva copa, y al pagar entregó un dólar como propina.

—Gracias, señor —sonrióle el mozo, con gesto obsequioso.

Bill se apartó de allí. Hundió las manos en los bolsillos y cruzó por entre las mesas, como si quisiera buscar la compañía de alguien. Al llegar al centro de la sala se detuvo, y como si lo acabara de pensar dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta oculta tras el terciopelo verde.

—¿Cambio de un dólar, Joe? —preguntó al de la puerta, mirándole con atrevida curiosidad.

El empleado lo miró por unos momentos, tal vez intentando recordar sus facciones.

—Ahí dentro lo cambiará Clem —terminó por responder.

Y se hizo a un lado para permitir a Bill el acceso.

Separó el muchacho la cortina, y se encontró en un estrecho corredor, débilmente alumbrado. Al final había una puerta con cristales de varios colores, a través de la cual llegábale el rumor de voces que discutían acaloradamente.

Sin el menor titubeo empujó Bill aquella segunda barrera, y a sus ojos mostróse una nueva sala, aunque de dimensiones más reducidas que la del bar. Había en ella unas treinta o cuarenta personas, entre hombres y mujeres, agrupados alrededor de mesas

en las que se jugaba.

El marino se encontraba observando la discusión que se había producido en una de las mesas, aunque no parecía muy interesado por intervenir en ella. Bill se acercó, quedando a espaldas de una mujer que vestía un traje de noche color grana.

—¿Qué les ocurre? —preguntó, despreocupado.

—Son un par de idiotas —murmuró la mujer, sin volverse—. Dinney colocó sus veinte dólares al nueve, pero el billete quedó entre el nueve y el ocho. Ha salido el nueve; Brent debería doblar la puesta y… ¿Quién es usted? —preguntó al volver su rostro hacia Sandish.

—Soy Bill —sonrió él, indiferente—. ¿Dónde me aconseja que ponga mi dinero?

—En cualquier parte menos aquí —replicó, con sorna—. ¿No se habrá equivocado de puerta?

—Está bien —fingió acceder—. Irán al cinco.

Había terminado la querella con la repetición de la tirada, y al modificarse las posturas aprovechó Bill para poner un billete al cinco.

Rodaron los dados sobre el tapete verde.

—¡Cinco! —anunció la voz del que ocupaba la banca.

—¡Mío es! —exclamó Bill, abriéndose paso para cobrar la suma apostada.

Pero una mano contuvo su ademán.

—¡Eh, amigo! Yo puse a ese número. No vayas tan aprisa.

—¡Repito que ese billete lo puse yo al cinco! —insistió, contemplando al hombre de mala catadura que pretendía apoderarse de la cantidad ganada.

—¡Yo he visto a ese muchacho colocar al cinco! —intervino la mujer, poniéndose de su parte.

—¡Ah, vamos! ¡Conque estás aliada a él!… —sonrió siniestramente el otro.

Y de un manotazo la empujó a un lado.

No había terminado la acción, cuando el puño de Bill fue a estrellarse contra su rostro, haciéndole tambalearse y caer sobre la misma mesa de juego.

—¡Eso le enseñará a saber tratar a las mujeres! —le advirtió.

Desde ambos lados vio Bill acercársele dos sujetos que debían

estar a las órdenes de aquel pendenciero; más un gesto de éste tratando de sacar un arma del bolsillo le impulsó a abalanzarse otra vez sobre él y propinarle dos nuevos puñetazos, que tuvieron la virtud de hacerle desistir de sus propósitos.

Sin embargo, al ir a volverse para hacer frente a la nueva amenaza, algo muy duro fue a golpear su cabeza, haciéndole perder la noción de cuanto le rodeaba.

Unos minutos más tarde abrió los ojos. Le habían echado algo frío al rostro y le daban de beber algunos sorbos de licor.

Enseguida se dio cuenta de que ya no estaba en la sala de juego. Le habían acostado sobre un lecho, y a su lado había dos personas. Una era la mujer que le defendiera cuando le disputaban la puesta que hiciera sobre el tapete verde: la otra era el propio marino a quién siguiera desde el salón exterior de «La Corona de Oro».

Hizo un esfuerzo y se incorporó, quedando sentado en la cama. La cabeza le dolía horriblemente, pero no sentía mareo alguno.

—Eres demasiado impulsivo, amigo —le dijo el del uniforme, sonriéndole zumbón—. Hay que estar bregado en las reglas del juego para tratar de ganar dinero. Afortunadamente, saliste bien librado de las parras de Dinney.

Bill quedósele mirando, entre irritado y sorprendido.

—¿Cree que debía dejarme arrebatar lo que en justicia me correspondía?

—No lo debes tomar a mal —indicó—. Esos chicos son un poco bruscos, y hay que saber tratarlos. Lisa dice que tú tenías razón; pero a veces hace falta más audacia que razón.

—¡Bah! —exclamó, con desprecio—. Ya veo que he caído entre una cuadrilla de tramposos. Necesitaba dinero y creí…

—Todos necesitamos dinero —sonrió el marino—. También Dinney lo necesita, y no encuentra medios más expeditivos que robarlo a los incautos.

—Tal vez es usted aliado suyo…

—No —rió el marino—. No soy aliado de Dinney, ni siquiera simpatizamos gran cosa; pero me importa demasiado que no se arme aquí mucho alboroto.

—¿Es el dueño de esto?

Denegó con la cabeza, en silencio.

—Simón fue quien le trajo a mi habitación —intervino la

muchacha—. Considero que debiera estarle agradecido.

—Gracias —murmuró, secamente.

—No tienes por qué darlas. Eso no es ningún favor y, por otra parte, me alegró ver cómo a Dinney le plantaban cara. Es un matón y un fanfarrón, que sólo se preocupa de que le guarden las espaldas…

—Algún día le daré su merecido —mascullló Bill, con acento de hondo resentimiento.

—¡Vamos; amigo! —animóle el marino, dándole unas palmaditas—. No hay que tomarlo demasiado en serio. Al fin y al cabo, sólo se te fueron cinco dólares.

Bill ocultó el rostro entre sus, manos.

—Cinco dólares significan mucho para mí —murmuró, con voz apagada—. Si algún día se encuentra en una gran ciudad y con sólo cinco dólares en los bolsillos, no le parecerá la cuestión demasiado insignificante.

—Puedes buscar trabajo.

Levantó la cabeza y miró a su interlocutor.

—¿Dónde quiere que encuentre trabajo? Sin informes aceptables y con la policía pisándome…

Se mordió los labios y miró a sus dos acompañantes. Los vio cambiar entre sí una mirada de inteligencia. Se puso en pie, iniciando la acción para salir de allí.

—Debo irme ya… Gracias por todo.

—Tú no tienes a dónde ir —le contuvo el hombre, cogiéndolo de un brazo—. Si me dijeras… tal vez podría ayudarte.

Bill lo miró, con asustada expresión, y trató de desasirse.

—¡Usted quiere llevarme a la policía! —exclamó, con voz ronca.

—¿Crees que para eso me hubiera molestado en traerte hasta aquí? —sonrió, tratando de calmarlo—. Todos tenemos algo que escamotear a la policía. Además, estás nervioso a causa del golpe que te dieron, y te has vuelto tan asustadizo como una criatura. En el salón no parecías el mismo hombre.

Bill pasóse una mano por la frente y dejóse caer sobre el lecho.

—Tiene razón. No sé lo que me ocurre… Deje que me vaya.

—Dijiste que no tenías trabajo.

—Lo buscaré… donde sea.

—Teniendo algo con la policía, te será difícil encontrarlo.

—Me he visto peor en otras ocasiones, y siempre salí del paso.

La joven sacó de su tocador una cajetilla de cigarrillos, y la ofreció al muchacho.

—Gracias —dijo, al tiempo que tomaba uno.

El marino sentóse a su lado y tomó uno de los cigarrillos de la muchacha. Ofreció lumbre a Bill, encendiendo luego el suyo.

—Yo puedo ofrecerte lo que necesitas —declaró, sin parecer demasiado interesado.

Bill se le quedó mirando, intrigado.

—¿Qué clase de trabajo?

—El que quieras. Todo depende de lo que esperes obtener. Hay quién se conforma con unos dólares a la semana; otros son más ambiciosos, y necesitan mucho más.

—¿Por qué cree que puedo servirle?

—Me gusto lo que hiciste abajo. No demostraste tenerle miedo a Dinney. Hombres decididos es lo que hoy día se precisa.

Bill quedó unos instantes pensativo.

—Por el momento, prefiero algo tranquilo. Me basta con salir del paso.

El marino se puso en pie.

—Bien —dijo—, necesito un hombre en mi remolcador. Es el «T-405», y lo encontrarás amarrado en la dársena del muelle dieciocho. Para empezar, no me parece mala idea. Luego, cuando conozcas tu oficio, tú mismo pedirás mejorarlo. Ven mañana a las nueve, y pregunta por el capitán Simón Morris. Nadie te hará demasiadas preguntas. Yo mismo me encargaré de arreglarlo todo.

CAPÍTULO IV

Bill Sandish trepó por la escalerilla metálica, y asomó por la escotilla de proa. A pesar de que hacía un frío intenso, el sudor corría en abundancia por su frente.

Frotóse el rostro con un pañuelo, y aspiró profundamente el aire fresco de cubierta. Abajo, en la sentina de proa, la atmósfera densa y pegajosa le producía la impresión de estarse moviendo en un líquido inmundo y maloliente.

Pronto anochecería, y Nueva York se encendería como un ascua asomándose al Hudson; pero con aquella niebla sería poco menos que imposible advertirlo desde donde se encontraban.

La sirena del «Excellency» sonaba ahora hacia la derecha. A pesar de que el «T-405» tenía encendido el potente reflector de proa. Bill tenía la seguridad de que apenas sí taladraría aquel muro impalpable en una profundidad de un centenar de yardas.

Avanzó por la cubierta, hasta apoyarse en la borda. La mar estaba movida, y el remolcador cabeceaba a impulsos del oleaje que azotaba sus costados.

Bill fue corriéndose hasta el puente, donde una figura erguíase junto al que cuidaba del reflector. No le costó gran trabajo reconocer al capitán Morris.

Una semana llevaba ya a las órdenes de aquel hombre, y aun cuando sospechaba que se trataba del tal Simón a que se refiriera. Vic en su escrito, hasta el momento no había podido observar nada anormal en su conducta.

Sus tratos con él manteníanse siempre dentro de la estricta disciplina: aunque Bill presentía que al ofrecerle aquella colocación algún propósito guiaba al hombre que conociera en «The Golden Crown».

La sirena del «Excellency» zumbó de nuevo, ahora más cerca. El remolcador viró bruscamente, y un violento bandazo inclinólo de babor. Bill se agarró a uno de los asideros del puente y esperó a que el barco recobrara el equilibrio.

La puerta que daba a la cabina del radiotelegrafista se abrió, y una voz llamó al capitán.

—¡Eh, capitán Morris! —gritó, aquel hombre—. ¡El «Excellency» comunica que con esta mar no será posible entrar en el puerto! ¿Qué hay que decirles?

—¡Que vayan al refugio de Long Island y se mantenga hasta…! No; no digas nada de eso. Avísales que voy allá en la canoa.

—¿No cree que es temerario?

—Con una mar peor he hecho lo mismo otras veces. Llevaré conmigo a… ¡Bill! —llamó—. ¡Bill Carrigan!

Recordó Bill que con aquel nombre se había enrolado en el
«T-405»,
y salió de su escondite para acercarse al capitán.

—¿Qué desea, capitán?

—¡Oye, Bill! ¡Necesito ir al «Excellency»! Voy a ordenar que preparen la gasolinera, y tú vendrás conmigo.

—¡Está bien, capitán!

Antes de que transcurrieran quince minutos la canoa había sido arriada hasta el agua, y Simón Morris y Bill se encontraban en su interior.

—Ponte a proa, Bill, y vigila el buque.

Hizo lo que le mandaban, colocándose en la parte anterior. Desde allí veía a través de la niebla las luces de posición del «Excellency». El barco se hallaba apenas a unas veinte yardas, y resultaba temerario para los dos buques acercarse un poco más.

Morris hizo aproximar la gasolinera por la parte de estribor. Desde lo alto le lanzaron una escalerilla de cuerda y, asiéndola, trepó por ella con agilidad insospechada en él.

Bill quedó solo por espacio de, unos minutos. Al cabo, oyó la voz del capitán llamarle desde arriba.

—¡Eh, Bill! ¡Acerca más la canoa!

Obligó a la gasolinera a trazar una cerrada curva, yendo a colocarse muy cerca de la inmensa mole del «Excellency», por la parte de estribor.

Cinco minutos después, Simón Morris se hallaba de nuevo en la canoa. Llevaba un pequeño maletín, que dejó en el fondo de la embarcación.

—Estuve charlando un poco con Haymanns —dijo, por toda explicación—. Siempre fuimos buenos amigos. Cada vez que viene de un viaje por Oriente me trae algunas chucherías.

Colocóse al timón, y dirigió la canoa hacia el foco del remolcador, que taladraba las tinieblas cada vez más densas.

La canoa fue izada a bordo, y el barco viró en redondo para regresar al puerto.

A muy escasa distancia del muelle, Simón Morris se acercó a Bill y llevóle hasta un lugar alejado del resto de la tripulación.

—Esta noche tengo un trabajo para ti —le dijo, en voz baja—. No es difícil y puede proporcionarte un buen puñado de dólares.

—¿Es necesario que lo haga yo? —preguntó, indiferente.

—Necesito que seas tú quien se encargue de ello —subrayó—. Yo me ocuparé de que todo salga sin el menor contratiempo.

—¿De qué se trata?

—Sencillamente; tendrás que ir hasta el embarcadero que hay al pie de la caseta de señales y aguardar la llegada de un bote. Su ocupante te entregara el maletín que me regaló Haymanns. Deberás llevarlo hasta un automóvil que esperará al otro lado de los cobertizos, casi enfrente de la calle Stuart. Lo reconocerás enseguida por su color, un verde claro, y también por la persona que habrá dentro. Ella te indicará lo que habrá que hacer.

—Creo que ya entiendo —habló Bill, lentamente—. Algún sucio negocio que le encargó su amigo del «Excellency».

—Para nosotros será un limpio negocio —sonrió Morris, mirándolo fijamente—. ¿Acaso no has jugado tú a esas cosas antes de venir a mí?

—Sí, desde luego —reconoció—; pero esperaba tomar otro camino.

—Cuando se toma uno de éstos, difícilmente pueden dejarse de lado. No arriesgarás gran cosa, y en unos minutos te embolsarás cien bonitos dólares.

—Está bien —dijo, sin demasiado entusiasmo—. Lo haré.

Morris puso una mano en su hombro, y quedóse mirando hacia el muelle, donde unas sombras movíanse en espera de que

atracasen.

—Hace ocho días que nos conocimos en «The Golden Crown» —comentó—. Desde entonces he venido observando tu conducta, y creo que tienes fibra para llegar a ser un buen ayudante mío.

—Parece muy seguro.

—Yo nunca me equivoco, Bill —rió el capitán, por lo bajo—. ¡Ah! No te olvides de que, al preguntarte el hombre de la lancha si mañana habrá esa misma niebla, contestarle que todo depende de si el Hudson baja revuelto.

—Me acordaré de ello.

—Bien, Bill. Nada más. Te veré luego en el bar.

Alejóse de su lado, y Bill viole dar a sus hombres las oportunas órdenes para la maniobra de atraque…

No bien saltó a tierra, pasó a firmar en el libro registro del personal, y alejóse en dirección de la caseta de señales. No lejos de ella había un mercante australiano procediendo a la descarga. Entretuvo la espera contemplando las maniobras de las grúas. Luego, juzgando que había ya transcurrido el tiempo suficiente, aproximóse al embarcadero.

No tuvo que esperar mucho. Una sombra surgió de entre la niebla y se acercó al lugar donde se hallaba. La lancha llegó hasta el mismo borde. Una figura manteníase erguida a proa.

—¡Oiga, amigo! —le llamó—. ¿Cree que mañana seguirá esa niebla?

Bill descendió los escalones, hasta quedar muy cerca de la barca.

—Depende de que el Hudson baje revuelto.

El hombre se inclinó hasta tomar algo que había a sus pies, y lo alargó al muchacho.

—Buenas noches —murmuró.

Empuñó los remos, y no tardó en desvanecerse engullido por la bruma que envolvía el puerto.

Bill tomó el maletín, comprobando que pesaba más de lo que su aspecto hacía suponer. Subió la escalera de piedra, y alejóse del muelle. Al ir a dar la vuelta a uno de los cobertizos, una figura le salió al paso. Inmediatamente reconoció a uno de los policías de vigilancia en la zona portuaria.

—¿Qué buscas por aquí, muchacho?

Por un instante Bill vaciló.

—Trabajo en la carga —respondió—. He terminado ya. ¿No cree que es hora?

—¿Qué es eso que llevas en esa maleta?

—Nada. Cosas personales.

—Me lo vas a enseñar ahora mismo, si no te importa.

—¡Oh, no! ¡Claro que no!

Bill dejó, la maleta sobre uno de los fardos allí amontonados. Hizo como que buscaba la llave. Entretanto el policía se le había aproximado, y esperaba a que abriera el maletín.

De pronto, con la rapidez de un rayo, Bill lanzó un impresionante directo que alcanzó al policía, haciéndole caer de espaldas. Sin esperar a ver el resultado de su fulminante reacción, tomó de nuevo la maleta y echó a correr hacia el otro lado de los cobertizos.

Al doblar la esquina, escuchó el silbato de alarma, seguido de dos detonaciones. No oyó silbar las balas; pero tenía la seguridad de que iban dirigidas a su persona.

A menos de quince yardas estaba el coche aguardándolo. Al verlo llegar, su ocupante había abierto la puerta para facilitarle el acceso. Había, también, puesto el motor en marcha. Por ello, no bien se introdujo en el vehículo, éste arrancó, enfilando con impresionante velocidad la poco concurrida callejuela que había a su derecha.

Bill arrojó el maletín sobre el asiento posterior, y dejóse caer en el delantero con gesto de cansancio.

—¿Qué ocurrió? —preguntó una voz que reconoció al instante.

—¡Lisa! —exclamó—. ¿Usted…?

—¿Quién creía que aguardaba?

—No sé… No se me ocurrió pensarlo.

Efectivamente, Lisa, la compañera de Morris, a quien conoció en «La Corona de Oro», la misma noche de su encuentro con el capitán del
«T-405»,
era la encargada de conducir el coche.

—Cuénteme lo que ha sucedido.

—Un policía me salió al paso. Quiso examinar la maleta, y al ver que no tenía otro remedio, le golpeé, haciéndole caer al suelo. Seguidamente eché a correr para subir al coche.

—Creo que se han dado cuenta —advirtióle Lisa—. Vea aquel coche que nos sigue. Es del servicio de la policía del puerto.

Bill miró hacia atrás, y vio un automóvil que acababa de dar la vuelta y se les acercaba velozmente.

—¡Siga en dirección de Broadway! —apremióle Bill—. Allí nos será más fácil esquivarlo.

—No lo crea —replicó la mujer, imperturbable—. Sería tanto como meternos en la boca del loco. Tenemos que subir por Riverside; aunque procuraré dar un pequeño rodeo.

Lisa viró bruscamente, metiéndose por un callejón oscuro constituido casi exclusivamente por almacenes y edificios que por su aspecto parecían talleres destinados al servicio de los muelles.

No estarían por la mitad, cuando el coche seguidor los enfocó con sus potentes reflectores.

—¡Tuerza a la derecha! —indicó Bill a la mujer, dándose cuenta de que había una bocacalle ofreciéndoles un posible refugio.

—¡Qué mal conoce esto! —rió Lisa—. ¿Se ha dado cuenta de que se trata de una calle sin salida?

—¡Diablos! ¡Buena la hubiéramos hecho!

Al final de la calle tomaron la dirección izquierda. Pero al instante se apercibieron de que un enorme camión les cerraba el acceso. A la izquierda quedaba un angosto paso, insuficiente para el coche que les conducía. Un montón de embalajes de madera, vacíos, acababa de complicar la situación.

Sin titubear siquiera, Lisa lanzó el vehículo a toda velocidad contra la barrera que les impedía el paso. Un formidable estrépito señaló el choque, y la barrera de embalajes se vino abajo con enorme confusión.

Bill asomó la cabeza, y vio cómo el coche que les seguía no había tenido más remedio que detenerse. Hasta que el paso quedara libre transcurrirían algunos minutos, con los que tomarían la suficiente ventaja para poder considerarse libres de aquella pesadilla.

—Es usted una maravilla resolviendo situaciones comprometidas —dijo a Lisa, que, aprisionando el volante, continuaba lanzando el automóvil a una velocidad endiablada.

—Era preferible estrellarse, a terminar sentada en la silla eléctrica.

—Me parece… una broma demasiado pesada —murmuró Bill, fingiéndose sobresaltado.

Ella se echó a reír.

—¿Sabe lo que lleva en el maletín?

—No. Morris no me habló de ello. Me imagine, sin embargo, que llevamos contrabando.

—Sí; en cierto modo lo es. Ahora ya se ha metido de lleno y no puede volverse atrás. ¡Váyales con excusas a la policía! No le servirían de nada.

—No he hablado de volverme atrás.

Ella lo miró por unos instantes.

—No me engañaba respecto a usted, Bill. Ahora creo firmemente que será una ayuda valiosa. Se lo diré a Simón.

Corrían por Riverside Drive en dirección norte. Habían dejado atrás la calle Ciento Diez, cuando Bill se dio cuenta de que la persecución se reproducía con más encarnizamiento que antes. Tres coches habían aparecido por la derecha, y llegaban raudos estremeciendo el ambiente con el ulular de las sirenas.

—No se inquiete, Bill —recomendó Lisa, al ver su preocupación —. Por esta parte la niebla va espesándose, y antes de diez minutos los habremos perdido de vista.

Desvió Lisa el coche por la calle Ciento Veintisiete, y cruzó el puente sobre el río Harlem. De los policías seguidores ya no se distinguía ni rastro. Indudablemente estarían dándose a todos los diablos culpando a la niebla por haberles arrebatado una presa que ya creían segura.

—De todas formas, habrá que ir con cuidado —habló el joven—. Cuando menos se piensa, le salen a uno policías de entre los dedos de la mano.

—Usted no tiene miedo de la policía. Me he dado cuenta mientras estaban siguiéndonos.

—Tal vez será porque no la conozco bien.

—Lo importante es que hayamos podido burlarla. Simón le dará una buena recompensa por esto. Posiblemente le ofrecerá trabajar en otro puesto.

—Me gusta el que tengo.

Lisa lo miró, entre admirada y provocativa.

—También me gusta usted, Bill, y no tengo más remedio que

someterme a Simón Morris.

Él quedósela mirando, fingiendo una sorpresa que estaba muy lejos de sentir.

—Supongo que mi deber será darle las gracias por su atención —sonrió.

—No estoy bromeando, Bill —echóse a reír—. Digo, sencillamente, lo que siento. No acostumbro a andarme con rodeos.

—Bien; pero me parece que al capitán no le haría mucha gracia, de poder oírla. ¿Es, acaso, su marido?

—No.

—Pues, entonces, será su novio… su amante.

Ella se encogió de hombros, despectivamente.

—Le soporto en razón de nuestros negocios. Simón ha puesto su confianza en usted. Cree que va a serle de mucha utilidad en sus trabajos.

—No sé aún qué clase de trabajos se trae entre manos.

Lisa volvió a reír, echando hacia atrás la oscura mata de sus cabellos, largos y deliciosamente perfumados.

—Lo sabrá cuando no tenga más remedio que saberlo. Posiblemente, Simón teme que se le escape de las manos. Cuando lo tenga seguro, se le mostrará más expresivo.

Bill sacó un cigarrillo, ofreciéndole el paquete a Lisa.

—Póngamelo en los labios.

Él hizo lo que le pedía, encendiéndolo a continuación.

—Gracias —dijo—. Sinceramente, Bill, debo confesarle que me gusta trabajar con usted. Lo encuentro distinto a los demás.

—¿Se refiere al capitán?

—¿A Simón? Sí, también a él —sonrió—. Aunque estaba pensando en los otros.

—¿Quiénes son los otros?

—No tardará en conocerlos. Dentro de unos minutos llegaremos. No se sorprenda demasiado si lo miran con desconfianza. Es natural que, siendo nuevo, lo reciban con muestras de recelo.

—Trataré de portarme bien.

—No le será difícil —sonrió Lisa, lanzando una bocanada de humo.

Ya no volvieron a hablar hasta que la joven detuvo el coche ante una verja que rodeaba un frondoso jardín. Una senda conducía

hasta una oculta construcción, una de cuyas ventanas permitía ver la iluminación del interior.

Lisa tocó por tres veces el claxon. A poco la puerta de la casa dio paso a una figura que se acercó a la verja. Abrió, y se hizo a un lado para permitir que el vehículo entrara.

Lisa lo condujo hasta el garaje. Apeóse, e invitó a Bill a que hiciera otro tanto.

—¿Hemos de quedarnos aquí? —preguntó.

—Sí; al menos por esta noche. Simón vendrá más tarde. Ahora debo avisarle de que todo ha ido bien.

Descendió del coche y salió al jardín. Un nuevo individuo habíase sumado al que abriera la puerta. Ambos aguardaban al pie de la escalerilla. Al verlo aparecer en compañía de Lisa, quedáronsele mirando sin disimular la extrañeza que les causaba su presencia allí.

—Éste es Bill, muchachos —presentóle la muchacha, cogiéndole de un brazo y llevándolo hasta donde estaban los otros—. Ha trabajado esta noche, y va a quedarse aquí hasta mañana.

—Vamos dentro —dijo el de más edad, haciéndoles ademán de que entraran en la casa.

Acompañado siempre de Lisa, subió Bill los escalones y entró en la casa. Estaba sencillamente amueblada, y era evidente que la habían alquilado para servirles de escondrijo en caso de necesidad. Se hallaba excelentemente situada, ya que a muy escasa distancia estaba el cruce con Bridgeport y Trenton. Además, aquella parte estaba poco habitada, y en su mayoría tratábase de casitas estilo campestre habitadas por gentes que trabajan en la ciudad.

La joven lo introdujo en una especie de saloncito, en el que había un individuo con el uniforme de las Fuerzas Aéreas. Estaba sentado en un diván y hojeaba una revista. Al verlo entrar se le quedó mirando, intrigado, aunque era evidente que la compañía de Lisa representaba suficiente garantía para no sentirse alarmado.

—Hola —dijo la muchacha, sin demasiada efusión.

—Hola —repuso el aviador.

Y volvió a su lectura.

—Beberemos algo —propuso Lisa, dirigiéndose a un mueble del que sacó un par de vasos y una botella—. Nos hace falta a los dos.

Detrás de ellos habían entrado en el saloncito los dos sujetos que

les recibieran en el jardín. El de más edad tenía el aspecto de un cargador de los muelles, y una amplia cicatriz partía su mejilla derecha. El otro, por el contrario, hacía gala de modales más refinados. Vestía con cierta elegancia, y tenía todo el aspecto del tipo acostumbrado a una vida fácil, sin importarle el modo en que llegasen los dólares a sus manos.

Mientras Lisa llenaba los vasos y ofrecía uno de ellos a Bill, los dos personajes se les acercaron, quedando a sus espaldas. No por ello se volvió el muchacho. Sentía sus miradas clavadas en él; pero ni por un momento reveló a sus observadores el menor síntoma de turbación.

—De modo que… tú eres Bill —habló, al fin, el de aspecto de obrero.

—Sí; soy Bill —repuso, sin volverse siquiera—. ¿Cuál es tu nombre?

—¡Vaya! —exclamó, regocijado—. Se me olvidaba hacer las presentaciones. Me llamo Harry, y éste es Nic. El aviador atiende por Sylvester; pero no es muy sociable. Es mejor que no le hables.

—Lo tendré en cuenta.

Dejó el vaso sobre una mesita, y volvióse hacia Harry.

—De modo que te encargaste del maletín, ¿no es eso?

—Sí —contestó—. El capitán… Simón me pidió que lo acompañara hasta el «Excellency». Luego, al ir a desembarcar, me encargó que fuera a recocer el maletín, y lo llevara al coche. Tuve un pequeño tropiezo; pero la cosa no pasó a mayores.

—¿La policía?

—Un agente quiso husmear. Le contesté un poco duramente. Nos estuvieron siguiendo hasta cruzar el río. Allí conseguimos despistarlos.

Lisa había tomado de nuevo el maletín, que a su entrada allí dejara sobre una silla, y lo guardó en un armario, cerrándolo luego con llave.

—¿Hay algo que comer por aquí? —preguntó, volviéndose hacia Harry—. Bill y yo traemos un apetito atroz. La carrera desde el muelle bastaba para despertar un hambre de mil diablos.

—Anda, Nic —volvióse Harry hacia su compinche—. Tráete algo para los chicos.

Nic salió del saloncito. Entonces Harry se le acercó.

—Ven conmigo, Bill. Te enseñaré tu habitación para esta noche.

El muchacho lo siguió hasta uno de los cuartos del piso alto. Había en él un camastro, un par de sillas y una mesa.

—Por una noche, creo que podrás resistirlo —dijo, con acento burlón…

—Lo intentaré —repuso.

Bajaron de nuevo a la planta. Allí, sobre la mesita. Nic había colocado unos bocadillos y fruta. Sentóse Bill, y comió con apetito.

No había terminado, cuando el teléfono repiqueteó, insistente. Harry iba a contestar; pero Lisa se le adelantó.

—Debe ser Simón —anunció—. Quedó en llamarme enseguida.

A través de los monosílabos con que la joven contestaba, no le era posible a Bill reconstruir el asunto de aquella conversación. Al terminar, Lisa regresó a la mesa.

—Simón me ha dicho que te quedes aquí hasta mañana por la noche. A las nueve deberás ir a mi habitación en «La Corona de Oró». Él te esperará allí.

Bill asintió en silencio, y siguió devorando el emparedado que tenía entre sus dedos.

Una vez terminada aquella cena, Lisa se entretuvo escuchando la radio, en tanto que los demás enzarzábanse en una partida de naipes. Bill comprendió que esperaban el momento de quedarse solos. Reprimió un bostezo, y se puso en pie.

—Me estoy cayendo de sueño —manifestó—. ¿Me necesitáis para algo?

—Debes ir a descansar, Bill —aconsejóle Lisa—. Mañana te aguarda, sin duda, una noche de trabajo.

Subió a su habitación, y cerró la puerta por dentro. Aguardó a que transcurrieran unos minutos. Abrió la ventana, y observó la quietud y la soledad en torno de la casa.

De la ventana partía un saliente alrededor del edificio. Poniéndose de pie en él, podía alcanzar el tejado. Una brusca contracción le dejó encima. Seguidamente, aproximóse con gran sigilo hasta donde asomaba la chimenea.

Bill había observado que el hogar daba al saloncito donde se encontraban los ocupantes de aquella casa. Esperaba que, con el silencio de aquellos lugares, le sería posible percibir a través de la chimenea cuanto se hablaba abajo.

Con gran alegría comprobó que por aquel conducto ascendían las voces de Lisa y sus compinches. En aquel momento era la muchacha quien hablaba.

—Simón quiere que al oscurecer te halles a la entrada del puente metálico que hay a unas doscientas yardas del cruce de Harrington, al otro lado del río. Allí irá a buscarte un coche color cereza. Sus ocupantes llevarán tu documentación en regla. Ellos te conducirán al punto que se considere necesario.

—Perfectamente —contestó una voz, en la que reconoció al individuo del uniforme de aviador—. ¿Cómo iré hasta allá?

—Pues… el mismo Bill podrá acompañarte. No tendrá más que dar un pequeño rodeo antes de ir a ver a Simón. Estoy segura de que conoce aquello.

Hubo un corto silencio que la voz de Harry cortó.

—¿Probamos la suerte, pequeña?

—No, gracias. También yo estoy fatigada. Y no olvides que hay que cambiar la matrícula del coche y desfigurar un poco su aspecto. No quisiera que por una imprevisión nos ocurriera algún desastre.

Bill se apartó de la chimenea, y en pocos segundos ganó de nuevo su habitación. Oyó como los pasos de Lisa subían por la escalera. Al pasar por delante de la puerta, se detuvieron unos instantes.

—Buenas noches, Bill —habló en voz baja.

Bill no se movió de donde estaba. No quería dar a entender a Lisa que seguía despierto.

Casi enseguida, la joven continuó hasta el final del pasillo. Bill oyó cerrarse la puerta de su habitación y el ruido que hacía una silla al ser cambiada de sitio.

Entonces se dispuso Bill a acostarse. Sin embarro, permaneció por espacio de una hora despierto. Y en este tiempo su cerebro planeó lo que pensaba llevar a cabo antes de acudir a la cita que Morris le diera en la habitación que Lisa ocupaba en «La Corona de Oro».

CAPÍTULO V

Bill Sandish se hallaba tumbado en la hamaca que Harry había tendido en la parte soleada del jardín, cuando Lisa lo llamó desde lo alto de la escalera.

—¡Eh, Bill! Va haciéndose hora de preparar el regreso.

Saltó a tierra y acercóse a la muchacha.

—¿No cree que faltan todavía unas horas hasta la noche? —preguntó, mostrando extrañeza.

—Ahora ha de llevar a Sylvester. Tiene que estar antes de que anochezca en un punto de la carretera de Trenton.

—Bien; estoy dispuesto. Aunque me parece un poco arriesgado sacar tan pronto el mismo coche que utilizarnos anoche.

—No lo reconocerán —repuso Lisa, con una sonrisa enigmática—. ¿Quiere echarle una ojeada?

Acompañó al muchacho hasta el pequeño garaje que había a espaldas de la casa.

Por un instante creyó Bill que el coche que allí había era distinto del que utilizaran la víspera. Sin embargo, observándolo más detenidamente, se dio cuenta de que continuaba allí, aunque con importantes modificaciones. Había sido convertido en descapotable, aparte de que la matrícula aparecía cambiada. Asimismo, había sido substituida la cubierta del motor.

—Un buen trabajo —comentó, admirado—. ¿Lo hizo Harry?

—Él entiende de estas cosas: pero no le conceda más mérito del que en realidad tiene. A Harry le bastan un par de horas para realizar estos cambios. ¿Se sentirá ahora más seguro?

—Sí; desde luego —sonrió—. Por mí, estoy preparado.

Lisa salió del garaje. Desde la puerta, volvióse hacia Bill.

—Avisaré a Sylvester de que está usted esperándolo. Puede, entretanto, sacarlo a la carretera.

Así lo hizo Sandish. Habíalo dejado con el motor en marcha y se

disponía a regresar a la casa, cuando vio al aviador acercarse acompañado de Lisa.

—¿Conoce bien la carretera de Trenton? —preguntóle ella.

Asintió Bill, en silencio.

—Bien; tiene que dejar a Sylvester en las cercanías del cruce de Harrington. Unas doscientas yardas antes de llegar, hay un puente metálico. A la misma entrada deberá apearse Sylvester. Luego, diríjase a la entrevista con Simón.

—Perfectamente. ¿No desea que pase luego a recogerla?

Lisa sonrió, agradecida por aquella atención.

—Yo tengo otras cosas que hacer. Sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué?

—Me gustaría que a la primera oportunidad me llevara a cenar con usted. ¿Le parece bien?

—Me parece estupendo —respondió el muchacho, inclinándose ligeramente.

Volvióse hacia el aviador, que aguardaba junto a la verja.

—Cuando quiera, Sylvester.

El extranjero llevaba el maletín que Bill recogiera en el puerto. Subió al coche, sentándose en el asiento delantero.

Puso Bill el motor en marcha. Al tiempo de arrancar, Lisa despidióle agitando una mano. Correspondió en igual forma, y se volvió hacia su acompañante.

—Simpática muchacha. ¿No le parece?

—Sí —repuso, secamente.

No parecía aquel individuo muy dispuesto a entablar conversación, por lo que desistió de ello.

Mientras el automóvil se dirigía hacia el oeste, iba Bill recapacitando acerca de lo que hasta entonces había conseguido averiguar. Una cosa era cierta, y consistía en que su hermano Vic no había seguido una pista falsa. La prueba estaba en que los escasos datos que habíale legado y con los que pudo localizar a aquella pandilla de malhechores, correspondían exactamente con sus descubrimientos. «La Corona de Oro» era uno de los lugares de reunión. Simón era el nombre del capitán del
«T-405»,
citado, aunque incompletamente, en el mismo papel que escondiera en su zapato. También Vic hablaba de las Fuerzas Aéreas, y en

aquel momento sentábase a su lado un elemento de dicha arma.

—¿Le espera alguien en el cruce de Harrington? —preguntóle de pronto, con el propósito de estudiar mejor al extranjero, más que por creer que iba a revelarle algo importante.

—No —fue la respuesta.

—En este caso, si lo desea, yo mismo puedo llevarle a dónde le interese.

—Gracias. Debo apearme en ese lugar.

Hubo una pausa que el propio Sylvester cortó.

—Procure no correr tan aprisa. Prefiero no tener que aguardar mucho tiempo en el puente.

—Lo siento; pero también yo tengo una cita en Manhattan. Y estamos muy lejos.

Ya no volvieron a romper el silencio que los envolvió. A la misma entrada del puente metálico, Bill detuvo el coche.

—Hemos llegado —dijo.

Y aguardó a que el otro se apeara.

El aviador tomó el maletín y descendió del coche.

—Puede volverse —indicó—. Gracias.

Bill dio la vuelta y regresó por el mismo camino. Sin embargo, al llegar a un poste de gasolina, a media milla del lugar donde dejara a su acompañante, detuvo de nuevo el vehículo y se apeó.

Por teléfono llamó al inspector Lubber. Experimentó una gran alegría cuando escuchó su voz al otro extremo del hilo.

—Soy Bill Sandish, inspector —le dijo—. Me parece que tengo en mis manos el cabo de la madeja que dejó suelto mi hermano Vic.

—¡Vaya, Bill! ¡Qué magnífica noticia! ¿Y dónde estás ahora?

—Necesito que me envíe dos hombres, inspector Lubber. Hay un tipo vestido de aviador, aguardando cerca del cruce de Harrington.

—¿Dónde estás, Bill? —insistió Lubber.

—Estoy al otro lado del río, en la carretera que va a Trenton. A unas tres millas de Harrington, en el poste de gasolina cerca de las fábricas de «Browlocke y Connaly». Es urgente, inspector.

—Está bien, muchacho. Iré yo mismo, y me acompañarán dos de los «chicos».

—Es conveniente no perder el tiempo. Podría escapar nuestro hombre, y es casi seguro que tiene la orden de llevar a cabo alguna fechoría.

Cortó la comunicación, y condujo el vehículo hasta el garaje situado en la parte posterior del edificio. Salió nuevamente a la carretera y esperó la llegada de Lubber y sus hombres.

Treinta minutos más tarde se detuvo el coche ante el poste. Bill corrió hacia ellos, comprobando satisfecho que Lubber ocupaba el vehículo.

—Vamos a ir allá, inspector —le dijo—. ¿Tiene un arma para mí? No llevo ninguna para evitar sospechas en esa gente.

Lubber sacó la *browning* que llevaba en el bolsillo y se la ofreció a Sandish.

—¡Magnífico, inspector! —exclamó, guardándosela—. Yo iré delante, en el coche que he traído. Ustedes me siguen a cierta distancia. Yo me apearé, y trataré de reducir al tipo ése. Entonces podrán acercarse.

Subió al automóvil y dirigióse de nuevo al punto de la cita. Desde alguna distancia vio a Sylvester esperando. Lo vio mirar al coche, intrigado por aquel regreso que no esperaba.

Apeóse y se dirigió hacia el del uniforme.

—Olvidé algo, Sylvester —le dijo, sacando la pistola que le diera Lubber y apuntándole—. Procura no moverte. Aquí llegan unos amigos que quieren hacerte unas preguntas…

Sylvester miró hacia el coche, que había disminuido la marcha y se aproximaba por el borde de la carretera.

—¡Maldito traidor! —exclamó, lívido por la sorpresa. Y a esta exclamación siguió algo en un idioma que Bill no pudo comprender.

—¡Ten cuidado! —advirtióle Bill, al observar su ademán.

Con increíble rapidez el aviador saltó hacia él. Bill desistió de disparar y recibió a su contrincante con un formidable «gancho» de izquierda, que se incrustó en el estómago del extranjero. Sin embargo, el ímpetu del salto le alcanzó de lado, derribándole. Rodaron ambos por el suelo, estrechamente enlazados. Bill había arrojado el arma lejos de sí y castigaba duramente los flancos de su adversario. La presión de aquellos brazos que le oprimían como una tenaza, fue relajándose. Al fin, de un brinco, libróse de él y se puso en pie.

El automóvil de Lubber acababa de detenerse, y, los dos policías saltaban del mismo echando a correr hacia los dos contendientes.

—Ahí lo tenéis —señalóles el muchacho.

En unos instantes fue reducido y esposado. Bill se había apoderado del maletín y se lo entregaba a Lubber.

—¿Te hizo daño, muchacho? —preguntóle amistosamente.

—No le di tiempo —sonrió—. Sin embargo, tengo la impresión de que se trata de un elemento de cuidado.

Lubber tomó el maletín y lo dejó en el coche.

—Luego le echaremos una ojeada. ¿Cuándo habrá que ir por los otros?

—No tardaremos en tenerlos aquí. Pronto anochecerá y llegarán en busca del sujeto ese. Volvamos ya al poste de gasolina.

Metieron a Sylvester en el coche de Lubber y regresaron todos al puesto de aprovisionamiento. Allí Sylvester fue despojado de su uniforme, que Bill cambió por sus ropas.

—Sería conveniente que usted quedara aquí, inspector —sugirió Bill—. Alguien tiene que encargarse de ese individuo. Sus hombres bastarán para ayudarme.

—Yo puedo encargarme de él, inspector —sugirió el encargado del poste, un hombre de unos cuarenta años que asistía a la entrevista.

—¿Tiene algún lugar seguro para encerrarlo? —preguntóle Lubber—. Se trata de un pájaro peligroso.

—Descuide, inspector —sonrió, divertido—. Tengo un cuarto que ya sirvió en otra ocasión para custodiar a unos atracadores que se dejaron caer por aquí. Yo siempre fui duro de pelar para esa clase de gente.

Accedió Lubber, y Sylvester fue conducido a un cuarto sin abertura al exterior, y cuya puerta garantizaba la imposibilidad de una evasión.

Comenzaba a oscurecer cuando llegó a las inmediaciones del puente. El automóvil se encontraba oculto tras un grupo de árboles, a poca distancia de la carretera. Desde él vigilaban Lubber y sus dos agentes.

Había anochecido ya cuando los faros de un coche le enfocaron, deslumbrándole. Chirriaron los frenos, y el vehículo se detuvo a poca distancia.

—¡Sylvester! —llamó una voz ronca—. ¡Sube pronto!

Bill se acercó al coche, sin demasiada prisa.

—¿Dónde está el maletín? —preguntó otro de los ocupantes.

—Ahí lo tengo. Bajad a buscarlo.

Y al mismo tiempo señaló hacia el puente. Entretanto observaba a los que llegaban en aquel coche. Había en él dos hombres sentados en los asientos traseros. Un tercero iba delante, conduciendo.

El que hablara primero se apeó, y, antes de que Bill pudiera darse cuenta de sus intenciones, aplicó el cañón de un revólver contra su costado.

—¡Sube enseguida! —le ordenó—. ¡Tú no eres la persona que había de esperar aquí!

Y le empujó brutalmente, haciéndole entrar en el coche.

Bill comprendió que había sido descubierto. Tenía que procurar ganar todo el tiempo posible, a fin de permitir que Lubber y sus hombres llegaran en su ayuda.

—¿Qué diablos significa…?

—Nos has tomado por unos imbéciles —habló el que estaba dentro—. ¿Por qué estás aquí, en lugar de Sylvester?

—¡Cuidado, Brent! —apremióle el que había bajado—. ¡Hay un coche oculto tras los árboles!

En efecto, Lubber acababa de poner el coche en marcha y salía a la carretera.

De un fuerte empellón obligaron a Bill a colocarse entre los dos.

—¿Por qué no le pegas dos tiros y lo echas abajo? —sugirió el llamado Brent.

—No seas idiota. Mientras lo llevemos con nosotros, no se atreverán a disparar. Ya habrá tiempo de hacerlo más adelante… cuando sepamos quién es y lo que ha hecho con Sylvester.

El automóvil corría ya por la carretera de Trenton, a una velocidad endiablaba. A unas cincuenta o sesenta yardas detrás de él, avanzaba el coche conducido por Lubber.

—Se me ocurre que podríamos dispararles tranquilamente. No me gusta que vengan siguiéndonos con intenciones no muy sanas.

Y rió por lo bajo, mientras observaba por la ventanilla trasera los progresos del coche seguidor.

Bill sentía en su costado la presión del arma con que le amenazaban. Esperaba la ocasión propicia para hacer algo que imprimiera un giro radical a aquella situación derivada de un exceso de confianza por su parte. Y fue, precisamente, en una curva

pronunciada cuando consideró llegado el momento que esperaba.

La violencia del viraje lanzó sobre él al que miraba por la ventanilla. De un fuerte codazo separó el arma que lo inmovilizaba y se echó hacia adelante.

Al tiempo que la detonación retumbaba allí dentro, volvióse para descargar toda la potencia de su puño contra el del arma. Le oyó lanzar una exclamación de asombro; pero no esperó a ver el resultado. El otro se había echado sobre él, y ambos rodaron por el fondo del vehículo.

—¡Dispara contra él, Torcky! —gritó su contrincante.

—¡He perdido el revólver! ¡Sujétalo unos instantes!

Pero Bill, apoyando su espalda contra el suelo, distendió sus piernas como potente resorte, y el cuerpo del malhechor fue a proyectarse contra el de su compinche.

Aquel leve respiro fue suficiente para sacar la *browning* que le diera Lubber.

—¡Quietos o disparo contra el primero que haga un solo gesto sospechoso!

Los dos hombres quedaron acurrucados contra el rincón al que fueran a parar; pero el conductor, percatado de lo que sucedía, desatendió el volante y se encaró con él.

Fue cosa de unos segundos, aunque los suficientes para abocarse a la catástrofe. El automóvil, perdida la dirección, lanzóse contra la barandilla de madera del puente sobre el que en aquellos momentos cruzaban y cayó al río.

En una fracción de segundo advirtió Bill la crítica situación, y abrió la portezuela. El automóvil precipitóse contra las aguas, sumergiéndose en ellas.

En el mismo momento que la parte delantera del vehículo tocaba el fondo, Bill conseguía salir de su encierro. Nadó vigorosamente hasta la superficie y, ya en ella, braceó en dirección de la orilla más próxima.

No se había apartado unas yardas, cuando vio que alguien pugnaba por lograr el mismo objetivo, marchando paralelo a él. Desvióse hacía el hombre, y no bien lo alcanzó, descargó su puño contra la nuca, dejándolo inconsciente. Cogióle del cuello de la americana y lo arrastró hacia la orilla.

Acababa de llegar a tierra, cuando vio en lo alto las sombras de

Lubber y sus agentes.

—¡Estoy aquí, inspector! —llamóle, haciéndole señas para indicar su emplazamiento—. ¡Mande a sus hombres a la otra orilla!

Unos segundos más tarde, Lubber llegaba a su lado.

—¡Bravo, Bill! —felicitóle, dándole unas amistosas palmaditas a la espalda—. Ha sido una proeza digna de un Sandish.

—Quedan aún dos hombres ahí en el río —le dijo, señalando la corriente de negras aguas—. Por nada del mundo querría que escapara uno de ellos.

Un grito de triunfo llegándoles desde la otra orilla, dióles a entender que otro malhechor había caído en las manos de los ayudantes del inspector.

—¡Hemos capturado a un hombre! —gritaron.

Los haces de las linternas deslizábanse sobre la superficie del río. Faltaban aún por aparecer el tercer ocupante del automóvil hundido, posiblemente el conductor, que, por haber quedado en la parte delantera, debía luchar con mayores dificultades por salir de allí.

—Encárguese de ese hombre, inspector —recomendóle Bill—. Yo iré a buscar el otro.

Y sin aguardar la respuesta de Lubber, arrojóse de nuevo al agua. Dirigióse hacia el lugar donde estaba el coche, y buceó hasta tropezar con él.

Halló la puerta abierta; introdújose en el coche y, tanteando, consiguió dar con el cuerpo inanimado del conductor. En un desesperado esfuerzo consiguió sacarlo de allí y arrastrarlo hasta la superficie, cuando ya al aire comenzaba a faltar en sus pulmones.

Dejándose llevar por la corriente pudo alcanzar la orilla donde estaba Lubber, a cosa de unas cincuenta yardas más abajo. Cargóse el cuerpo del conductor sobre los hombros y marchó al encuentro del inspector.

Los dos agentes habíanse trasladado ya a acuella orilla, y junto con el inspector Lubber, aguardaban su regreso.

—¿No había nadie más en el coche, Bill? —preguntóle su superior.

—Sólo iban esos tres hombres —remiso.

Procedieron a practicar la respiración artificial al conductor del coche siniestrado, y a los pocos minutos observaron cómo volvía en

sí.

De nuevo en el poste de gasolina, recobró Bill las ropas que cambiara con Sylvester. Allí mismo logró Lubber obtener del encargado algunos vestidos usados con que poder vestir a los tres malhechores, que tiritaban por la humedad y el frío reinante.

Después de entonar el cuerpo con unas copas que el empleado les ofreció, Bill Sandish se dispuso a regresar a Nueva York.

—Esta noche será preciso completar la redada —habló Lubber, mientras se dirigían al coche.

—¿Y si obligáramos a ésos a confesar? Posiblemente resultaría todo más fácil y nos ahorraríamos trabajo inútil.

—Ya habrá tiempo para ello —indicó—. Debo ir a ver a uno de los cabecillas. Sería conveniente que sus hombres estuvieran cerca de «The Golden Crown». Así, en caso de necesitarlos, podrían acudir a la primera señal que de mi recibieran.

—Bien —accedió Lubber—. Si crees que así será mejor…

Regresaron a la ciudad, y por el camino ultimaron los detalles para la celada que iban a tender a Simón Morris cuando acudiera a la cita en la taberna convenida.

Mientras Lubber y sus dos agentes conducían a los calabozos a los cuatro forajidos capturados aquella noche, Bill desviábase para pasar por el domicilio de su hermano.

Dejó el coche dos esquinas más ahajo y dio un rodeo para evitar que pudieran seguirlo.

Ya en el piso, se dio cuenta de que alguien había estado a visitarlo. Los cajones y los muebles aparecían revueltos, y parte de su contenido desparramado por el suelo.

Inmediatamente se acordó de Sally, la muchacha a quién sorprendiera la noche de su llegada.

¿Qué estaría buscando aquella chiquilla en la casa de Vic? Cuando habíase determinado a repetir el registro, era indudable que el móvil debía encerrar un considerable interés para ella.

Decidió ir a verla, una vez terminara con Morris. Sentía una enorme curiosidad por conocer las causas que la impulsaban a insistir en un arriesgado juego cuyas consecuencias no podían preverse.

Tomó un reconfortante baño, y cambió sus ropas. Luego, sintiéndose ágil como trunca, salió para acudir a la cita con el

capitán del
«T-405».

A las nueve en punto hacia su entrada por una escalera lateral que conducía directamente a las habitaciones situadas en el piso primero del edificio donde se encontraba «La Corona de Oro». Abrió la puerta que comunicaba con un pequeño almacén de la casa, y, cruzando el corredor, penetró en los aposentos.

Iba a llamar a la habitación que en el inmueble ocupaba Lisa, cuando una voz de mujer detuvo su propósito. Tratábase de una voz conocida. Una voz que, aunque sólo la escuchara en una ocasión, había quedado impresa en su memoria, y la reconocería entre otras mil cuantas veces resonara en su presencia.

Era la voz de Sally, la joven a quién sorprendió revolviendo en el despacho de su hermano, y que huyó cuando pretendía intimidarla para obligarla a confesar sus propósitos.

Sally estaba allí, al otro lado de la puerta, discutiendo acaloradamente con Simón Morris. Aquella vaga sospecha que alentó en un principio y que luego desechó por absurda, estaba confirmándose por el hecho de estar allí juntos los dos personajes que con tanto misterio habíanse relacionado con la trágica desaparición de su hermano Víctor.

Sin saber por qué, aquel suceso le causó una honda decepción. Tal vez porque tenía confianza en Sally y creíala ajena a las siniestras maquinaciones de Simón Morris y su banda. En cambio, ahora, su presencia en aquella casa era indicio más que suficiente para creerla complicada en las criminales maniobras de sus extraños moradores.

Juntó el oído a la madera, y escuchó lo que estaban hablando.

—Demasiado sabe, capitán Morris —decía la joven—, que Freddie confía en cuanto le prometió. Las pruebas no aparecen por parte alguna, y una ligera gestión por su parte sería decisiva en el asunto.

—Prometí cuidarme de Freddie, y lo haré —aseguraba Morris—. Pero los momentos no son los más indicados para ello. Es preciso saber esperar.

—Si le sucediera algo a Freddie, creo que no podría esperar.

—Tú no lo harás, pequeña —y la voz de Morris tenía una irónica inflexión—. Sólo conseguirías echarlo todo a perder.

—Confiaba que usted sabría comportarse de un modo digno.

—Yo lo haré; no te quepa la menor duda. Pero no es éste el momento, adecuado.

Hubo una ligera pausa, durante, la cual escuchó Bill el ruido de un cajón al cerrarse.

—No quiero dinero —habló la muchacha, con un deje de resentimiento—. Demasiado sabe que no es esto lo que necesito.

—Es para Freddie —dijo Morris—. Puedes dárselo, y estoy seguro de que no sentirá los mismos escrúpulos que tú.

—Esta vez se equivoca. Volveré dentro de unos días para conocer su decisión. Confío que reflexionará y se acordará de Freddie. De lo contrario…

—Haces mal en amenazarme, Sally. Yo de ti me guardaría muy bien de expresarlo en otra ocasión. Tampoco a Freddie le gustaría…

Oyó los pasos acercarse a la puerta. Bill retrocedió y ocultóse en un cuartito inmediato. Si Sally le descubría en aquellos momentos, no lo iba a pasar demasiado bien.

Esperó a que ella se hubiera alejado. Luego, salió de su escondite y retrocedió hasta el principio del corredor. Esperó unos segundos y encaminóse hacia el cuarto de Lisa, sin hacer nada por disimular su presencia. Al llegar a la puerta, golpeóla con los nudillos.

Morris fue a abrirle, haciéndose a un lado tan pronto lo reconoció.

—Hola, Bill —saludóle—. Entra.

—Tenía ganas de llegar aquí —habló, avanzando hasta dejarse caer en uno de los sillones.

—¿Viste a una joven al entrar?

—Me crucé con una muchacha cuando atravesaba la calle. Me pareció verla salir de esta casa. ¿Una amiga?

—No es lo que crees —sonrió—. No tiene importancia… ¿Ha habido alguna novedad?

—Ninguna.

—¿Acompañaste al aviador hasta el cruce de Harrington?

—Allí lo dejé al anochecer. Me pareció un tipo bastante extraño. Apenas si condescendió a cambiar media docena de palabras. Francamente, no me gusta.

—A mí tampoco; pero no es asunto mío. Yo cumplí con mi cometido. Ahora, allá ellos, que se las entiendan…

—¿Entiendan? ¿Con quién?

Morris quedósele mirando en forma tal, que Bill comprendió que no le gustaba la forma de preguntarle. Sin embargo, no dijo nada. Regresó hasta la mesa y dejóse caer en el sillón.

—Esta noche voy a necesitar de ti, Bill —dijo pausadamente y sin mirarle a la cara—. Ha llegado el momento de confiarte algo de verdadera responsabilidad, aunque, también es cierto, vas a ganar en una noche mucho más dinero del que conseguirás en todo un mes a bordo del remolcador.

—¡Vaya! —exclamó Bill, regocijado—. Yo que había quedado con una chica de Brooklyn…

—Es preciso que olvides a esa chica por esta noche. Vamos a ir los dos juntos al puerto. Dentro de una hora habrá que trabajar de firme.

—Bien, ya que es preciso…

Morris se levantó y abrióle la puerta que conducía al bar.

—Aguarda abajo —le dijo—. No tardaré en unirme a ti. Entretanto, puedes avisar a tu pareja que espere a mañana por la noche. Podrás invitarle a una mesa en el «Skyebell», y esto bien vale la pena aplazar la velada por veinticuatro horas.

—Se lo diré a la chica —sonrió Bill.

Y bajó al bar. Pero en vez de utilizar el teléfono del establecimiento, salió a la calle y entró en una droguería, unas puertas más abajo. Desde ella llamó al inspector Lubber y a sus agentes, que aguardaban su señal en un puesto de socorro enclavado dos calles más arriba de Fletcher Street.

—¡Oiga, inspector! —llamóle, apenas Lubber estuvo al aparato —. Hay que cambiar los planes para esta noche. Es preciso que nuestro hombre ande suelto por veinticuatro horas más.

—¿Qué ha sucedido, Bill? —preguntó Lubber.

—No sé aún de qué se trata; pero debe ser algo muy importante. Y creo que merece la pena esperar hasta mañana.

—Tú sabrás lo que haces, Bill. De todos modos, ve con cuidado y desconfía de todos.

—Lo tendré en cuenta, inspector —sonrió Bill.

Y colgó el teléfono para regresar a «La Corona de Oro» antes de que Simón Morris bajara de sus habitaciones.

CAPÍTULO VI

Aquella noche Simón Morris se hallaba de excelente humor. Mientras dirigíase en compañía de Bill hacia los muelles, bromeaba y refería al muchacho graciosas anécdotas de su vida en el mar.

Antes de subir al remolcador entró en la oficina de control número 12, que era la que se relacionaba con las salidas del «T-405».

—Voy a echarle una ojeada al cascarón, Sanders —anunció al encargado del servicio nocturno—. ¿Hay señalado servicio para mañana?

—Hasta las doce no deberás estar dispuesto —respondió el aludido—. Saldrás en busca del «Coral Sea» y lo remolcarás hasta el muelle veintiocho. Por la tarde despacharás al «Pernambuco» y al «Sylyia Duarny».

—Perfectamente, Sanders. Subo a bordo.

Acompañado siempre de Bill Sandish, subió Morris al remolcador y dirigióse al camarote. Una vez en él sacó una botella de *whisky* y dos copas, llenólas y ofreció una a su acompañante.

—Bebe, Bill —le dijo—. Esta noche el trabajo que nos aguarda es algo duro.

—¿De qué se trata? —preguntó, cada vez más intrigado.

Morris apuró la copa de un trago y sentóse ante su mesa de trabajo.

—No pasará mucho tiempo sin que se reciba en el puerto una llamada de socorro. La lanzará un mercante holandés. Sanders sabe que estamos aquí con una docena de hombres a bordo, y nos dará orden de que salgamos en ayuda del buque en peligro. Eso es lo único que necesitamos. Lo demás, ya lo irás viendo.

Bill sentóse sobre el camastro y rascóse la barbilla, con gesto que reflejaba una creciente indecisión.

—Creo, capitán Morris —manifestó, sin mirarlo—, que estoy

complicándome demasiado. Tengo la impresión de que estoy jugando algo sucio, y temo que llegué mucho más allá de lo que yo mismo he deseado.

Morris lo miró extrañado, pero inmediatamente se echó a reír.

—No me hagas creer que tienes miedo, Bill —contestó, llenando de nuevo las dos copas—. ¿Qué es lo que has supuesto?

—¡Qué sé yo! —replicó malhumorado—. Algo peligroso… Espionaje, tal vez, en favor de una potencia enemiga…

Morris alzó la copa y miró a contraluz su contenido, como si quisiera cerciorarse de su transparencia.

—Ese juego de espías nosotros lo dejamos para los demás —dijo —. Tampoco a mí me gusta mancharme las manos en esta cuestión. Y, ya que lo consideras necesario, para tu tranquilidad te diré que nuestro trabajo consiste simplemente en un vulgar negocio de contrabando. La única diferencia está en que, en lugar de introducir mercancías, introducimos seres humanos que tienen necesidad de trabajar en los Estados Unidos.

—¿Qué clase de trabajo vienen a realizar?

Morris se encogió de hombros, indiferente.

—Eso ya es asunto que no me incumbe. Si algo delictivo se traen entre manos, allá ellos. Una vez en tierra, ya nada me importa de que la policía les eche el guante. No soy quién para meterme en cuestiones que en nada me afectan.

Bill pareció reflexionar profundamente.

—De modo que estamos aquí para facilitar la entrada a extranjeros de quienes nada sabemos.

—Eso es, Bill. Son, al fin y al cabo, unos hombres como tú y yo, a quienes les faltan unos documentos de nuestro Gobierno autorizándoles a residir en Norteamérica. Concretamente, nosotros cobramos los derechos en buenos dólares, que de otro modo irían a parar a los bolsillos de la Tesorería del Estado.

—Me parece una idea muy singular.

Morris se echó a reír, y entregó a Bill la copa que había llenado.

—¿Qué hubieras dicho tú si un buen día se te presentara un hombre y te ofreciera cinco mil dólares por cada individuo de esos que tienen necesidad de entrar en nuestro territorio? ¿Rehusarías? No, querido, no. Buscarías el medio de meter a todos los que te fuera posible. Y eso, y no otra cosa, es lo que estoy haciendo. Si

luego resultan una pandilla de espías, criminales o ladrones, ya se encargará la policía de perseguirlos y la justicia de arreglarles las cuentas. Se lo han buscado, y bien merecido lo tienen. Yo sólo cobro por mi trabajo, y no me preocupo por lo que luego puedan hacer.

—¿Y esa persona que le paga por sus servicios…?

Morris le dirigió una extraña mirada, y Bill comprendió que habiase aventurado más de lo debido.

—No me gusta que te vuelvas curioso, Bill —le dijo—. No olvides que mi intención es ayudarte. ¿Has calculado lo que puedes ganar esta noche?

—No se me ha ocurrido contarlo.

—Pienso darte mil dólares por cada hombre que consiga llegar a tierra. En total, unos diez o doce mil dólares por el trabajo de una sola noche. No me negarás que se trata de una bonita suma.

—Desde luego que lo es —sonrió, mostrándose interesado—. ¿Y en qué consistirá mi servicio?

—Eso ya te lo diré cuando llegue la hora. Despende aún de varios factores. Te he traído a ti porque sé que puedo confiar plenamente. En los tiempos que corremos, es preciso abrir mucho los ojos. Los hay irreflexivos, y los hay, también, timoratos. A un joven que protegí hace algún tiempo, lo perdió su falta de carácter. La policía le echó el guante, y ya lleva cerca de un mes en la sombra.

—¿Y no teme que le delate?

—¡Bah! Kendall no es capaz de eso. Por el momento, sólo le creen complicado en un inocente asunto de contrabando. Por ello le conviene hacerles creer que es ello cierto.

—¿Kendall? ¿Dijo que se llama Kendall?

—¿Lo conoces, acaso? —preguntó Morris, intrigado.

—No; desde luego que no.

—Creí que el nombre te recordaba algo. Kendall tiene una hermana. Poco antes de tu llegada…

En aquel momento una voz resonó fuera.

—¡Capitán! ¡Capitán Morris! ¿Está aquí?

La puerta se abrió, y la faz inexpresiva del piloto apareció en el umbral.

—¿Qué sucede, Beggie?

—¡Sanders quiere que se asome a la borda! Parece ser que un barco pide socorro.

—Vamos fuera, Bill —indicó Morris.

Salieron a cubierta y asomáronse a la borda. El encargado del control estaba al borde del muelle, aguardando a que saliera el capitán.

—¡Eh, Simón! —gritó—. ¡Habrá que salir a unas cinco millas de la boca! Un barco holandés, el «Zuiderzee», necesita ayuda. Por lo visto se encuentra apurado. Daré orden, también, al «357» y al «281». Puedes tú salir primero.

—¿Está transmitiendo todavía?

—Debe estar haciéndolo. Podéis vosotros mismos recoger las indicaciones de su posición.

—¡Bien, Sanders! ¡Saldremos enseguida!

Morris se alejó de la borda y subió a la cabina del radiotelegrafista.

—Hay un buque holandés haciendo señales —avisó al hombre que descansaba en la litera—. Contéstale que salimos para allá.

—¿Es el que esperabas, Simón? —preguntó el encargado, sin demostrar demasiada prisa por cumplir aquella orden:

—Sí; es el «Zuiderzee». Yo voy a encargarme de la maniobra. Procura enterarte de quiénes acuden en su busca.

—Lo haré, capitán —repuso, al tiempo de reprimir un bostezo.

Morris salió de la cabina y marchó al puente de proa. Allí estaba Bill, ayudando a uno de los marineros a soltar las amarras.

—Tú ven conmigo, Bill —le dijo—. Te necesitaré para otro trabajo.

Sandish lo acompañó a lo largo del barco, mientras iba dando las órdenes oportunas para que se encendieran los reflectores de proa y se llevaran a cabo las maniobras indispensables para ganar la salida del puerto. Luego le hizo entrar en la cabina del piloto. Era éste un individuo alto y robusto, que fumaba con gesto de aburrimiento mientras observaba los instrumentos de navegación.

—No tendrás que moverte de aquí para nada —indicó Morris—. Bill se encargará del trabajo esta noche.

—¡Está bien! —respondió el piloto.

Y dejó de prestar atención a los dos hombres.

De un rincón sacó Morris una caja en forma de maleta y la

conectó a los generadores eléctricos del buque. Manipulo algunos de los mandos y se hizo la luz en una pantalla circular en la que una aguja giraba lentamente. Bill observó, intrigado, aquel extraño mecanismo. Un pequeño amplificador situado en la parte izquierda dejaba escapar un tenue zumbido.

Consultó Bill su reloj y vio que eran las diez y media. Luego se entretuvo en comprobar el tiempo que tardaba la aguja en dar una vuelta completa. Lo hizo en dieciocho segundos.

Morris cerró el conmutador, y el cuadrante se oscureció.

—No se oye nada todavía —habló, volviéndose hacia él—. Hemos de acercarnos más.

—¿Se refiere al barco? —preguntó.

—Me refiero a ellos —contestó, indiferente—. Vamos fuera.

La niebla iba espesándose por momentos, y los reflectores de la zona oeste de Long Island tenían un aspecto fantasmal, de trazos cárdenos, apuntando en dirección de Jersey City.

—Habrá que forzar las máquinas para llegar con la suficiente anticipación —murmuró Morris para sí—. No me gustaría tropezar con extraños.

Comunicó con la sala de máquinas, y dio la orden. En aquel momento se le acercó el radiotelegrafista.

—El puesto costero de Stapleton pide la contraseña. ¿La dio Sanders?

—Sí. Comunica que se trata de un servicio especial y muy urgente. Luego le das el control. Es «K. S. 1025».

El radiotelegrafista dio media vuelta y volvió a su cabina.

Morris sacó su cajetilla de cigarrillos y ofreció uno al muchacho.

—Dentro de media hora estaremos fuera de la boca. ¿Conoces bien la parte sur de Long Island?

—Estuve allí muchas veces. Estoy seguro de no perderme en ella.

—Vas a tener que conducir la canoa hasta un punto situado a unas quinientas yardas del faro de Rockaway. Hay allí una pequeña ensenada donde sólo puede encontrarse una cabaña que suelen utilizar los vigilantes del servicio costero. Esta noche habrá dos luces de color verde encendidas. Ellas podrán servirte de guía.

—¿No habrá algún vigilante rondando aquella parte?

—El que hay esta noche, está aguardando tu llegada. Él mismo

se encargará de que los hombres se oculten en la cabaña hasta que vayan en busca de ellos.

—Bien —asintió Bill—. De modo que habrá que guiar la canoa en dirección del faro de Rockaway. Luego desviarse hacía…

—Hacia la izquierda.

—… Hacia la izquierda —siguió Bill—. La ensenada está a unas quinientas yardas. Una vez en ella, dejo a los hombres y…

—Una operación importante será la de poner de nuevo en marcha la canoa y ponerla proa al este. Antes abre el escotillón del casco, y de este modo la embarcación irá a parar al fondo del océano.

—Eso quiere decir que debo quedarme en la cabaña.

—Exactamente, Bill —afirmó Morris—. Ya irán en busca vuestra.

Guardaron los dos silencio. Morris escrutaba la oscuridad, tratando de percibir las luces de Coney Island. Solamente los destellos intermitentes del faro le permitían orientarse acerca de la posición del buque.

—¡Eh, capitán! —llamó en aquel momento la voz del radiotelegrafista.

Morris fue hasta la cabina, y Bill, lo siguió.

—¿Qué ocurre?

—El «Zuiderzee» acaba de señalar su posición exacta. Se encuentra a cinco millas al oeste de Hook Beacon y a siete de Tottenville.

Morris desplegó un mapa, y buscó el punto donde en aquellos momentos se encontraba el buque holandés.

—Aquí está el barco —dijo—. Ahora debemos dirigirnos hacia este lado.

—¿En dirección contraria? —preguntó Bill, extrañado.

—Eso es. En dirección contraria.

Salió de la cabina, y se dirigió a la cabina del piloto. Puso de nuevo en marcha el misterioso aparato que sacara antes, y aguardó a que el círculo se iluminara. Entonces, Bill observó un hecho curioso.

Cada vez que la aguja pasaba delante de un pequeño sector, el zumbido se hacía particularmente intenso hasta convertirse en un agudo silbido.

—¡Trescientos quince, cuarenta y cuatro! —indicó Morris,

dirigiéndose al piloto.

Éste consultó uno de los instrumentos, y fue girando lentamente la rueda del timón. Paulatinamente el silbido fue haciéndose más amplio, hasta que se escuchó en todo el giro de la aguja.

—Ahora vamos directamente —observó Morris, apartándose del aparato.

—¿A dónde vamos? —preguntó Bill.

—Al encuentro de la canoa. Está detenida, aguardando nuestra llegada.

Aquellas explicaciones ilustraron a Bill sobre la misión que desempeñaba aquel extraño aparato. Era indudable que desde la canoa emitían una onda dirigida para indicar su emplazamiento al buque que iba en su busca. Morris acababa de obtener el lugar exacto, y había hecho variar la dirección para acudir a su encuentro. Lo del «Zuiderzee» no era otra cosa que una simple maniobra para desviar la atención de los demás buques y patrullas costeras, facilitando con ello su llegada al punto donde debían desembarcar.

Treinta y cuatro minutos más tarde, el reflector del
«T-405»
enfocó la canoa a la cual estaban buscando.

—Ponte el impermeable, y no olvides lo que te he dicho —recomendóle Simón Morris.

Asintió Bill, y unos minutos después descendía por la escalerilla a la canoa, que se había situado a estribor.

Uno de sus ocupantes ayudóle a conservar el equilibrio.

—Gracias —dijo. Y mirando a su alrededor, preguntó—: ¿Quién está encargado de este grupo?

—Yo, señor —repuso un individuo de elevada estatura, que vestía una chaqueta de reluciente cuero.

—Por lo pronto, apague ese farol —le ordenó—. Las patrullas de vigilancia costera podrían divisarlo, y en unos minutos se presentarían para investigar la causa.

Aquel individuo dio una orden, y la luz desapareció. Entonces, Bill encendió la linterna de bolsillo, y señaló los instrumentos de navegación que el que tenía a su cargo el timón estaba examinando.

—Ponga la proa hacia el noroeste. El faro de Rockawal lanza destellos con intervalos de tres-uno-tres segundos. En esta dirección

no tardaremos en divisarlo.

La canoa comenzó a moverse, trazando una amplia semicircunferencia. Desde la popa vio Bill esfumarse en la niebla la mole oscura del
«T-405»,
aunque por algún tiempo distinguió el haz luminoso de su reflector de proa.

La embarcación iba avanzando con bastante velocidad y sin producir apenas ruido apreciable. Había en ella once personas, y todas guardaban un profundo silencio, dándose cuenta, indudablemente, de la importancia de la misión que iban a llevar a cabo.

Para Bill resultaba difícil precisar la nacionalidad de cada una. Sólo sabía de ellos que tratábase de espías que una potencia extranjera enviaba a los Estados Unidos con objeto de infiltrarse en lugares vitales de su sistema defensivo, apoderándose de secretos de gran interés y provocando sabotajes en grave detrimento de la producción de guerra.

En todo el tiempo que duró aquella marcha en la oscuridad, nadie le dirigió la palabra. Solo, cuando entre la niebla comenzaron a distinguirse los destellos del faro de Rockaway, el hombre que iba a su lado le tocó el brazo, suavemente.

—Sí; ése es el faro —dijo—. Ahora debemos desviarnos a la izquierda. A unas quinientas yardas del faro se encuentra el lugar donde debemos desembarcar. Dos luces de color verde nos señalarán con precisión la ensenada elegida.

Al mismo tiempo que la embarcación modificaba, la ruta, íbase acercando a tierra. Escuchábase el rumor del oleaje en la costa próxima, pero las luces citadas por Morris no aparecían por parte alguna.

De pronto, Bill las descubrió a muy escasa distancia. Parecía como si acabaran de encenderse en aquel momento.

—Ahí hay una franja arenosa —indicó a su interlocutor—. Diga que enfile el espacio señalado por las luces verdes.

Así se hizo, y poco después la canoa varaba en la playa.

Sin esperar ninguna orden, todos sus ocupantes saltaron a tierra. Bill vio cómo tres de ellos llevaban sendas maletas, en las que debían transportar los instrumentos más precisos para sus

proyectos.

A poca distancia de la playa estaba la cabaña de que le hablara Morris. Llamó Bill a la puerta, y un hombre de unos cincuenta años apareció en el umbral.

—Me llamo Bill —manifestó—, y Simón es quien me envía. ¿Sabe de qué se trata?

El hombre asintió, en silencio, y se hizo a un lado.

Cuando el último de los desembarcados hubo entrado, cerró la puerta y se dirigió a Bill.

—Yo ya no tengo que hacer nada aquí —le dijo—. Voy a marcharme. Entretanto vienen en su busca, procuren no llamar demasiado la atención.

Apagó las dos linternas que brillaban en cada una de las ventanas delanteras, y que habían servido para guiarles hasta allí, y salió de la cabaña.

—Ya ha oído, amigo —indicó Bill al que mandaba la expedición —. Nada de alborotar. Por el momento, será mejor que me ayude a librarnos de la canoa.

Fueron hasta la playa, y abrieron el escotillón del fondo. El agua comenzó a entrar en la embarcación.

Luego pusieron el motor en marcha y dejaron que se alejara de la orilla.

De nuevo en la cabaña, Bill manifestó su propósito de salir en busca de los que debían conducirlos a la ciudad. Se apagaron las luces, y se ordenó guardar un silencio absoluto.

A unas doscientas yardas de la playa pasaba la carretera que subía hasta Valley Stream y Rosedale. Bill echó a andar por ella, hasta que descubrió un grupo de casas situadas al borde de la vía férrea.

Entró en una de ellas, donde había luz, y pidió le dejaran telefonear. Se le indicó otra construcción inmediata, y desde allí consiguió comunicar con Nueva York.

—¡Oiga, Lubber! —llamó, tan pronto como nudo localizar al inspector—. Soy Bill Sandish. Me encuentro al sur de Long Island, en Rockaway Beach, y acabo de desembarcar con un cargamento de mucho valor. ¡Es preciso que venga cuanto antes con una buena escolta para hacerse cargo de él!

—¡Caramba, Bill! —exclamó Lubber, sorprendido—. Ya no me

acosté, presintiendo que iba a haber trabajo. ¿Cuánta gente ha llegado?

—Son once en total: pero sospecho que van debidamente preparados. Sería conveniente que le acompañasen algunos de sus hombres, y que no se confíen demasiado.

—Lo tendré en cuenta, Bill. Y si es que os encontráis en la playa de Rockaway, me parece más oportuno aguardar en el cruce de Springfield con Lynbrook. Detendremos todos los coches que lleguen de Rockaway.

—Perfectamente, inspector. No quiero entretenerle más.

Bill regresó a la cabaña. Habíase apartado bastante de ella, y procuraba acelerar el paso para no despertar sospechas en los que aguardaban.

Al acercarse a la playa, descubrió un camión detenido en la carretera. Al instante comprendió de qué se trataba. Aceleró aún más la marcha, y entró en la cabaña.

A quien primero, vio fue a Lisa. Luego descubrió a un individuo a su lado. Su aspecto era el de un hombre de negocios. Vestía correctamente, y su cabello blanco lo llevaba peinado hacia atrás.

—¡Bill! —exclamó la muchacha—. ¿Fue todo bien?

—Ya ve como sí —repuso tranquilamente.

—Ese joven es Bill —indicó ella, dirigiéndose a su acompañante —. Simón lo ha elegido para traer a esos hombres. Ya ve como lo ha conseguido.

—Bien —dijo el desconocido, sin demasiada cordialidad—. No hay tiempo que perder. Es peligroso permanecer en estos lugares.

Bill consultó su reloj. Saliendo en aquellos momentos, era muy probable que Lubber y sus agentes llegaran al cruce de Lynbrook cuando ya el camión hubiera pasado por él. Por otra parte, sospechaba que el acompañante de la muchacha era la persona que pagaba a Morris por introducir agentes y espías en suelo americano.

—Convendría aguardar un poco —sugirió—. Estuve reconociendo estos alrededores, y he visto a unos motoristas de la policía detenidos cerca del puente de Hicks Beach. Es muy probable que no tarden en marcharse.

—Eso no me preocupa —replicó el acompañante de Lisa—. Tengo documentación para cada uno de estos hombres, y nadie verá en ellos otra cosa que trabajadores que regresan de las obras de

defensa que se realizan en Rockaway Inlet.

—Felther sabe lo que se hace, Bill —intervino Lisa, más suave—. Lo que importa es dejar a esos hombres cuanto antes. En Nueva York nadie reparará en ellos; en cambio, en estos lugares…

Comprendió que hacíase sospechoso insistiendo, y calló. Los hombres fueron saliendo de la cabaña, y subieron hasta la carretera. Allí, junto al camión, aguardó Bill a que fueran ocupando sus puestos en el vehículo.

Entonces se le ocurrió ensayar un procedimiento extremo. Sacó una pequeña navajita de fantasía que en muchas ocasiones le prestara inestimables servicios, y clavó la menor de las hojas en la cubierta de la rueda que tenía más próxima. Luego, cuando ya la mitad de la hoja había penetrado en el caucho, realizó una violenta torsión que tuvo por finalidad el que la hoja se rompiera. Seguidamente, Bill arrojó el resto del cortaplumas lejos de sí.

Esperaba que a las pocas vueltas que la rueda diera, la hoja acabaría por profundizar hasta alcanzar la cámara interior. Tal circunstancia supondría un retraso de quince o veinte minutos, cuando menos, y con ello daría tiempo a que Lubber llegara al cruce de caminos tal como convinieran.

Lisa y el llamado Felther se habían apartado del camión, pero no habían dado media docena de pasos cuando la muchacha se volvió.

—¡Oiga, Bill! —llamóle—. ¡Venga acá!

Bill se acercó, al tiempo que Felther hacia lo propio.

—Tal vez será mejor que usted venga conmigo —dijo ella—. Los dos podemos ir en el coche delantero y…

—Bill vendrá conmigo —cortó Felther—. Voy a necesitar de él. Tú sola te bastarás para advertirnos del estado del camino.

Vio a Lisa encogerse de hombros y dar media vuelta. Entonces divisó Bill un coche que no había descubierto antes. Estaba parado en un recodo, fuera de la carretera, y era indudable que en él habían venido aquellas dos personas precediendo al camión.

—Vamos, Bill —le dijo Felther, haciéndole un gesto—. Se hace tarde.

Subieron al vehículo, sentándose Bill entre Felther y el conductor. Inmediatamente vio al coche conducido por Lisa enfilar la carretera y desaparecer tras la primera curva.

El camión se puso en marcha. Felther dio la vuelta a un

conmutador, y una luz verdosa iluminó un cuadrante minúsculo. Pronto llenó la cabina un agudo silbido, que Felther logró suprimir ajustando los mandos de sintonía.

Comprendió Bill que, se trataba de un pequeño radioemisor y receptor a un tiempo, para mantener el enlace con el coche que ocupaba Lisa. La finalidad era evidente. Lisa le avisaría de cualquier anormalidad que observara, para obrar en consecuencia.

Una detonación retumbó en la noche, y el camión zigzagueó hasta detenerse a pocas yardas.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Felther, receloso.

—Hemos debido pinchar —repuso el conductor, con evidente mal humor—. No comprendo cómo…

Abrió la portezuela y descendió del vehículo. Unos segundos después reaparecía.

—Efectivamente, hemos pinchado. Habrá que cambiar la rueda.

—¿Mucho tiempo? —inquirió Felther.

—Un cuarto de hora, cuando menos. Procuraré apresurarme, pero conviene que alguno de ésos me eche una mano.

Llamó a dos o tres de los hombres que transportaban, los cuales se apearon, dispuestos a ayudarle.

Felther manipuló en el radioemisor, y lanzó su llamada:

—¡5-A. Z. 2! ¡5-A. Z. 2! ¡Ontario-Kansas llama a 5-A. Z. 2! ¡Atiende, 5-A. Z. 2! ¡Atención, 5-A. Z. 2! ¡Debes detenerte unos minutos. Hasta que te avise! ¡Una avería impide seguir adelante! ¡Espero tu conformidad!

Cambió el conmutador, y la voz de Lisa escuchóse allí con una perfección inigualable.

—¡Ontario-Kansas! ¡Ontario-Kansas! ¡5-A. Z. 2 te llama! ¡Recibo tu llamada! ¡Todo conforme!

Sin cerrar el aparato, Felther volvióse hacia Bill.

—No me gusta tanto tropiezo —dijo secamente—. ¿Dieron con alguien antes de encontrar la canoa?

—No; nadie se apercibió del cambio de ruta.

—Bien; confío que Simón sabrá hacer las cosas como es debido.

No estoy muy satisfecho de su modo de trabajar. Por ejemplo…

—Por ejemplo, ¿qué?

—Me parece muy precipitado el tomarle a usted a su servicio. No quiero decir con ello que desconfíe ni dude de su competencia; pero no me gusta que proceda con tanta ligereza.

—Yo en su caso pensaría lo mismo.

Felther no volvió a hablar. Limitóse a encender un cigarrillo y a fumar en silencio.

Quince minutos más tarde el cambio estaba hecho. Juzgaba Bill que Lubber tenía tiempo suficiente de haber llegado al cruce de Lynbrook o, al menos, alcanzarlo con la antelación suficiente para sorprender al camión.

—¡Oye,

5-A.

Z. 2! —llamó de nuevo Felther—. ¡Puedes seguir adelante!

Al cambiar el conmutador, escuchóse la voz de Lisa dando su conformidad de recepción.

—Vea lo que había clavado en la cubierta —dijo el conductor, mostrando a Felther la hojita del cortaplumas.

Felther lo examinó atentamente y guardósela en un bolsillo. De sus labios no salió el menor comentario.

Cruzaban ahora frente a la había de Hewlet, y a la derecha se distinguían las luces de Bartonfield. Bill no tenía un conocimiento demasiado profundo de aquellos lugares; pero no dudaba de que faltaba muy poco para, alcanzar el cruce de Lynbrook.

Solamente habíanse cruzado con tres vehículos, aunque a medida que fueran adentrándose en la isla, el tráfico por las carreteras iría en aumento.

De pronto, el corazón de Bill comenzó a latir con violencia. La voz de Lisa llamaba presa de gran excitación. Felther inclinóse hacia delante, mientras su mano derecha crispábase sobre el mando de sintonía.

—¡Ontario-Kansas! ¡Ontario-Kansas! ¡5-A. Z. 2 llama a Ontario-Kanssa! ¡No sigas adelante! ¡Muy peligroso continuar por el mismo camino!

Felther dio la vuelta al conmutador.

—¡Conforme! —contestó, simplemente—. ¡Continúa tú sola!

Y cortó la comunicación.

El hombre que conducía, dándose cuenta de lo que estaba ocurriendo, había detenido el camión.

—No podemos seguir por Springfield —le dijo Felther—. Toma el primer ramal a la izquierda. Daremos un rodeo por Stream Valley.

—¿Qué cree que sucede? —preguntó Bill, fingiendo una ansiedad que estaba muy lejos de sentir.

—Lisa ha observado que algo anormal ocurre —respondió—. Afortunadamente, recibí una confidencia que me puso sobre aviso.

En un instante presintió Bill que Felther acababa de descubrir su juego; pero era ya demasiado tarde para enmendarlo.

Como por arte de magia, en la diestra de aquel hombre apareció una pistola. Volvióse hacia Bill, y apoyó el cañón contra su costado.

—¿Qué significa? —inquirió, sin revelar la menor alteración su ánimo.

—Siento decirle, Bill, que soy gato viejo en estas cosas. Cazó a Sylvester y a tres de mis hombres: pero se equivocó si creía que conmigo le iba a dar el mismo resultado.

CAPÍTULO VII

A pesar de la seguridad que Felther ponía en sus palabras. Bill estaba convencido de que la amenaza que acababa de lanzar estaba basada en hipótesis obtenidas tras un largo y concienzudo proceso deductivo. Miró a su acompañante con expresión irónica, y terminó, por echarse a reír.

—No comprendo a qué viene esta actitud, Felther —dijo, indiferente a la amenaza del arma que se clavaba en sus costillas—. ¿Se ha vuelto loco?

Pero Felther no le hizo ningún caso.

—¡Vámonos pronto de aquí! —gritó al conductor—. ¿Quieres que vengan y nos echen el guante a todos?

El otro obedeció, y el camión emprendió una desenfrenada carrera en dirección del cruce de Stream Valley, que estaba a poca distancia de allí. No bien húbose desviado por el ramal indicado, Felther contestó a la pregunta que poco antes le hiciera Bill.

—No estoy loco, afortunadamente. Y no vaya a creer que mis sospechas sobre usted nacieron hace unos momentos, cuando Lisa me avisó de que la policía esperaba en la encrucijada de Lynbrook. Llegué al conocimiento de su identidad hace un par de horas. Entonces usted estaba a bordo del remolcador, y no podía hacer otra cosa que esperar a que desembarcara.

—Es una bonita historia; pero…

—Pero tiene un comienzo que no deja lugar a dudas —cortó Felther—. Sylvester tuvo la oportunidad de hacerme saber qué clase de pájaro era usted… Vea, pues, que sé muy bien lo que llevo entre manos.

Un bache en la carretera hizo que el camión saltara bruscamente. Y en aquella fracción de segundo vio Sandish su oportunidad. Golpeó la mano que empuñaba el arma y, simultáneamente, su diestra partió rápida a estrellarse contra el

rostro de Felther.



Su diestra partió rápida a estrellarse contra el rostro de Felther.

Con la rapidez de aquella inesperada reacción, aquel sujeto ni siquiera tuvo tiempo de apretar el gatillo. Bill abalanzóse sobre él, y terminó de ponerlo fuera de combate de una rápida combinación de golpes a la cabeza.

El conductor estaba reduciendo la velocidad, y de un momento a otro el camión iba a detenerse. En el interior acababan de advertir que algo anormal ocurría, y ya se oían las voces de alarma de los extranjeros recientemente desembarcados.

Con increíble rapidez, abrió Bill la portezuela y saltó a la carretera. A pesar de que la velocidad era escasa, fue rodando por tierra hasta la cuneta.

Púsose inmediatamente en pie, y echó a correr por unos campos inmediatos.

Desde alguna distancia observó al camión parado y con los faros encendidos. Pero ninguna sombra movíase en aquella oscuridad indicándole que hubieran decidido emprender su persecución. Unos segundos más tarde oyó el ruido del motor, y vio cómo el vehículo se alejaba carretera adelante.

Tuvo que cruzar una acequia, y pronto encontró el camino que le llevó a Great Hewlet. Allí, el sargento del destacamento local puso a su disposición un motorista que le condujo en pocos minutos al cruce de Lynbrook.

—¿Qué ha ocurrido, Bill? —preguntóle el inspector Lubber, que al frente de una docena de sus hombres estaba al acecho de cuántos vehículos llegaban del sur y del este de la isla.

—El individuo que maneja toda esa trama criminal consiguió averiguar lo que estaba haciendo entre ellos. Afortunadamente, he escapado de sus manos por verdadero milagro.

—¿Y dónde están ahora?

Sandish señaló hacia el oeste, en un gesto amplio.

—Tomaron la dirección de Stream Valley, aunque es lógico suponer que tratarán de dirigirse a Brooklyn por cualquier lugar poco frecuentado. Tampoco resulta descabellado suponer que buscarán esconderse en Hempstead o cualquier otro punto de la isla. Todos los hombres llevan documentación adecuada, y han sido elegidos entre los que dominan a la perfección nuestro idioma y nuestras costumbres.

—De todos modos —aseguró Lubber—, haré todo lo posible por que caigan en mis manos.

Bill indicó al motorista de Great Hewlet que ya no precisaba de sus servicios, y que podía regresar a su destacamento.

—Por el momento, inspector —dijo—, sólo puedo darle las

características del camión y el número de su matrícula. Puede empezar por avisar a todos los puestos de policía de Long Island para que detengan y registren los vehículos sospechosos. Yo tengo aún bastante que hacer en la ciudad.

Lubber colocóle una mano en el hombro, mirándole intrigado.

—¿Qué piensas hacer?

—Tenga en cuenta, inspector, que acabo de realizar un arriesgado servicio, y que todavía no he cobrado la recompensa prometida. Veré qué me dice de ello el capitán Morris.

Acaban de dar las tres de la madrugada, cuando Bill indicó al policía que lo acompañaba que detuviera el coche a unas cincuenta yardas de «La Corona de Oro». Poco antes habían estado en las oficinas de control de los muelles, donde los empleados del servicio nocturno les manifestaron que el

«T-405»

llevaba ya cerca de una hora allí, terminada su misión, y que el capitán Morris lo había abandonado para marchar a su domicilio.

—Procure no perder de vista la puerta del establecimiento —recomendó al agente—. No es probable que a estas horas quede alguien dentro; pero si ve salir de él a alguien que lleve el uniforme de marino o a una mujer de unos veintiocho años vistiendo abrigo de paño azul con adornos de color blanco en el cuello y puños, sígalos sin titubear. Ya me dirá más tarde dónde los vio meterse. ¿Comprendido?

—Perfectamente, inspector —replicó el policía.

Dirigióse a la escalera que conducía directamente a las habitaciones donde sorprendiera a Morris discutiendo con la joven que conoció en el piso de Vic. Ya iba a cruzar la calle, cuando un automóvil que doblaba la esquina próxima, contuvo su acción. Llegaba a gran velocidad, y al acercarse reducía su marcha.

Bill buscó la protección que le ofrecían las sombras de un portal, y desde allí observó cómo el coche se detenía y de él se apeaban dos individuos. Aun cuando no podía distinguir sus facciones, su aspecto y la desenvoltura de sus movimientos le recordaron a los hombres que encontrara en la casita de Tremont, donde había pasado la noche última.

Harry y Nic acababan de llegar, probablemente en busca de Morris o de Lisa, ajenos a lo sucedido unas horas antes.

Dejóles que desaparecieran en el interior del edificio. Esperó unos segundos, y decidió seguir sus pasos.

Sin ningún tropiezo ganó las habitaciones situadas encima del establecimiento. A través del pasillo vio luz en la habitación de Lisa, aunque un profundo silencio envolvía aquellos lugares. Tal vez Nic y Harry sólo habían ido allí en busca de algo que Morris hubiera dejado olvidado o, en el mejor de los casos, avisar al marino del inminente peligro que corría de seguir allí una noche más.

Apercibió Bill la pistola, y avanzó por el pasillo, procurando no producir el menor ruido. Junto a la habitación de Lisa, se detuvo. A través de una rendija que dejaba la puerta entreabierta, podía contemplar la estancia desierta. Si Harry y Nic habían llegado hasta allí, debían estar rebuscando por algún cuarto contiguo. Aunque, también, cabía la posibilidad de que hubieran utilizado la escalera lateral para llegar hasta el establecimiento y prevenir a Morris o a cualquier otro de sus compinches que se encontrara aguardando su llegada.

Sin dejar de apuntar al frente, abrió la puerta y penetró en el cuarto. Una ligera ojeada le bastó para cerciorarse de que no había nadie en él. Cruzólo lentamente en dirección de la puerta opuesta. Más no habría llegado al centro del mismo cuando la luz se apagó, envolviéndolo la oscuridad más completa.

Casi instantáneamente presintió Bill que acababa de caer en una ratonera. Arrojóse al suelo, en el preciso instante en que una apagada detonación sonaba hacia la derecha.

Bill deslizóse hacia el rincón donde estaba el tocador de Lisa, y apoyándose en la pared aguardó a que su invisible enemigo diera señales de vida.

Lentamente sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad. Podía distinguir los contornos de los objetos. Entonces fue cuando se dio cuenta de que una sombra se movía al otro lado de la cama.

Bill se puso en pie, y aguardó a que estuviera más cerca. Cuando tuvo la seguridad de que se encontraba a su alcance, dio un salto, yendo a caer sobre el confiado personaje. Un golpe con la culata del arma que llevaba fue suficiente para reducirle antes de que pudiera proferir el menor grito de alerta.

Desde el suelo, sin moverse, quedó aguardando. La voz del otro compinche no tardó en dejarse oír.

—¿Lo tienes bien sujeto, Harry? —preguntaba, en voz baja.

—Sí —murmuró en un susurro, para hacerlo irreconocible—. Acércate y ayúdame.

No tardó en aproximarse aquel hombre. Bill levantó el arma, apuntándolo, y le conminó con voz enérgica:

—¡No te muevas, Nic! ¡Estoy apuntándote a la cabeza!

Aquella figura se detuvo instantáneamente, sobrecogida por la sorpresa. Bill se puso en pie, y encendió la lamparita de bolsillo.

—¡Vamos! ¡Sal de aquí, y deprisa!

Obedeció Nic, marchando pasillo adelante seguido de Bill, que no dejaba de apuntarle.

Ya en la calle, llamó al agente que esperaba aún en el coche.

—Volvamos arriba. Tenemos que recoger al otro pájaro.

El agente, colocó una de las esposas al detenido, y obligóle a seguir al muchacho hasta la habitación donde quedara su compinche. Éste continuaba inconsciente, circunstancia que fue aprovechada por el policía a una indicación de Bill Sandish, para colocarle la esposa que estaba libre.

Bill buscó el conmutador, y procedió a dar la luz a la habitación.

—¿Dónde está Simón Morris? —preguntó a Nic.

—No sé nada.

—Ya lo sabrás cuando emplee argumentos más convincentes.

—De todas formas, no puedo decir lo que no sé.

Bill le indicó el cuerpo inmóvil de Harry.

—Siéntate a su lado. Estarás más cómodo.

Pero Nic no se dio por aludido. Prefería sostener la tirantez a que le obligaba el estar ligado con su compañero tumbado en el suelo.

El policía había ido, entre tanto, en busca del jarro de agua que había sobre la mesilla de noche. Sin contemplación alguna lo derramó sobre el rostro del aturdido Harry.

Aquella impresión fue suficiente para disipar las brumas que envolvían su cerebro. Sacudió la cabeza y parpadeó lentamente, como si le deslumbrara la iluminación del cuarto.

—¡Vamos, Harry, levántate! —ordenóle Bill, empujándole con la punta de su zapato.

Harry lo miró, extrañado, como si no lo reconociera.

—¿Qué comedia es ésta? —preguntó, levantándose y tanteando

las, esposas que lo mantenían ligado a Nic.

—¡Vamos, Harry! —animóle Nic, con sorna—. Éste es Bill. ¿No recuerdas ya a Bill, el magnífico compañero que nos proporcionó Simón?

—¡Maldito… traidor! —masculló el forzudo Harry, con un destello de odio.

—¿Dónde está Simón Morris? —repitió Bill, dirigiéndose ahora a Harry.

—Eso quisiera yo saber —replicó malhumorado—. ¿Para qué crees que he venido aquí? ¿A buscar este brazalete?

—Ya hablarás cuando te veas delante de Felther.

Observó el rostro del malhechor, esperando descubrir algún indicio que revelara la sorpresa que la mención de aquel nombre causaba en él. Sin embargo, ni Harry ni su compinche se inmutaron.

—Felther cayó hace un par de horas en nuestras manos. Ha cantado de plano, y antes de que salga el sol ni uno solo de vuestra banda quedará suelto por ahí.

—¿Esperas a que te felicite por tanto éxito?

—¡Bah! Él no merece que le guardéis tanto miramiento. Lo cogimos cuando trataba de desembarcar con una docena de espías y agentes extranjeros.

Los dos hombres se encogieron de hombros. No había duda de que el ambiente de aquel cuarto no era todo lo propicio que fuera de desear para obtener una confesión a fondo.

Bill hizo una seña al agente, y se adelantó para coger a Harry de un brazo.

—Los llevaremos a dónde puedan hablar sin reparos de ninguna clase.

El agente sonrió, comprendiendo.

—Allí tenemos a uno de nuestros hombres, especializado en tirar de la lengua a los reacios. Recuerdo que, en cierta ocasión, se le encargó que hiciera hablar a un contrabandista de drogas. El hombre era testarudo, y no parecían intimidarle sus procedimientos; pero Charlie, que así se llama esta joya, se encerró con él, y antes de media hora el malhechor pidió que lo sacaran del cuarto dispuesto a decir cuánto sabía.

Salieron, y los dos hombres fueron conducidos hasta el coche que esperaba en la calle inmediata.

—Llévelos al inspector Raleigh. Yo me quedaré para registrar las habitaciones. Algo habrá allí que me ayude a desembrollar este asunto.

El coche se alejó con los dos detenidos, y Bill regresó de nuevo al piso superior de «La Corona de Oro».

Tanteó la puerta donde se hallaba la escalera de acceso al bar; pero advirtió que estaba cerrada. De la habitación de Lisa pasó a un cuarto inmediato. Contenía algunos muebles viejos, y era evidente que allí habíanse escondido los dos secuaces de Morris cuando intentaron sorprenderlo a su entrada en la casa.

Iba a salir, cuando su fino oído percibió como un apagado gemido no lejos de aquel lugar. Miró a su alrededor, intrigado. Entonces se dio cuenta de que había una ventana situada a unos seis o siete pies del suelo. No le cabía la menor duda de que el ruido había partido de allí, y de que alguien se encontraba al otro lado de aquel tabique.

No quería exponerse a asomarse por el hueco. La puerta de entrada estaría, posiblemente, al otro lado del pasillo. No excluía la probabilidad de que Morris o la propia Lisa hubieran llegado allí utilizando la entrada por el establecimiento de la planta baja.

Salió al corredor, y no tardó en descubrir la puerta que daba al departamento que estaba buscando. Preparó la pistola, y tanteó el picaporte. Estaba cerrada con llave, y al empujarla para ver si cedía, le pareció escuchar nuevamente el gemido de antes.

—¿Quién está ahí? —preguntó en voz alta.

Nadie respondió. Aplicó el oído a la madera, y oyó el roce de un cuerpo en el suelo.

Se apartó hasta la pared de enfrente, y lanzóse con fuerza contra la puerta. Cedió ésta con gran estrépito, y Bill quedó en el interior, apuntando con su pistola la oscuridad que allí reinaba.

Sacó su linterna de bolsillo, y paseó el plateado haz por aquel lugar. En un rincón había una mujer, inmovilizado su cuerpo por apretadas ligaduras. También una mordaza impedíale lanzar el menor grito.

Acercóse a ella y arrodillóse a su lado. Entonces la reconoció. Tratábase de Sally, y al verla en aquel estado no pudo por menos que sonreír.

—¡Caramba! Nunca hubiera esperado encontrarnos de nuevo en

una situación tan… tan original como ésta. ¿No le parece, Sally?

Sus lindos ojos parpadearon, deslumbrados por el foco de su linterna. Bill libróla de la mordaza; pero aguardó algún tiempo antes de hacer lo mismo con las ligaduras.

—Había de ser usted, precisamente, la única persona que descubriría mi encierro.

—¿Lo lamenta, acaso? —preguntó, irónico.

—No creo que haya venido para reportarme el menor beneficio. ¿Es que piensa dejarme marchar… como hizo la otra noche en su casa?

—Si es razonable, posiblemente me muestre comprensivo.

—Bien; quíteme estas cuerdas y discutiremos el asunto.

—No, no. No tengo prisa en hacerlo. Podría aparecer uno de sus amigos. Al menos, en cuanto a usted, podré sentirme seguro.

—¿Cree que si fueran mis amigos me habrían dejado tal como acaba de encontrarme?

Bill movió la cabeza, desconfiado.

—He conocido tantos trucos, que ya no me fío ni de mi sombra. Comprendo que es un poco molesto; pero así, tal como está, si ha aguardado unos minutos, no le será difícil esperar un poco más.

Ella miróle sin ocultar la indignación que sentía.

—Está bien; acabemos de una vez. ¿A qué ha venido?

—Desde luego, no vine en busca suya. A estas horas una jovencita decente no puede estar en otro sitio que durmiendo en su cama. ¿Por qué no lo hace usted?

—¿Sabe cuánto tiempo llevo así?

—No sé… —replicó Bill, con un vago ademán—. Por lo pronto, sé que estuvo aquí a las nueve. Desde entonces han transcurrido seis horas. Dentro de este plazo caben muchas respuestas.

—¡Ah! ¡Conque estuvo espiándome…!

—En mi profesión es un defecto corriente. La única ventaja es que las personas a quienes hacemos objeto de tal preferencia, no tienen el suficiente pudor para sentirse ofendidas.

Sally le dirigió una mirada cargada de desprecio.

—Si no fuera porque estas cuerdas me lo impiden, le abofetearía a usted hasta agotar las fuerzas.

—¡Diablos! Pues es cierto. No me perdonaré jamás el haberla tratado con tan poca delicadeza. ¡Una señorita indefensa y

recatada…! Usted se llama Kendall. ¿No me dijo así?

Bill Sandish la vio palidecer y tragar saliva.

—¿Quién le ha dicho que sea ese mi apellido?

—Me lo dijo… ¿No fue usted misma?

—¡Jamás le dije a usted mi verdadero nombre!

—¿Así, pues, no se llama Sally?

—Me llamo Sally, es cierto; pero en cuanto al apellido…

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo. Fue Morris quien me habló de Kendall y de una hermana suya llamada Sally. ¿Se referiría a usted?

—¿Qué le dijo Morris de mí?

—¡Vaya! Ya olvidaba librarla de esas ligaduras. Unas piernas tan bonitas no merecen ese trato tan cruel.

Y, en tanto hablaba, sacó Bill una navaja y cortó las cuerdas, dejando a Sally en plena libertad de movimientos.

—¿Lo han detenido? —insistió Sally, sin ocultar la ansiedad que ello le producía.

—Para su tranquilidad le diré que ese sujeto anda todavía suelto por Nueva York; pero le prometo intentar lo imposible para que no sea por mucho tiempo.

—Está en un error si cree que siento por él otra cosa que desprecio.

—¿Tan mal paga a quienes la protegen?

—¡Morris no es merecedor de mi gratitud ni otra consideración alguna! —replicó airada—. Pero tengo las manos atadas…

Bill la miró, fijamente.

—¿Qué es lo que teme de ese hombre?

Sally rehuyó la mirada y guardó silencio.

—Está bien —dijo Sandish—. Si se empeña en callar, tanto peor para usted. Tendrá que venir conmigo y declarar ante el inspector encargado de la sección criminal en el Departamento Federal.

—¡No tiene derecho a hacer eso!

—Demasiado sabe que sí. La sorprendí desvalijando mi piso, y ahora la encuentro en el antro utilizado por una peligrosa organización criminal. ¿Podrá negar que estos dos hechos no tienen relación entre sí?

—¡Yo no tengo nada que ver con esa gente! —protestó con vehemencia.

—Pero su hermano, sí. ¿Quiere decir ya de una vez por qué anda

metida en ese enredo?

Sally retrocedió asustada, hasta que la pared le cerró el paso.

—¿Quién le ha dicho… que yo tengo un hermano?

—Lo deduje por unas palabras de Morris. Sé, además, que su hermano está encerrado, y que sus declaraciones podrían ayudarnos a esclarecer muchas cosas que nos interesan.

—¡No es cierto! —insistió—. ¡No tengo ningún hermano ni sé nada de esa historia que acaba de inventar!

Bill se le acercó, y cogiéndola de un brazo intentó llevarla fuera del cuarto.

—Es ya tarde para esforzarse en sostener una situación evidentemente falsa. Hablando cuánto sepa ayudará a su hermano y se librará de un castigo que, sin duda alguna, no merece. Sé que está tratando de ayudar a Freddie, y por ello la admiro. Pero empeñarse en entorpecer nuestra labor sólo puede conducirla a un mal irreparable. ¿Se ha dado cuenta de que van a obligar a su hermano a confesar cuánto sabe? Hasta ahora no se le ha molestado, por creerlo complicado en un asunto de poca monta; pero cuando yo diga al inspector Lubber quién es su hermano y el papel que Kendall ha desempeñado en el asunto de los agentes extranjeros…

—Tú ya no tendrás oportunidad de volver a hablar con el inspector Lubber —habló una voz, a sus espaldas.

Era una voz fría y modulada por el odio; aun así, Bill Sandish la reconoció al instante. Volvióse lentamente para encontrarse con la faz diabólica de Lisa asomando por la oscuridad del corredor. Tenía un revólver en su diestra, y sus ojos destilaban toda la maldad contenida en su alma ruin.

Bill esbozó una sonrisa irónica.

—¡Vaya! ¿Cómo te has retrasado tanto? Hace media hora que debieras estar aquí.

—Éste no es momento para bromas, Bill —dijo aquella mujer—. Ni jamás persona alguna tuvo el ánimo dispuesto a ello en los instantes que precedieron a su muerte.

Sally inició un movimiento hacia la puerta lateral; pero Lisa la contuvo, imperiosamente.

—¡No te muevas, Sally Kendall! Sabía que tarde o temprano ibas a vendernos por tu miedo estúpido a perder a tu hermano.

—Si es por eso, puedes estar tranquila —repuso Bill, indiferente —. Sally no ha dicho nada que pueda perjudicaros. Creo que he llegado a admirarla por su terquedad en defenderlo. No es muchacha hecha para mentir con el suficiente descaro.

—No creas que por ello vas a conmoverme, Bill —advirtió Lisa —. Un traidor y un espía como tú, sólo merecen un trato, y esto es lo que vas a tener.

Como por arte de magia, detrás de la mujer apareció la silueta de Morris. Su rostro innoble y brutal aparecía ahora contraído por una mueca de insana satisfacción.

—No esperabas verme tan pronto, ¿verdad, Bill? —rió en voz baja, mientras con una «Lugger» avanzaba hacia él—. Me has hecho un inmenso servicio, y justo es que tengas tu recompensa. ¡Pon las manos atrás! ¡Enseguida!

Bajo la amenaza de las armas tuvo Bill que obedecer. Morris colocóse a sus espaldas, y cuando el muchacho creía que iba a sujetarlas con alguna ligadura, Morris levantó el arma y descargó en su cabeza un fuerte golpe que le hizo tambalearse, casi inconsciente.

Oyó, aún, el grito que lanzaba Sally, y sintió como los brazos de la muchacha intentaban sostenerle. Luego, la oscuridad le envolvió, y todos los sonidos se apagaron en torno suyo.

CAPÍTULO VIII

De un fuerte tirón separó Morris a Sally del inconsciente muchacho.

—¡Apártate de ese traidor y no te muevas de la pared!

Lisa se dirigía ya hacia ella, y la sujetaba de un brazo.

—Vas a lamentar haberte unido a un tipo como Bill. ¿Qué es lo que sabes de él?

—Nada… no sé nada —balbució, asustada por la expresión de su rostro.

—Oí que hablabais de tu hermano. ¿Sabes lo que supone que la policía descubra la relación que Freddie tiene con nosotros?

—Lo sé; pero yo no he dicho nada…

—Déjamela a mí —terció Morris, interponiéndose entre las dos mujeres. Y cogiendo a Sally del cabello obligóla a echar la cabeza hacia atrás y caer al suelo, de rodillas—. ¡Hablarás de una vez, maldita chiquilla! —tronó amenazador—. ¿Qué te estuvo diciendo?

—Nada —terqueó ella, más segura de sí misma.

Lanzóla Morris contra el suelo, donde quedó abatida la cabeza hacia delante y sollozando en silencio.

—Terminemos ya de una vez, Simón —apremióle Lisa—. Felther no puede estar aguardando a que descubran el camión.

Lisa recogió del suelo una cuerda, con la que procedieron a inmovilizar a la muchacha. Mientras Morris ataba a Bill, ella completó la operación colocando una apretada mordaza a Sally, a fin de impedirle gritar, como ya hicieron con él.

El marino cargó el cuerpo de Bill, y marchó hacia el exterior. Unos minutos más tarde regresaba para hacer lo mismo con Sally. Entonces la muchacha vio cómo a la puerta esperaba un camión. Había poca luz en aquel lugar y, además, a aquellas horas aparecía completamente desierto.

Fue depositada en el vehículo, junto al cuerpo inmóvil del

muchacho por el que comenzaba a sentir una creciente simpatía. A pesar de la oscuridad, al instante se dio cuenta de que no estaba sola. Entre un montón de fardos había hasta una docena de hombres, silenciosos. Morris y Lisa acomodáronse allí, y el camión no tardó en alejarse en dirección de los muelles.

No habrían transcurrido cinco minutos, cuando se detuvo de nuevo. El hombre que sentábase junto al conductor habló algo en un idioma que Sally no comprendió, y los ocupantes del camión comenzaron a desalojarlo ordenadamente y en silencio.

Morris y Lisa fueron los últimos en apearse; sin embargo, la mujer no se apartó de la parte trasera.

Desde la abertura que tenía enfrente, pudo ver Sally un estrecho y oscuro pasadizo, una de cuyas paredes estaba formada por el muro de una larga construcción, probablemente una fábrica o almacén. El silencio de la noche era punteado por el
«tap-tap»
de una gasolinera que pasaba no lejos de allí. Tal circunstancia le indujo a sospechar que estaban en algún lugar inmediato a los muelles.

La hilera de hombres que había dejado el camión adentróse por el pasadizo. El luminoso haz de la linterna eléctrica iba señalando la ruta seguida.

A cosa de una docena de yardas de la entrada, se apagó la luz. Entonces Sally dejó de ver lo que ocurría. Posiblemente habrían entrado en el sitio al cual se dirigían. Únicamente la silueta de Lisa, paseándose a poca distancia del camión, ponía una nota de movimiento a la monotonía de aquel revoltijo de tejados y chimeneas, destacándose sobre el fondo azulado de la noche.

Cerca de quince minutos duró la espera. Al fin vio Sally unas sombras aparecer por el pasadizo. Eran sólo tres. Dos subieron delante, y Morris lo hizo detrás; al igual que Lisa.

Roncó el motor, y el camión se puso de nuevo en marcha. Rodaba ahora paralelamente a los muelles y a todo lo largo del Hudson. Simón Morris, sentado sobre uno de los fardos, fumaba en silencio. Por su parte, Lisa, muy cerca de la abertura posterior, entreteníase en contemplar los lugares que estaban atravesando.

Sally intuía que aquellos malhechores habían tomado un propósito determinado respecto a ellos, y un angustioso

presentimiento le daba a entender que, antes de que transcurriera la noche, la suerte de Bill Sandish y la suya convergirían en una trágica y última pirueta.

Sintió al muchacho moverse, inquieto. La cabeza de Bill rozaba con su brazo, y al mirarlo vio brillar sus ojos en la oscuridad.

No podía hablarle; ni siquiera expresarle con un gesto o una mirada toda la simpatía que le merecía. También Morris debía haberse percatado de que acababa de recobrar el conocimiento, ya que sacó la linterna y dirigió hacia él el haz de luz. Escuchóse su risa por lo bajo. Lisa, que se había apercibido de lo que ocurría, acercóse a él.

—¡Lástima de chico! —exclamó, complaciéndose en deslumbrarle con la brillante luz de la lámpara—. Debo confesar que me había equivocado contigo. Incluso llegué a planear proyectos de más envergadura… ¡Diablo de Bill! ¡Nada menos que un agente de ese
F. B. I.
metido en mi barco y espiando todos mis movimientos! Debería pisotearte y darte de puntapiés hasta convertir tu cara en una masa informe; pero, aunque no me lo explico, no siento gran animadversión hacia ti. Incluso siento haberte golpeado con tanta desconsideración…

Y Morris se echó a reír, divertido por sus propias palabras.

—No pareces estar de muy mal humor, Simón —observó Lisa, burlona.

—Puedes creer que me siento contento y feliz. No sé por qué será. Felther acaba de pagarme los cincuenta mil dólares de esta operación. La quinta parte corresponde a Bill; pero me temo que a dónde vaya no le servirían de gran cosa. Sinceramente, me siento preocupado por no poder cumplir la promesa que le hice. Hasta cierto punto, Bill la cumplió. Se comprometió a llevar a esos extranjeros hasta la playa de Rockaway, y lo realizó al pie de la letra. Lo que haría una vez allí, ya no entraba en lo estipulado. Felther es muy puntilloso, y jamás se lo perdonará.

Se detuvo Morris al ver que un automóvil acababa de aparecer, y por un momento los reflectores enfocaron el interior del camión. Pero a gran velocidad pasó junto a ellos y les adelantó hasta perderse por una calle lateral.

Subían ahora por Riverside Drive. El tráfico allí era mayor, a pesar de que eran poco más de las cinco de la madrugada. Sally reconocía el lugar: los grandes y lujosos edificios, los jardines bien cuidados y las terrazas asomándose al río. En aquellos momentos marchaban hacia el norte, en dirección de Harlem.

—En cierto modo —continuó soliloquiando Morris—, a cambio de los dólares que te corresponden, a mi debes el continuar viviendo por algún tiempo más. Felther y los otros deseaban dispararte un tiro a la nuca y arrojarte a las aguas sucias y malolientes del muelle. No; tú no mereces un fin tan vulgar. Eres demasiado inteligente, y yo siempre he sentido admiración por los hombres de tu clase. No hace mucho tiempo ya empleamos ese procedimiento con un tal Sandish; Víctor Sandish, un inspector algo testarudo y que terminó por pagar cara su curiosidad. Un tiro en la nuca es propio de criminales de baja ralea. Además, deseaba tener esta pequeña charla contigo y agradecerte los servicios de esta noche. No puedo darte los diez mil dólares; pero he conseguido para ti un par de horas más de vida. Hay ocasiones en que un solo minuto significa muchos miles de dólares. Así acallaré mi conciencia, que está reprochándome el proceder con poca lealtad.

El camión frenó con alguna brusquedad, y Morris calló. Estaban acercándose a Washington Heighs, y la niebla comenzaba a invadir la parte alta del río.

Lisa había encendido un cigarrillo, y fumaba para reprimir el nerviosismo que la dominaba.

—¿No le das un cigarrillo a Bill? —preguntóle Morris.

—¡Déjate de, bromas! —replicóle, malhumorada—. ¿Falta mucho para llegar?

Morris miró hacia afuera.

—Estamos llegando —dijo, volviendo a su lado—. Es maravilloso ver a dos personas jóvenes, como son nuestros amiguitos, unir sus destinos a impulsos de un mismo ideal. Las compuertas de la «Malcomb Dam» se abrirán para guiarles a la inmortalidad y a la gloria…

Con la cabeza doliéndole horriblemente a causa del golpe recibido, Bill no podía hacer otra cosa que escuchar la palabrería hueca y fastidiosa de Simón Morris. Sin embargo, no perdía un detalle de cuanto hablaba, y por dos veces sintió su corazón latir

con desacompasado ritmo. Morris se había referido a su hermano Vic, revelando el fin que hasta entonces aparecía como un enigma. También había dejado entrever el que les aguardaba a ellos. Morris acababa de citar las fábricas «Malcom». La «Malcomb Dam» se hallaba situada al final de Washington Heighs, recogiendo las aguas del Hudson mediante un canal que se desviaba unas cuatrocientas yardas más arriba. Allí, en las profundidades de la presa, estaría el lugar elegido por aquellos malhechores para desembarazarse de él y…

Miró a Sally. Se encontraba en idéntica situación, y era indudable que había sido sentenciada a correr su mismo fin. En cierto modo sentíase responsable de la suerte de la joven. Toda su relación con aquella gente debía reducirse exclusivamente a los intentos de salvar a su hermano de la ignominia que sobre él pudieran arrojar. Pero ahora, al sorprenderla en su compañía, no habían vacilado en hacerla partícipe de una muerte que en modo alguno merecía.

El camión disminuía la velocidad. Extrañado, Morris atisbó por la ventanilla delantera; pero sólo permaneció en ella un par de segundos. Felther acababa de abrirla, y le indicó algo en voz baja. Seguidamente volvió a cerrarla.

—¿Qué sucede? —preguntóle Lisa, alarmada.

—Han dado el alto —repuso Morris, sombrío—. Es un coche de la policía. Seguramente tienen los datos referentes al camión.

—¿Por qué Felther no sigue adelante? —exclamó Lisa, asustada —. ¿Va a permitir que registren esto?

—Felther sabe lo que se hace. De seguir adelante, el coche avisaría por radio a cuántos hay por este sector, y en menos de cinco minutos nos habrían cazado. Habrá que ser radicales; pero no queda otro remedio.

El camión se detuvo, y una voz habló con los dos hombres que iban delante.

Deslizándose como una serpiente, saltó Morris fuera del camión. Sally y Bill vieron cómo esgrimía una pistola provista de silenciador. Sin duda alguna, su objetivo inmediato iba a ser el agente que aguardaría en el coche. Luego sería más sencillo librarse del que estaba interrogando al Felther y al conductor.

Bill hubiera querido llamar de alguna forma la atención de los

dos policías; pero ni siquiera estaba en situación de golpear la madera para delatar su presencia.

Horrorizado vio cómo Morris encogíase y apercibía el arma siniestra que empuñaba. Luego, un silbido rasgó el silencio, y el impacto seco en un cristal señaló su remate. Una exclamación de sorpresa y, nuevamente, la pistola de Morris lanzó su lúgubre mensaje. Escuchóse el ruido de un cuerpo al caer sobre el pavimento.

—¡Aprisa, Simón! —apremióle Felther—. ¡Ayúdame a cargar los cuerpos de esos tipos!

Morris desapareció del campo visual de Bill; pero reapareció al poco rato llevando sobre los hombros el cuerpo inanimado de un policía. Le seguía Felther con el otro.

Arrojáronlos en el interior del camión. Con irreprimible sobresalto, Lisa apartóse de ellos. Morris subió, y casi inmediatamente el vehículo reemprendió la marcha.

Desviáronse a la izquierda, tomando una calle angosta y bastante oscura. Unos minutos después volvían al río. El camino descendía gradualmente hasta quedar a un nivel bastante inferior al de las calles de la ciudad. Poco después, el camión se detuvo.

Lisa y Morris se apearon. Celebraron un corto conciliábulo, en voz baja, con los otros dos hombres, y volvieron a subir al vehículo. Morris se apoderó de Bill, y lo arrastró hasta el mismo borde de la plataforma. Allí lo recogió Felther. Luego aquél hizo lo mismo con Sally, cargando seguidamente con su cuerpo y marchando en pos del jefe de la organización.

Al instante reconoció Bill el lugar. Marchaban por la orilla del río y en dirección de las bocas de salida situadas en la parte inferior de la presa. El imponente edificio de la «Malcomb Dam» recortábase en un fondo grisáceo, precursor del amanecer.

Por una escalera pegada al muro descendieron los hombres hasta donde las aguas corrían rápidas y tumultuosas. A media docena de yardas, las dos bocas de la central abríanse con negras fauces dispuestas a devorar las cargas que conducían.

Felther se detuvo a la entrada, y aguardó a que el conductor del camión pasara delante. Éste llegaba en aquellos momentos llevando a cuestas el cuerpo inanimado de uno de los policías. Apretó el conmutador de la linterna eléctrica, y el túnel se iluminó,

llenándose de su brillante luz.

Después de una marcha de varios minutos, realizada con angustiosa lentitud a causa del peligro que se corría al bordear el canal de oscuras y rugientes aguas, alcanzó la comitiva el fondo del túnel. Al otro lado de los muros, el agua, cayendo desde una altura de varios pies atronaba al ambiente de aquel lugar.

La luz de la linterna deslizándose unos instantes por los muros de piedras grises, descubrió el agua que se filtraba del otro lado. La pared del fondo estaba formada por una sólida compuerta metálica que una cremallera movía hacia arriba.

Felther descargóse de Bill, y lo propio hizo Morris con el cuerpo de Sally Kendall.

—¡Ve en busca del otro! —ordenó Felther al conductor, refiriéndose al policía que habían dejado en el camión.

Morris enfocó al muchacho con su linterna, habiéndolo luego con Sally para terminar con el cadáver del policía.

—Bien, Bill —gritóle, para hacerse oír entre el tumulto del agua —. Me entristece despedirme de ti en esta forma; pero espero que me agradezcas el haberte proporcionado una compañía tan linda para endulzar tus últimos momentos.

Y echóse a reír, con siniestro acento; pero Felther cortó aquella expansión cogiéndolo del brazo.

—¡Vamos, Morris! Son ya las cinco y media. A las seis en punto se levantan las compuertas. Y a esa hora hemos de estar muy lejos de aquí.

Los dos hombres se alejaron, delatando su trayecto por el resplandor de su linterna. No se habían perdido al final de la galería, cuando un nuevo resplandor señaló la proximidad del otro compinche, que regresaba llevando el cuerpo del segundo policía. Llegó hasta ellos y echó su macabra carga en el mismo rincón donde yacía el que había sido su compañero. Dirigió una mirada burlona a los dos jóvenes, y se alejó con paso rápido hacia la salida.

Bill Sandish trató de concentrar sus ideas. En aquella oscuridad, húmedas sus ropas por el agua que escurríase a través de las rendijas de la compuerta y aturdido por el fragor del agua, aquella tarea le costaba un esfuerzo ímprobo.

Trató de forzar las ligaduras mediante una violenta contracción de sus músculos. Inmediatamente se convenció de que era en vano.

Aun cuando tuviera la posibilidad de estar tanteando todo el día, al llegar la noche seguiría sin conseguir verse libre de ellas. Si al menos pudiera animar a Sally, hablarle de cuánto sentía haberla conducido a tan crítica situación…

Encogió las piernas y, afianzándose en ellas, consiguió aproximarse al muro. Allí apoyó la cabeza y frotó contra la piedra la parte donde se anudaba la mordaza. Tras algunas tentativas, consiguió que se desprendiera.

—¡Sally! —gritó, en cuanto pudo recobrar la facultad de hablar —. ¡Voy a intentar llegar hasta usted! ¡No se mueva, porque el canal pasa a muy poca distancia de donde estamos!

Guiándose por la imagen que conservaba en la memoria de la escena que viera antes de que aquellos hombres les dejaran solos, fue arrastrándose hasta que dio con el cuerpo de la muchacha.

—¡He conseguido librarme de la mordaza, y voy a quitarle la suya!

Acercó su rostro a la cabeza de la muchacha, y, valiéndose de los dientes, tiró del lienzo que la oprimía, hasta obtener el resultado apetecido.

—¿Se encuentra bien, Sally?… —preguntó, mostrándose animoso.

—Sí… estoy bien —contestó ella—. Únicamente que siento mucho frío. Estoy completamente calada.

—No pierda las esperanzas. Voy a gritar. Tal vez alguien consiga oírnos.

Bill aspiró hasta llenar de aire sus pulmones.

—¡Socorro! —gritó, con toda la potencia que le fue posible—. ¡Aquí, en la presa! ¡Socorrooooooo…!

—¡No se desgañife, Bill! —gritóle Sally—. ¡Con ese estruendo es poco menos que imposible que alguien pueda oírle!

Bill también lo sabía; sin embargo, quería infundir en el ánimo de la muchacha la esperanza en una pronta ayuda.

—¿Tiene mucho miedo? —hablóle, juntando su cabeza a la de Sally.

—Al principio sentí una especie de temor; pero ya no lo tengo. Únicamente siento irme por dejar solo a Freddie. Él es un chiquillo, y siempre temí que al dejarlo libre volviera a caer en las garras de Morris.

—Ahora ya no debe ocultarme nada, Sally. Siempre tuve el convencimiento de que nada tenía que ver con esa cuadrilla de malhechores; pero no he podido explicarme aun lo que fue a buscar al piso de mi hermano Vic.

Hubo unos segundos en los que Sally pareció vacilar.

—Ahora puedo decírselo —declaró, al fin—. Sabía que su hermano conservaba ciertos documentos, en los que aparecía claramente la complicidad del mío con esa gente. Sin embargo, su hermano sabía que Freddie no era responsable, y me prometió entregármelos si le ayudaba a descubrir los manejos de Morris. Acepté, y fui el mismo día a ver a Morris con el pretexto de hablarle de Freddie, aunque en realidad mis preguntas se encaminaban a averiguar algo de sus planes. Desgraciadamente, por aquellos días ocurrió lo de su hermano… Desde entonces todo mi afán se encaminó a apoderarme de los documentos que se hallaban en su poder. Y no era otra cosa lo que fui a buscar a su casa la noche en que usted me sorprendió.

—¿Por qué no me lo dijo entonces? —preguntóle Bill, con cariñoso acento.

—Temí que no quisiera creerme, y, al hablarle de los papeles, los utilizara para acusar a mi hermano. ¿Se da cuenta ahora de cuál era mi verdadera situación?

—La comprendo, Sally, y créame que siento haber complicado las cosas hasta el punto de conducirla a esta situación.

—Usted no tiene la culpa, Bill. Además… le aseguro que no tengo miedo.

—Es usted valerosa. Sinceramente, Sally, debo confesarle que la admiro. Creo que… si me hubiera quedado alguna oportunidad… le habría confesado que estaba enamorándome de usted. Pero ahora…

Sally no contestó. Bill sentía junto a su rostro el suave cabello de la joven. Lo besó una y otra vez, con un sentimiento donde mezclábase el arrepentimiento con el afecto que llenaba su ser.

—¿No se ha molestado por lo que le he dicho? —preguntó.

—No; no me he molestado, Bill. También yo siento por usted algo más que mera simpatía.

Bill apretó más su rostro contra el de Sally, y besó su mejilla. Estaba húmeda, a causa de las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Ignoraba el tiempo que transcurrió en esta actitud. De pronto

sintió como Sally se estremecía y preguntaba:

—¿Qué hora será, Bill?

—No pensemos ahora en lo que ha de suceder, Sally querida —repuso—. Imaginemos que estos instantes que nos quedan de estar juntos significan toda la vida que hubiéramos querido dedicar el uno al otro. Dime que no sientes temor alguno, Sally.

—No tengo miedo, Bill.

—Y, también, que me quieres como yo te quiero a ti.

—Te quiero, Bill.

Sally ladeó la cabeza, y en la oscuridad los labios de Bill Sandish buscaron los suyos. Encontráronse y fundiéronse en un largo beso, apasionado, en el que condensábase toda la fuerza de aquel naciente amor.

De pronto, algo chirrió en lo alto con ruido de engranajes. Los dos jóvenes levantaron la cabeza, sorprendidos. Y, aun cuando ninguno de los dos dijo nada, ambos comprendieron que el terrible momento acababa de llegar.

La compuerta comenzaba a levantarse, lentamente, y por debajo de la misma el agua de la presa salía impetuosa, silbando, en busca de la salida al río.

CAPÍTULO IX

Desde el mismo puesto de Springfield, y utilizando la emisora del sector 18.º de Long Island, el inspector Arnold Lubber avisó a todos los puestos de control la orden de detención del camión de la matrícula de Nueva Jersey, número
247-553.
Hacía solamente diez minutos que Bill Sandish había salido para Nueva York, utilizando el coche conducido por el agente Skinner. Dio instrucciones a los hombres que le acompañaban, y decidió, dado lo avanzado de la hora, marchar directamente a su domicilio a descansar.

Sin embargo, antes de meterse en la cama, Lubber sintió curiosidad por saber si Bill y Skinner habían ya abandonado la búsqueda por aquella noche. Llamó por teléfono al inspector Raleigh, y su sorpresa no tuvo límites cuando el jefe de servicio le dio cuenta de que Skinner acababa de llegar conduciendo a dos de los hombres de la organización que trataban de desarticular.

Lubber vistióse de nuevo, tomóse una taza de café bien cargado, encendió un cigarro y metióse otra vez en el coche para acudir a la Comisaría de South Manhattan.

Apenas llegó allí, el agente Skinner le salió al paso.

—No hemos perdido del todo la noche, inspector —saludóle, sonriente—. Ahí dentro encontrará un par de pájaros que Bill Sandish cazó en un inmueble cercano a Fletcher Street.

—¿Dónde está ahora? —preguntó.

—Si se refiere a Bill Sandish, lo dejé allí, interesado en husmear por si encontraba algo interesante.

—¿Dijo si volvería por aquí?

—No; no dijo nada.

Lubber se dirigió a dónde estaban los dos malhechores capturados por Bill. El inspector Raleigh tomaba declaración, en

aquellos momentos, a Harry. Sin embargo, todas sus preguntas se estrellaron contra el mutismo y la indiferencia más absolutos. Probó con Nic, y obtuvo el mismo resultado.

—Déjalos, Ral —indicóle Lubber—. Mañana, por la mañana, estarán más blandos y se sentirán menos cohibidos. Encerradlos en las celdas de castigo, separados el uno del otro.

—Será lo mejor —asintió Raleigh.

Y llamó a los dos policías que aguardaban a la puerta, para que se llevaran a los dos hombres.

—Oye, Skinner —dirigióse Lubber a su subordinado—. Vas a llevarme a dónde dejaste a Bill. Tal vez haya encontrado algo interesante.

—Perfectamente, inspector. ¿Iremos en su coche?

Asintió Lubber. Subieron ambos policías al vehículo, y en pocos minutos se trasladaron hasta donde Skinner se separara de Bill.

—Sígame, inspector —invitóle el agente.

Y lo guió hasta las habitaciones donde ayudara al muchacho a esposar a los dos malhechores.

—Se ha ido ya —dijo, tan pronto se dio cuenta de la soledad que allí reinaba—. Probablemente no habrá encontrado nada que mereciera la pena.

Todavía inspeccionó Lubber aquello, hasta que se convenció de que nada había que hacer.

Regresaron a la comisaría. Allí, Lubber dejó a Skinner, siguiendo hasta su domicilio. Pero estaba escrito que aquella noche no iba a poder gozar del descanso que tan bien tenía ganado.

Acababa de meterse en la cama, cuando el timbre de su teléfono repiqueteó insistente.

—¡Oiga, inspector Lubber! —llamó una voz—. ¡Soy Skinner! Tal vez haga mal en llamarle, pero creo que debe saberlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó, extrañado.

—Un coche de patrulla ha encontrado en el sector veinticuatro al coche 269, abandonado. Tiene un orificio en el parabrisas, y hay sangre en el asiento y en el asfalto.

—¿Cuántos hombres componen la dotación de ese coche?

—Dos.

—¿Y no hay ningún otro indicio que permita suponer lo ocurrido?

—Ninguno, inspector. Ni siquiera se escucharon disparos por los alrededores. ¿Quiere que vaya personalmente y redacte un informe de lo que pueda observar?

—Sí; me parece bien. Sin embargo, también iré yo allá. Aguarda unos minutos, que pasaré a recogerte.

Por segunda vez vistióse Lubber aquella noche. Sacó el coche del garaje y fue en busca de Skinner.

Veinte minutos más tarde rodaban a gran velocidad por Riverside Drive, en dirección de Washington Heighs. Cuando llegaron al lugar del suceso, ya estaba allí el inspector Raleigh rodeado de un grupo de agentes.

—Es un caso extraño —comentó su compañero, apenas se aproximó al vehículo—. No cabe duda que les dispararon estando el coche parado; pero sólo se advierten manchas de sangre hasta unas dos o tres yardas del vehículo. Todo parece indicar que los cuerpos de los dos agentes fueron llevados de aquí en otro coche. ¿Para qué los alejarían?

—Indudablemente —respondió Lubber— para que tardáramos más tiempo en descubrir lo ocurrido. Tal vez unos minutos resultaban de inestimable valor, y no juzgaron conveniente desperdiciarlos.

—¿Y a dónde podrían llevarlos?

Lubber no contestó. Acercóse al coche, y estuvo examinándolo detenidamente por espacio de algún tiempo.

—Lo más probable es que fueran a arrojarlos al río. Debieras ordenar un reconocimiento por la orilla comprendida en este sector.

—Creo que tienes razón. ¿Piensas venir?

—No. Ya me dirás mañana lo que has averiguado. Aprovecharé unas horas para descansar.

Sin embargo, en lugar de regresar a su vehículo, Lubber entró en un establecimiento cercano, y llamó por teléfono al domicilio de Bill Sandish. Aguardó unos minutos; pero nadie respondió a su llamada.

—Es raro —dijo a Skinner, que le acompañaba—. ¿Dónde estará metido ese chico, si no está en su casa?

—Se habrá ido en busca de un poco de diversión —sonrió Skinner—. Lo ocurrido esta noche le tendrá desvelado.

Volvieron al coche, y ya iban a subir a él, cuando un coche

ligero de patrulla en aquel sector se les acercó.

—¡Oiga, inspector! —llamóle el agente que iba al volante—. Se ha encontrado un camión abandonado a orillas del río. Parece ser que es el mismo que andábamos buscando.

—¿Vio la matrícula? —inquirió Lubber, excitado.

—Tomé nota de ella —y el policía sacó su libreta de notas—. Es de la matrícula de Nueva Jersey, y su número es el
247-553.
Pero lo más interesante es que hemos encontrado manchas de sangre en su interior.

Lubber y Skinner subieron al coche, que dio media vuelta, dirigiéndose al lugar donde había sido encontrado el camión.

Junto a él estaba ya el inspector Raleigh y cuatro de sus agentes.

—Ahí tienes lo que te interesaba —le dijo a Lubber—. El camión fantasma con un rastro de sangre. ¿Crees que pudiera ser de los dos hombres que estamos buscando?

—No es ningún imposible. Tratándose de esa gente…

Los dos inspectores se acercaron al vehículo. En aquel momento, uno de los agentes intentaba ponerlo en marcha.

—Hay alguna avería en el motor —indicó aquel hombre—. Posiblemente se les estropeó aquí mismo, y decidieron abandonarlo.

Lubber señaló la corriente del Hudson, que corría a muy escasa distancia de donde se hallaban.

—Ésa habrá sido la tumba de esos desgraciados.

Dos hombres rebuscaban por la orilla, valiéndose de sus potentes linternas eléctricas.

—Habrá que esperar a que amanezca para iniciar la exploración de esta parte del río —apuntó Raleigh—. Aunque mucho me temo que no adelantaremos gran cosa.

Tras una ligera inspección del camión, Lubber y Skinner bajaron por las escalerillas que descendían hasta el mismo nivel de las aguas.

De pronto, Skinner, que se había alejado en dirección del edificio de la fábrica, lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Eh, inspector Lubber!… —llamóle—. ¡Venga acá! ¡Verá algo interesante!

Acudió Lubber, y agachóse para examinar lo que Skinner le mostraba.

Eran unas gotas de sangre, claramente impresas en el pavimento gris del borde superior del muro de contención.

—Si la intención era arrojarlos al agua, hubieran podido hacerlo desde más abajo —murmuró, pensativo.

—¿Y si miráramos en esas bocas?… —propuso Skinner.

El inspector miró hacia donde le indicaba, y vio las bocas abiertas al pie de la presa.

—No es mala idea —repuso—, aunque sería preferible solicitar la ayuda de los operarios que trabajan en la central. Al amanecer es cuando las turbinas comienzan a funcionar, y no me seduce la idea de que levanten las compuertas mientras estamos registrando esos agujeros.

—En este caso —observó Skinner—, lo mismo les ocurrirá a los dos agentes, si los han dejado ahí dentro.

Lubber consultó su reloj.

—Faltan tres minutos para las seis —dijo—. ¡Hay que subir inmediatamente, y evitar que pongan las máquinas en marcha!

Skinner, que era por su juventud el más ágil y ligero de los dos hombres, no se hizo repetir la indicación de su jefe. Echó a correr escaleras arriba, en dirección del sombrío edificio de la «Malcomb Dam». A poca distancia le seguía Lubber. Una niebla fría y pegajosa envolvía sus cuerpos.

Sin detenerse siquiera, preguntó Skinner por la sala de máquinas. Le indicaron una nave, al fondo del edificio. En el momento de cruzar la puerta, sonó la sirena de la fábrica. Estaban dando las seis, y las compuertas iban a levantarse para poner en movimiento las turbinas.

—¡Alto! ¡No abran las compuertas! —gritó, con voz fuerte, dirigiéndose a los técnicos que se disponían a levantar los conmutadores del cuadro de mandos.

—¿Qué ocurre? —preguntó un hombre que debía ser el encargado de la sección.

—¡Es una orden del Departamento Criminal de la Policía Metropolitana! ¡Hay que registrar los canales de desagüe!

—¡Cierra las compuertas, Charlie!… —ordenó el encargado, volviéndose rápidamente hacia los operarios—. ¡Pronto!

El aludido cambió la posición de una palanca y bajó el conmutador correspondiente.

—¿Estaba abierta? —inquirió Skinner, alarmado.

—Sólo estaba levantándose —explicó el llamado Charlie—. No se habría alzado más de unas pulgadas.

—¡Gracias a Dios que hemos llegado a tiempo! —exclamó el policía, enjugándose el sudor que le corría por la frente—. Han secuestrado a dos agentes gravemente heridos. Hay sospechas de que puedan haberlos ocultado en las bocas de la presa.

En aquel momento llegaba el inspector Lubber. Al ver a Skinner rodeado de los obreros, se dirigió hacia ellos.

—Se ha llegado a tiempo, inspector —le dijo su acompañante—. Ahora podremos registrar las bocas sin ningún temor.

El mismo encargado de la fábrica se ofreció para poner a su disposición un equipo de obreros provisto de potentes linternas. Lubber y Skinner marcharon con ellos, y en la entrada a la presa se les unieron el inspector Raleigh y tres de sus agentes.

Lentamente, la expedición iba registrando todos los rincones de aquel antro y explorando el fondo de los canales de desagüe. Y no habrían llegado a la mitad, cuando una voz fuerte y potente resonó al fondo del túnel.

—¡Socorroooo! ¡Estamos aquí, junto a las compuertas!

—¡Ése es Bill Sandish! —exclamó Lubber, con alegría.

Dirigiéronse rápidamente hacia el lugar de donde había partido la llamada del muchacho, y bien pronto los focos alumbraron los cuerpos inmóviles de las cuatro personas que allí habían sido conducidas por los malhechores.

—¡Bill! —gritó Lubber, yendo hacia él—. ¡Bill! ¡Muchacho!

Mientras los obreros de la fábrica les libraban de sus ligaduras, Lubber acercóse a los cuerpos de los dos policías. Skinner se hallaba inclinado sobre uno de ellos, y levantóse al acercársele su superior.

—Muertos —dijo, con un acento de mal contenida indignación —. Los mataron a los dos y los trajeron hasta aquí para que las aguas los llevaran río abajo.

Raleigh dio una orden a sus hombres, quienes recogieron a los dos cadáveres y los sacaron de allí. Bill rodeaba a Sally con su brazo y la ayudaba a avanzar por el pavimento lleno de agua.

—¡Hay que ir pronto a cualquier sitio donde podáis cambiar los vestidos! —decidió Lubber—. ¡Los dos estáis completamente empapados!

El propio encargado de la fábrica ofrecióse para proporcionarles algunas prendas, que en ella se conservaban. Las que entregó a Sally, aun cuando no cuadraban con su figura menuda y gentil, le devolvieron el bienestar y la tranquilidad después de los angustiosos momentos transcurridos.

Estaba amaneciendo, cuando el automóvil del inspector Lubber abandonó Washington Heighs para regresar al sur de Manhattan. Bill Sandish acababa de informar a sus superiores de lo ocurrido desde el momento en que se separó de Skinner. Por su parte, Sally estaba proporcionándoles una valiosa información, que llenaba el vacío que la inconsciencia de Bill había dejado en su narración.

—Eran unos diez o doce hombres —explicaba la muchacha—. Descendieron a muy poca distancia del lugar donde nos detuvieron. Indudablemente, en uno de los solares inmediatos a los muelles. Pude oír perfectamente el ruido de una lancha a motor.

—¿Sabría recordar el trayecto que siguió el camión para llegar hasta allí?

—No creo que me sea difícil —manifestó Sally—. Procuré fijarme en los lugares que íbamos atravesando. Podía distinguirlos a través de la abertura del camión.

Lubber y Raleigh cambiaron una mirada de inteligencia.

—Yo me encargaré de organizar una patrulla para registrar la zona sospechosa —dijo el segundo—. Tan pronto consigáis localizar el lugar, me avisáis al parque de la Brigada Móvil. Allí estaré aguardando con los hombres.

Dejaron a Raleigh a la puerta de la comisaría, y continuaron hacia Fletcher Street. Las habitaciones superiores de «La Corona de Oro» se encontraban tal como las dejaran unas horas antes.

Desde allí comenzó Sally su colaboración. Conduciendo Bill el coche, iba orientándole del trayecto a seguir, fijándose en los lugares que contemplaba desde la ventanilla trasera del automóvil. En algunas ocasiones tuvieron que deshacer parte del camino recorrido; pero, lentamente, y con paso seguro, fueron acercándose al lugar donde aquella madrugada Felther dejó su precioso cargamento de agentes y espías.

—Aquí es —indicó Sally, segura—. Recuerdo perfectamente este fondo de tejados y chimeneas. Y ése es el pasadizo por el que vi alejarse a los ocupantes del camión. Los vi desaparecer hacia la

mitad, posiblemente por la puerta que hay allí, a mano izquierda.

—Es suficiente —dijo Lubber—. Ahora debemos alejarnos, antes de despertar las sospechas de alguien que esté vigilando.

Mientras se dirigían a una calle inmediata a fin de comunicar con Raleigh y sus hombres, Bill formuló a Lubber una pregunta que desde hacía unos minutos daba vueltas por su mente.

—¿Sabe usted, inspector, a dónde iba a parar la calle esa que dejamos para aproximarnos al lugar señalado por la señorita Kendall?

—A los muelles. No me es un lugar desconocido.

—Tal vez recordará qué muelle está cerca de ella.

—Seguro —afirmó Lubber—. Va a desembocar en el muelle cinco. ¿Por qué lo preguntas, Bill?

—Lo suponía —contestó el muchacho—. Ése era otro de los datos que me dejó mi hermano, y cuyo significado no he comprendido hasta hoy.

Bill detuvo el coche ante un bar, y desde él avisaron a Raleigh. No tardó éste en presentarse al frente de un grupo de quince hombres, fuertemente armados.

—Será preciso vigilar el almacén y los solares contiguos —explicó el inspector—. Estos sótanos suelen tener dos o tres salidas.

Ocho de los hombres quedaron rodeando aquellos parajes. Raleigh marchó con otros tres para entrar en el almacén por su puerta de acceso. Por su parte, Bill y el inspector Lubber decidieron forzar la puertecilla por la que Sally viera desaparecer a los extraños personajes.

Aguardaron a que transcurrieran unos minutos para dar tiempo a que todos estuvieran en sus puestos, procedieron a forzar la puerta. No fue tarea difícil, ya que, uno de los agentes iba provisto de las necesarias herramientas.

Ante ellos, una escalera descendía casi verticalmente. Era indudable que aquella puerta no se utilizaba, y su misión consistía únicamente en facilitar la salida a los operarios del almacén en caso de incendio.

Uno de los agentes enfocó con su linterna la oscuridad del acceso. No se distinguía nada anormal ni se escuchaba el menor ruido.

Con Bill al frente, los cinco hombres iniciaron el descenso. Las

linternas perforaban las tinieblas, mostrándoles el camino que iban a recorrer. De este modo llegaron a un amplio almacén que debía comunicar con el del piso superior mediante un montacargas situado en el centro del mismo.

—Esto parece desierto —murmuró Bill, en voz baja, dirigiéndose a Lubber, que seguía inmediatamente detrás.

—No te fíes por el silencio. Posiblemente, ocultos tras esos fardos están los que buscamos, aguardando la oportunidad para abrasarnos a ráfagas de ametralladora.

Avanzaron un poco más, hasta situarse cerca de la mitad del almacén. Entonces se escucharon en algún lugar alejado varias detonaciones consecutivas.

—¿Dónde ha sido eso? —preguntó Lubber, deteniéndose.

—Parece como si hubieran disparado fuera de aquí. Quizá traten de escapar, y nuestros hombres los hayan sorprendido, impidiéndolo.

Echaron a correr hacia la puerta que se divisaba al fondo. Daba a una nave de reducidas dimensiones. Hacia el extremo opuesto, algunas sombras deslizábanse pegadas al muro.

Los seis hombres parapetáronse tras unas balas de yute. En el mismo instante un fusil ametrallador tableteó furioso.

Bill y uno de los guardias replicaron rápidamente. Los demás se encaramaron por el montón de fardos, y desde encima de ellos comenzaron a disparar hacia el extremo opuesto.

Cinco minutos después cesaba el fuego. Adoptando grandes precauciones, tres de los agentes se adelantaron para explorar el terreno. Al pie de una pila de sacos había dos cuerpos inmóviles.

Desde el almacén inmediato llególes el chirrido del montacargas. Bill retrocedió hasta la puerta.

—¿Quién baja ahí? —gritó, con fuerza.

La voz del inspector Raleigh le contestó:

—¡Somos nosotros, Sandish! ¡No disparéis!… ¿Qué han sido esos disparos?

Bill corrió hasta la base del montacargas, y aguardó a que se apearan los que llegaban.

—¡Deben estar escondidos ahí dentro! —exclamó Bill, señalándole el almacén contiguo—. Han disparado contra nosotros. Dos de los suyos están tendidos cerca de una pila de sacos.

El grupo de Raleigh se unió al que esperaba. De nuevo las detonaciones que llegaban del exterior repercutieron en aquel silencio de las naves.

Desplegáronse los diez hombres hasta abarcar la totalidad del almacén. Había diseminados por él grandes montones de mercancías, y en cualquier momento podían dispararles desde detrás de cualquiera de ellos.

De pronto, una ráfaga de ametralladora rasgó el ambiente, y uno de los policías, lanzando un grito, desplomóse sobre el pavimento. Inmediatamente, de distintos lugares partió un fuego encarnizado. Disparaban desde barricadas formadas por montones de fardos, desde los armazones del techo por los que corrían los transportadores colgantes, desde las mismas cabinas. En pocos segundos, el ensordecedor crepitar de las descargas inundó el imponente espacio del almacén.

A pesar de la noche agitada, Bill corría de un lado a otro dando órdenes a los agentes y cubriendo los lugares de mayor peligro.

Tras diez minutos de lucha encarnizada, sólo quedaba un sólido reducto que resistía ferozmente.

Lubber dio una orden, y dos de los policías se situaron en lo alto de los fardos. A un momento dado arrojaron contra los que resistían, una tras otra, hasta cinco granadas de mano.

El estruendo dejó aturdidos a cuántos ocupaban el almacén: pero los disparos cesaron por completo. Entonces Bill Sandish, junto con dos de los policías, se aproximaron al reducto. Sus tres ocupantes habían dejado de existir. Un reconocimiento posterior permitió encontrar los cuerpos de otros cinco de los espías. Uno de ellos había sido muerto por los policías que vigilaban uno de los escapes, y que dispararon contra él al negarse a atender las señales que se le hicieron. De los cuatro restantes, sólo uno estaba ileso. Bill lo reconoció enseguida. Tratábase del conductor del camión.

—¿Dónde están Morris y Felther? —le preguntó.

—Yo no sé nada —balbució, asustado—. Sólo me contrataron para el trabajo de esta noche; pero no sabía que iban a disparar contra la policía.

—¿Qué hacías aquí?

—Ellos me dijeron que esperara. No querían que me dejara ver hasta que me lo ordenaran. ¡Yo no he disparado un solo tiro! ¡Me

escondí tan pronto empezó el tiroteo!

Bill lo cogió de las solapas y lo zarandeó con violencia.

—¡Vas a decirme ahora mismo dónde están Morris y los otros! ¿Sabes cuál es la pena destinada a los que cometen esa clase de delitos y encubren a los asesinos y traidores? ¿Lo ignoras? Pues voy a refrescarte la memoria para que en su día no alegues ignorancia. ¡La silla eléctrica es el destino de los crímenes cometidos contra la seguridad de la nación! ¿Hablarás ya de una vez?

Los ojos de aquel hombre abriéronse desmesuradamente. El terror reflejábase en su rostro, y era evidente que temía aún a los que hasta entonces había servido.

—¡No, no! —gritó, aterrado—. ¡Diré todo cuanto sé! ¡Ellos marcharon hace cosa de una hora!… ¡Quedaron en volver por la noche; pero ahora sé que no volverán!

—¿Sabes a dónde fueron?

—La mujer marchó primero. Morris y Felther le señalaron un lugar para encontrarse. Pude oírlo porque me encontraba dormitando sobre un montón de sacos; pero nadie se dio cuenta de mi presencia. ¿Cree que ello podrá influir en mi favor?

—Yo te prometo ayudarte si nos dices toda la verdad —intervino Lubber.

El hombre tragó saliva y pasó una mano por su frente, donde el sudor corría abundante.

—El lugar era… la Estación Central, y la hora, las ocho de la mañana. Van a salir para Filadelfia.

—¿Estás seguro de que utilizan el ferrocarril? —insistió Bill.

—De ello no me cabe la menor duda.

Soltó al hombre y consultó su reloj.

—Faltan únicamente cuatro minutos para las ocho —dijo, con un gesto de decepción—; sin embargo, estoy dispuesto a que Felther y sus amigos no lleguen a Filadelfia. Hasta luego, inspector.

—¡Espere un momento! —llamóle Raleigh—. ¿Le parecería bien que le llevara en un avión de la policía hasta Newark?

—¿Hasta Newark? —repitió Bill, entusiasmado—. ¡Sería formidable, inspector!

—En tal caso, venga conmigo. Llevaremos a tres hombres, y llegaremos allí media hora antes de la llegada del tren.

Lubber estrechóles las manos al despedirse de ellos.

—¡Buena suerte, amigos! —les deseó—. Yo voy a encargarme de limpiar esto. ¡Ah! —añadió—. Y ordenaré que preparen el alojamiento para ese Felther y sus dos compinches.

CAPÍTULO X

Bill Sandish y el inspector Raleigh llevaban veinte minutos esperando en la estación de Newark, cuando llegó el tren procedente de Nueva York. Procurando pasar desapercibidos, subieron ambos hombres al convoy. Por el extremo opuesto, y confundidos con la gente, subieron tres de los policías que con ellos habíanse trasladado a aquella ciudad del trayecto.

Una vez el tren hubo reanudado la marcha, los dos hombres comenzaron su inspección recorriendo las distintas unidades que lo componían. Desde alguna distancia seguían sus pasos los tres agentes de escolta.

Fue hacia la mitad del convoy cuando Bill descubrió a Lisa. Ella no le había visto aún, y por dicha circunstancia pudo Bill aproximarse; pero antes de llegar hasta donde estaba, vio dos hombres entrar en el compartimiento. Eran Morris y Felther, que regresaban junto a la joven.

Morris fue quien primero se dio cuenta de su presencia. Intentó retroceder; pero Felther le cerraba el paso.

—¡Quietos! —conminóles Bill, apuntándoles con su pistola.

Lisa se puso en pie, sorprendida por su inesperada aparición. Felther, más listo que sus dos compañeros, y comprendiendo que su salvación estribaba en abandonarlos permitiendo así a la policía entretenerse, empujó a Morris y cerró la puerta. El marino dio un traspié y tropezó con uno de los empleados del tren, un negro robusto que lo sujetó, inmovilizándolo.

—¡Cuide de esos dos pájaros, inspector Raleigh! —gritó Bill a su acompañante—. ¡Yo me encargo de seguir al otro!

Y pasando como una exhalación entre Lisa y Simón Morris, lanzóse en pos del cabecilla de aquella peligrosa organización.

Atravesaron dos de los vagones entre la alarma de los viajeros. Pero al llegar al tercero, Felther encaramóse ágilmente hasta el

techo del mismo. Desde allí aguardó la aparición de Bill, disparando apenas lo vio asomar; sin embargo, el muchacho descubrió su estratagema, y se hizo a un lado con la presteza necesaria para evitar las balas del forajido.

Inmediatamente se dispuso a seguirlo. Trepó por la escalerilla adosada al vagón. Felther corría hacia las unidades de cabeza. Sin la menor vacilación, Bill lo siguió. Esgrimía el arma que había sacado; pero sólo para defenderse de una posible agresión del criminal cabecilla.

Cuando Felther llegó al final del convoy se detuvo, indeciso. Volvióse hacia Bill, y disparó por dos veces consecutivas. Tendido sobre el vagón, Bill trató de esquivar lo mejor que pudo el plomo que Felther le enviaba. Apuntábale con su arma; pero no quería disparar salvo en caso de extrema necesidad, Felther era una pieza demasiado importante para exponerse a perderla sin agotar todos los recursos posibles.

Envalentonado, tal vez por no recibir ninguna réplica del policía, el malhechor retrocedió unos pasos; pero entonces Bill disparó, procurando desviar el tiro con la única finalidad de intimidarle. Ello produjo su efecto en Felther, quien se alejó de nuevo hasta que el vacío le cerró el paso.

—¡Entrégate, Felther! —conminóle Bill—. ¡Estás acorralado, y no tienes escape posible!

La risa diabólica de aquel hombre fue la respuesta que recibió.

—¿Crees que me vas a coger, policía del diablo?

De pronto le vio Bill mirar hacia abajo. Desvió la mirada, y advirtió que atravesaban un largo puente por debajo del cual corrían las aguas de un caudaloso río.

No había adivinado su intención, cuando vio a Felther tomar impulso y lanzarse hacia la corriente.

Sin pensarlo siquiera despojóse de su chaqueta y tomó su misma decisión. Fue a caer en el centro del río. Era muy profundo, y ello le impidió sufrir el mentor percance. Braceó, una vez en la superficie, y dirigióse hacia donde viera caer a Felther. Éste, que no se había dado cuenta del acto de Bill, por encontrarse sumergido mientras el muchacho se lanzaba desde el tren, trataba de ganar la orilla más próxima.

Iba ya a salir del agua, cuando se percató de que a muy escasas

yardas Bill Sandish se le acercaba rápidamente. Dejóse llevar por la corriente hasta donde un saliente rocoso le ofrecía un buen pedestal para la defensa. Trepó por las rocas y sacó un largo y afilado cuchillo.

Bill abandonó el agua a cierta distancia del saliente, y subió el declive de la orilla hasta situarse a espaldas de Felther. Éste, que no contaba con aquella estratagema, pareció vacilar y miró de nuevo al río.

También Bill miraba más allá de la otra orilla. El motivo era que acababa de ver al convoy detenerse, seguramente por haber hecho uso Raleigh del aparato de alarma.

—¡Entrégate ya, Felther! —gritóle de nuevo—. ¡Estás perdido!

—¿Por qué no te acercas? —contestóle, excitado—. ¿Acaso tienes miedo?

Y se dirigió hacia donde estaba el muchacho. Al llegar a un par de yardas, Bill saltó sobre él, apoderándose de su brazo armado y obligándole a soltarlo con una violenta y rápida torsión. Los dos hombres rodaron por el suelo, estrechamente abrazados, golpeándose violentamente en un último y desesperado afán por reducir cada cual a su antagonista. Una oportunidad de librarse de él, intentó aprovecharla Felther para volver al agua. Ello le hizo descubrirse. Como un relámpago, Bill Sandish descargó un formidable directo que lo derribó sin sentido.

El muchacho lo miró unos instantes, tal vez sorprendido por aquel rápido final que no esperaba. Luego sentóse junto al cuerpo de su maltrecho rival, y aguardó la llegada de Raleigh y dos de los agentes que, en unión de algunos viajeros, acercábanse corriendo por la orilla del río.

EPÍLOGO

El mismo automóvil de la Policía Federal que fue a buscar a los detenidos llevó a Bill Sandish hasta su piso de Columbia Street. Sentíase fatigado a causa de la falta de descanso y el ajetreo continuo desde la tarde anterior. Como primera providencia metióse en el baño y duchóse hasta sentirse convertido en un hombre nuevo. Cambió sus ropas, y se dispuso a ir a ver a Lubber.

En aquel momento repiqueteó el timbre del teléfono. Fue al despacho y contestó a la llamada.

—¡Hola, Bill! —llamóle la voz del inspector Lubber—. Ral acaba de contarme lo ocurrido. ¡Ha sido magnífico, Bill! ¡Magnífico! Créeme que me siento orgulloso de ti. Si tu hermano pudiera verte, sentiría lo mismo que yo. ¿Vas a venir a verme?

—Iré enseguida, inspector.

—De todos modos, Bill, puedo adelantarte una buena noticia: no tendrás que volver a Quantico. A partir de hoy, formas parte de la brigada especial del

F. B. I.

¡Enhorabuena, Bill!

—Gracias… muchísimas gracias, inspector.

—Hasta luego, Bill.

Colgó el teléfono, y quedó unos instantes perplejo, sin creer en la veracidad de la noticia que acababa de recibir.

—¡Enhorabuena, Bill!

Volvióse, sorprendido. Sentada en un sillón, donde no llegaba la luz que entraba por el ventanal entornado, estaba Sally.

—¡Sally! —exclamó, gratamente sorprendido, yendo hacia ella —. ¿Cómo diablos haces para meterte siempre aquí?

—¿Crees qué eso es difícil? —preguntóle ella, con picardía.

Bill Sandish tomóla entre sus brazos, y miróla a los ojos.

—¿Te dijo algo el inspector Lubber?

Ella asintió, dulcemente.

—Me dio la noticia de que pertenecías ya al
F. B. I.,
y, también, me prometió que conseguirá que Freddie sea pronto puesto en libertad.

—Yo también pienso contribuir a ello —hablóle él—. Tan pronto encuentre los papeles que guardó Vic, los destruiré, tal como mi hermano te prometió.

—¡Eres admirable, Bill! —sonrióle ella, echándole los brazos al cuello—. ¿Puedes ya besarme como hiciste esta madrugada en la presa de «Malcomb Dam»?

Él acarició sus mejillas, y hundió los dedos en su hermosa cabellera.

—Esta madrugada te besé desde el umbral de la muerte; pero ahora voy a hacerlo cuando vamos a entrar en una nueva vida.

Y, atrayéndola fuertemente contra su pecho, Bill Sandish aproximó sus labios a los de Sally, y los besó.

FIN